

OLAMA Y MOLLEJONES



ROGER MENDIETA ALFARO

Para mi
querido y querido
historiador/a
Enrique Bolaños
Bolaños
23-5-2013

OLAMA

Y

MOLLEJONES



LA LLORONA. Mayo, 1959.- En cuclillas de izquierda a derecha, Dr. Pedro Joaquín Chamorro, Ing. Luis Cardenal, Dr. Aman Sandino. De pie; P. Federico Argüello, Lic. Reynuldo Antonio Téfel, Mayor Freddy Fernández, y Dr. José Medina Cuadra.

TESTIMONIO

Más que por una razón política o periodística, el propósito de este relato, es casi de orden sentimental. En él, se trata de patentizar el reconocimiento al grupo de jóvenes, especialmente de la Juventud Conservadora de Nicaragua --de todas las condiciones sociales y económicas--, que a la hora de requerir su grano patria con el que pudiéramos canalizar nuestras inquietudes de libertad en el combate contra la Dictadura, no lo condicionaron eludiendo su participación, ni siquiera preguntando hacia dónde iban. Entre estos hombres, cabe hacer especial mención, de nuestro Jefe Político, el periodista Pedro Joaquín Chamorro Cardenal, posiblemente el más audaz y más tenaz de todos ellos. Las fuerzas tenebrosas no fueron capaces de resistir su inveterado y glorioso civismo, y la desventurada mañana del 10 de enero de 1978, optaron por apagar su voz, asesinándole.

He reflexionado sobre la gesta de Olama y Mollejones, y se me ocurre, que desde esa "invasión" como la calificaron en forma equivocada los acusadores en la Corte de Investigación Militar --es obvio que ningún nacional puede invadir su propio país--, la Dictadura se deslizó sobre el inobjetable despeñadero de una cuenta regresiva en la que nos vimos todos arrastrados, y en la que el Dictador fue incapaz de lograr un día más de sueño tranquilo.

El Autor

A MANERA DE PRÓLOGO

Para iniciar la lectura de este relato sobre la inolvidable gesta de "Olama y Mollejones", existen dos documentos sustantivos alrededor de estos sucesos, que el lector debe conocer.

El primero trata sobre la histórica carta que el caudillo conservador. Gral. Emiliano Chamorro, escribe a otro de los grandes e inolvidables hombres del conservatismo, el Dr. Carlos Cuadra Pasos, cuando este Señor de la Política, ya bastante enfermo y agobiado por la irremisible brevedad del tiempo, con pie de patria y de civismo, toma la decisión de encabezar el equipo de juristas que asumió la defensa de quienes estábamos acusados de Traición a la Patria, después del fracaso de la aventura.

La carta fechada en Managua, el 30 de septiembre de 1959, dice así: "Señor Doctor don Carlos Cuadra Pasos. Granada. Muy distinguido amigo: Desde hace días estoy con deseos de escribir a usted para felicitarlo por su hermosa y admirable

actitud de aceptar la defensa de los jóvenes que están siendo acusados por el viaje que emprendieron de Costa Rica a su patria, con ansias de libertarla del régimen dictatorial y continuista de los señores Somoza; pero no es sino hasta ahora que realizo mi pensamiento en vista de la renuncia que hicieron a la defensa los referidos jóvenes, a causa de las irregularidades cometidas con ellos por el Consejo de Guerra.

Cuando se organizó el Consejo de Guerra y se habló de la posibilidad de que el Partido Conservador ofreciera sus gestiones para que abogados conservadores y liberales independientes ofrecieran sus servicios gratuitos a los que estaban siendo juzgados, no pensé en la posibilidad que usted sería uno de ellos, por conocer su estado de salud, y por las incomodidades que a su edad ofrece estar yendo y viniendo todos los días de Granada a esta ciudad; así como la de ir al Consejo por la mañana y por la tarde. Francamente, que en esta ocasión, está usted mostrándonos un espíritu público muy superior al que generalmente tenemos los nicaragüenses. Su actitud me entusiasma y me enorgullece de que tengamos en el Conservatismo hombres como usted, y me recuerda este hecho cuando vi a don Fernando Guzmán, todo tembloroso, en una mesa de elecciones de alcalde dando su voto para cumplir por última vez con ese

deber ciudadano.

Antes de terminar, quiero recomendarle la elaboración del Manifiesto Conservador de que hablamos en días pasados, y que tanto Horacio como yo, esperamos que lo realice pronto. Con un efusivo apretón de manos. EMILIANO CHAMORRO".

El segundo documento, es también una carta escrita por Pedro Joaquín Chamorro, tras los barrotes de la "Cárcel del Primer Batallón" (Casa Presidencial), fechada el 30 de octubre de 1959, y cuyo destinatario son los Señores Miembros de la Comisión de Paz de la Organización de Estados Americanos, que se lee: "Señores: Desde la más encerrada cárcel de Managua, me dirijo a ustedes para ponerles en conocimiento de un caso que atañe directamente a la Misión que los trae a este país. Voy a ser breve, porque apenas puedo garrapatear estas letras a escondidas. 1.- Yo y 108 personas más estamos siendo acusadas por el Gobierno de Nicaragua de "traición a la Patria". 2.- Se nos acusa de ser "invasores" de nuestro propio país, y de haber concitado a "fuerzas hostiles procedentes del extranjero" contra él. 3.- Nuestra prisión es inhumana y nuestro juicio digno de la Edad Media.

Estos son los hechos, y ahora paso a relatar

a ustedes, por qué atañen a la Misión que los trae a Nicaragua.

a.- La traición a la Patria es un delito contra la seguridad exterior del Estado. b.- La principal finalidad de la Organización de Estados Americanos por medio de su Comisión de Paz es velar por esa seguridad exterior de los países miembros. c.- Con la acusación se pretende infamar a 109 jóvenes nicaragüenses (cosa que no es de la competencia de ustedes), pero también se trata de establecer un precedente jurídico atrabiliario en materia que tocan con el control de exilados, inventando un supernacionalismo tan ridículo, que llega a considerar traidores a quienes vienen por sus propios medios de un país vecino. Creo que esto último, si es de la competencia de ustedes. d.- Como ustedes saben bien, traición quiere decir entrega, y para que exista aquélla tiene que haber un sujeto que recibe lo que se entrega.

Ahora bien, en el caso de las naciones americanas, entiendo que a todas debe interesar a quien es que nosotros quisimos entregar nuestra Patria. A mi modo de ver, estos cuatro puntos demuestran que en el criterio del Gobierno de los señores Somoza, el caso nuestro no es un asunto interno exclusivo de Nicaragua, sino algo que afecta a todo el conglomerado americano. Distinto sería

que se nos acusara de rebelión, sedición, motín o atentado contra la seguridad interna de la Nación, cosa que bien pudieron hacer, pero al tratar de ligar nuestro caso a la pretendida traición invocan un elemento externo que cae bajo la jurisdicción de la O.E.A., organismo que vincula a todos los países americanos precisamente para salvaguardar su seguridad exterior. Eso sin contar que se nos sigue un juicio ajeno a toda imparcialidad, secreto, en donde se violenta al acusado para que asuma determinadas actitudes, y en el cual no existe defensa de ninguna clase, en violación de los Derechos Humanos.

Señores Miembros: Dispénsenme ustedes la no inclusión de sus honorables nombres al encabezamiento de esta carta. Hasta mi prisión sólo ha llegado la noticia que viene una Comisión de Paz de la O.E.A., y es que en estas prisiones semif feudales, uno no puede averiguar muchas cosas. Si he de serles franco, aún dudo de los efectos de esta carta, a pesar de que estoy convencido de la veracidad de su raciocinio. Quisiera poder conversar con ustedes para ampliar más mis ideas y demostrarles cómo, lo que está sucediendo con nosotros los nicaragüenses, si no se rectifica a tiempo va a costar después mucha sangre. Cuando nuestra próxima generación despierte, no lo va a hacer tranquilamente. Perdonen ustedes mi

sinceridad, mi confianza, y la mala redacción de esta carta, hecha en la forma poco protocolaria en que los presos solemos, aquí y en otras partes, hacer nuestras cosas. De ustedes atentamente. P. J. CHAMORRO".

Veinte años después, la predicción de Pedro Joaquín fue una realidad sangrienta que tuvo que vivir el pueblo nicaragüense pringándonos de toda clase de males.

I

"Como ustedes saben, yo vivía exiliado en San José de Costa Rica, adonde han concurrido y concurren numerosos exiliados nicaragüenses. A raíz del triunfo de la Revolución Cubana, en los círculos políticos de muchos países del Continente Americano se comenzó a pensar en la posibilidad de hacer una Revolución en Nicaragua".

Así comenzó la comparecencia testifical del Dr. Pedro Joaquín Chamorro Cardenal aquella mañana del 15 de junio de 1959, ante la Corte de Investigación Militar que se instaló en el Campo de Marte, lugar lleno de todo genero de episodios ligados a la historia de Nicaragua. Integraban el Tribunal Militar los coroneles (Inf.) Fulgencio Sevilla F y Rodolfo Dorn B, G.N; los mayores (Inf.) y (P-A) José Agurto R y Francisco Ulloa A, G.N; el capitán (Art.) Florencio Mendoza G, G.N y el teniente (Ing.) Luis Manuel Larios.

El cargo fue: "TRAIDOR A LA PATRIA".

Esta misma acusación estaba incoada en contra de más de un centenar de jóvenes de todas las condiciones sociales y tendencias políticas, especialmente del Partido Conservador de Nicaragua (tradicionalista), que representaron el 90% de

quienes tomamos al Dr. Chamorro por bandera, para presionar un cambio político y social en Nicaragua.

A la altura de 1992, treinta y tres años más tarde, e inmersos dentro del destino presente de nuestro país, desde donde podemos mirar los acontecimientos de aquella increíble y patriótica aventura revolucionaria como con un telescopio, tenemos la certeza que Olama y Mollejones, fue como el primer grito dado en las montañas de Nicaragua bajo el sentimiento de un idealismo puro, incuestionable, frente a la Dictadura de Somoza.

Pienso que el derrumbe del Dictador comenzó después de la brutal represión de abril de 1954, cuando el fallido golpe revolucionario del 4 de este mismo mes, con el que se intentó cambiar el rumbo de Nicaragua. En esa ocasión, las fuerzas represivas de turno, usaron el mismo pretexto de "MUERTOS EN COMBATE", del que echan mano el 99.9% de los Ejércitos del mundo en los comunicados oficiales o partes de guerra, para justificar la Masacre de los Brasiles y otros actos delictivos. Afirmo esto, porque me tocó presenciar, casi frente al portón de la hacienda "La Amistad", en San Marcos, Carazo, como el Teniente Carlos Malespín G.N., lugarteniente del Dictador, trataba de introducir dentro de un carro, y a culatazo limpio, al también ex-Teniente y ex-compañero de Academia Militar, José María Tercero G.N. Como el citado vehículo estaba parqueado a desnivel, impidiendo que la puerta permaneciera abierta el tiempo necesario para permitir al prisionero entrar al interior del vehículo, cada vez que la puerta se

cerraba, una nueva lluvia de gritos acompañada de tímidas, violentas y cobardes patadas y culatazos caía inmisericordemente sobre la humanidad del prisionero. El día 5 de abril, ya estando en Managua, cuando el Dictador mandó lanzar volantes desde una avioneta, en las que se ofrecían C\$10,000,00 al que capturara o diera información de los conjurados Adolfo y Luis Báez Bone, José María Tercero, Rafael H Praslín, Luis Gabuardi y otros, busqué como localizar a Haydeé Tercero de Flores, quien vivía frente al costado oeste de la Iglesia de San Antonio y le referí lo que había visto contra su hermano, e hice igual cosa con la familia de Luis Gabuardi, dirigiéndome a la Quinta Guadalupana, a la altura del kilómetro 11 1/2 de la carretera sur en donde residía Maruca, hermana de Luis, a quien también le manifesté mis temores por la suerte de los capturados. Hago referencias a estos sucesos, porque aproximadamente tres meses después, mi ex-compañero de colegio, el teniente Lázaro García G.N., llegó a capturarme a la casa de una pariente suya en la que yo estaba hospedado. Se me acusó junto a José María Avilés, de haber servido de correo entre la gente que estaba en El Salvador y los complotados de Costa Rica y Nicaragua. La acusación se originó en una carta firmada por el señor Cesar Augusto Miranda Montes, sobrino de José León Montes, uno de los del golpe de la Mina La India, en la que se hablaba de las acciones que se habían dado en aquella comunidad de exiliados con relación a lo del 4 de abril. Yo había regresado de éste país en los últimos días de febrero, para sumarme al complot que se estaba gestando en diferentes países, pero los

acontecimientos sucedieron con tanta precipitación, que ni siquiera tuve el tiempo justo para recibir información de cuál sería mi tarea. Pensando que quedarían algunos dos o tres días para visitar a la familia, me fui a San Marcos a casa de José María Alfaro, mi abuelo, en la que vivía mi madre, y estábamos almorzando, cuando se escucharon en los alrededores de la ciudad, disparos de ametralladoras y vimos algunos vehículos de la guardia que pasaban veloces en todas direcciones. Oí decir que un tico de apellido Gutiérrez había sido capturado en "Las Pilas", entre el Barrio de la Cruz y La Concepción a unos dos kilómetros de San Marcos, y aunque había sido herido, estaba claramente con vida. Fue cuando me levanté del comedor, me despedí de mi madre y dispuse regresar a Managua.

Meses después, en la cárcel de "La Aviación" fue dónde tuve el primer contacto, verdaderamente valioso con el Dr. Pedro Joaquín Chamorro. Había sido trasladado desde la Defensa --cárcel preventiva de seguridad, en la cual algunos hicimos una especie de obligada estación para ser interrogados en una forma aislada-- y encerrado en la celda No. 10 en el ala oeste de lo que fue "La Aviación", en donde junto a Arsenio Alvarez "Cacaseno" --que casi se vuelve loco --viendo flores de todos colores, agobiado por una crisis de terror y claustrofobia--, el líder sindicalista Manuel Pérez Estrada, el notable poeta Manolo Cuadra, los industriales y prominentes conservadores de Granada, Dr. Ernesto Chamorro Pasos y su hijo Alberto, otros que se escapan a los apuntes y a la memoria, y un gángster de nombre Napoleón Santos

Chamorro, ex-prisionero de las penitenciarías mexicanas, que fue internado en nuestra celda con el propósito exclusivo de aterrorizarnos, obligando a algunos de los compañeros de infortunio, a proporcionarle alimentación y cigarrillos cuantas veces él lo requiriera. La celda No. 11 estaba al lado sur de la nuestra y la conocíamos o la bautizamos con el cognomento de "Celda de los Condenados", por la fama que tomó inmediatamente después del golpe militar que apoyado por Somoza, encabezó el coronel Carlos Castillo Armas en contra del Presidente de Guatemala general Jacobo Arbenz Guzmán.

Algunos de nosotros vimos llegar prisioneros políticos del régimen derrocado, entraban a la celda, llegaban por ellos usualmente al filo de la media noche o en la madrugada, y luego desaparecían. Una de tantas noches, desde el fondo de la celda No. 11 salían quejidos de dolor que nos inquietaron. El hombre que estaba allí se estaba muriendo. Gritamos a "los cabos de celda" --reos de confianza--, que informaran al cabo Francisco Salguera, quien era el brazo derecho del mayor Pablo Rivas, el Alcaide de la cárcel. No se apareció nadie. A la mañana siguiente, el hombre ya cadáver, desnudo, fue sacado de la celda y puesto en el corredor, exactamente al frente de donde había muerto. Ese mismo día, encerraron al Dr Francisco Frixiones en la celda No. 11. Propiamente frente a él, el cadáver desnudo del hombre moreno, alto, fornido, cubierto brevemente con periódicos, comenzó monstruosamente a inflarse el día siguiente. Así quedó hasta muy entrada la noche, a vista y

espectación de todos, hasta que se lo llevaron. Sabíamos que Chico Frixiones estaba padeciendo de una endemoniada presión alta y que no le permitían el uso de los medicamentos. Sin poderle ver, nos imaginábamos sus gestos y la preocupación expresada en su rostro, por lo desesperado de la voz. En la No. 9 estaban los doctores Pedro Joaquín Chamorro, Emilio Alvarez Montalván, Rafael Gutiérrez Gavarrete junto a Emilio Stadthagen y Fernando Solórzano entre otros. En cuanto a mi concierne, mi debut político con once meses de prisión, sólo sirvió para endurecerme y hacerme palpar en carne propia las grandes injusticias que se cometían contra el pueblo nicaragüense. Cuando salí en libertad --después de firmar un estúpido compromiso con el Dictador de que "no volvería a meterme en política", y en el que violaba mis derechos de hombre nacido para administrar mi propia libertad a costa de cualquier precio, para el servicio de Dios y de la Patria--, me sumé al movimiento de Juventud Conservadora que tres años antes había fundado José Joaquín Cuadra Cardenal en la ciudad de Granada, y junto a Emilio Stadthagen, Danilo Manzanares, Francisco Barberena, Abel Medina, Alí Zamora, Luis Cardenal, Carlos Hurtado Cárdenas, César Augusto Castillo, Cléver Mejía, Martín Espinoza, Barney y Filadelfo Chamorro, formamos la primera Directiva de Juventud Conservadora de Managua, en la que Emilio Stadthagen fue su Presidente, Carlos Hurtado, el Tesorero y yo su Secretario. Recorrimos todo el país organizando filiales de Juventud Conservadora. Llegamos a tener 117 juntas directivas en las que casi todo el universo juvenil

nicaragüense estaba representado. José Joaquín Cuadra, Alberto y Ernesto Chamorro Benard, Tito Chamorro, Francisco Morales, Héctor Monterrey, Salvador Acevedo, Horacio Guzmán, Enrique Alvarado, Silvio Sandino, Renán Viquez, Heriberto Bolaños y José María Zavala, en Granada; Roberto Argüello Hurtado, Mario Cajina Vega, Gonzalo Solórzano Belli, César Augusto Castillo, Danilo Manzanares, Abel Medina, Gonzalo Ruiz, Emilio Álvarez Montalván, Carlos Báez Díaz, Jerónimo Álvarez Rodríguez, Reinaldo Téfel, Domingo, Rodrigo y Clarence Chamorro Mora, Plutarco Puerto, Santiago Puerto, Domingo Sánchez Cruz, Carlos Hurtado Cárdenas, Eduardo Barberena Deshón, Gustavo Chamorro Ubau, Clemente Guido, Abel Medina, José Jesús Guadamuz y el relator de estos acontecimientos en Managua; Francisco José López Fajardo, Humberto y Oscar Guerrero Zapata, Ricardo y Humberto Espinoza Robleto, Enrique Sotelo Borgen, en Boaco; Róger Cabrera Fajardo, Alí Mahmud Mora, Pompilio Mercado, Juanita Díaz, Amán Sandino Muñoz, Guillermo Ortega Tapia, Octavio Sánchez Casco, Victor Martínez y Francisco Rosales, en Masaya; Eduardo Paladino, Eduardo Ross Castillo, Santiago Rivas Haslam, Edmundo Montenegro, Jaime Baldizón Richardson, Cristobal Genie, Camilo Rosales y Francisco Herrera, en Matagalpa; Edmundo Paguaga Irías, José María Paguaga, Luis Paguaga y Emilio Gutiérrez, en Ocotal; Uriel Herdocia, Oscar Terán Callejas, Luis y Armando Icaza Portocarrero, Ramiro y Arturo Gurdíán, en León; Luis Felipe Venerio, Angel Navarro y Alfonso Terán, en Chinandega; Carlos Masís, Raúl Córdón, Héctor Lacayo y Edgard

Orozco, en Rivas; Julio Lacayo, José Adán Guerra, Octavio Bravo, Nidia Díaz, Alfonso Pérez Andino y Bemildo Díaz, en Chontales; Adrián Valdivia, Armindo Valenzuela, Veneranda Quiroz, Braulio Lanuza, Gustavo Altamirano y Argentina Espinoza, en Estelí; Paco Toledo y Edgard Paguaga, en Somoto; César Castrillo Román, Nicolás Portocarrero Lacayo, Gustavo Zuniga, Vicente Rappaccioli, Alberto Aburto, Julio César Avilés, Auxiliadora Parrales, Edmundo Chamorro Rappaccioli, Alfredo y Uriel Mendieta Gutiérrez, Napoleón Molina, Francisco Cordero, José Arévalo, Medardo Martínez Conrado, Julio Romero, Julio Rayo y Edgard Lacayo, en Carazo.

El Primer Congreso Nacional de Juventud Conservadora que se instaló en el Cine Luciémaga, llamó tanto la atención del Partido Conservador de Nicaragua a nivel del país, jefcado por el general Emiliano Chamorro, que las 216 delegaciones que se hicieron presentes al evento, rebasaron la capacidad del local, y fue necesario acomodar a más de un millar de acompañantes de los delegados en los pasillos y en las aceras de la calle, para evitar que la obstaculización del tránsito sirviera de pretexto para la represión de las patrullas policiales que se hicieron presentes en los alrededores del evento.

Tengo la impresión que aquel formidable movimiento cívico que llenó las diferentes plazas de las ciudades de Nicaragua, fue empujado hacia la acción armada de Olama y Mollejones, cuando el 5 de noviembre de 1958, la lideresa somocista

Nicolasa Sevilla de Solórzano, al frente de una turba armada de pistolas, tubos de hierro, cadenas y cuchillos irrumpió en el auditorio de Radio Mundial, cuando se celebraba un mítin de solidaridad en favor de las esposas de los prisioneros políticos acusados por los Sucesos de Noviembre. Después de este acto vandálico del que resultó con heridas graves su propietario Manuel Arana Valle, y con otras lesiones en el orden, Reinaldo Antonio Téfel, Joaquín Absalón Pastora, Mario Cajina Vega, Martín Espinoza y Julio César Sandoval, además de la destrucción de la emisora y sus instalaciones respectivas: consolas, grabadoras, aparatos de grabación, material de programas y el respectivo equipo de oficina, los jóvenes integrados en el movimiento de Juventud Conservadora, supusimos que la actitud del Dictador estaba encaminada a cerrar los espacios por los que debería marchar el ejercicio de la democracia, la constitución, las leyes y no quedaba otro camino que la conspiración y con ella, como una consecuencia, la lucha armada.

Por supuesto, el triunfalismo revolucionario que recorrió la columna vertebral de los movimientos políticos en los países gobernados por dictadores después del triunfo de Fidel Castro sobre Fulgencio Bautista el 1 de Enero de 1959, fue factor determinante para la toma de decisiones en la planeación de Olama y Mollejones. Desafortunadamente para el nicaragüense, su forma ortodoxa de dirimir los conflictos y la toma del poder, la canalizaba y resolvía bajo el estigma de una cultura de balas, de tal manera que inmediatamente que se dio el caso de Cuba, ese halo

envolvente de triunfalismo, estimulado por mítines, marchas e himnos con los que se llenaba el espacio radial transmitidos por radiodifusoras extranjeras, encuentros y reuniones clandestinas en el que prevalecía un espíritu de conspiración que llenaba todo el ámbito mental de los jóvenes revolucionarios, fue posiblemente, lo que hizo declarar al Dr. Pedro Joaquín Chamorro Cardenal ante la Junta Militar de Investigación: "De esas reuniones, y sobre todo de ese clima, nacieron varias ideas y grupos de gentes que conspiraba para una revolución en Nicaragua. Uno de esos grupos que es del cual puedo dar noticias, se constituyó en un equipo de trabajo formado principalmente por mi persona, y los señores General Carlos Pasos, Ing. Luis Cardenal y Lic. Reinaldo Téfel, el primero residente en San José y los últimos llegados a esa capital en una fecha que no puedo precisar del mes de enero".

Reinaldo Téfel, ante el mismo Tribunal afirma: "En San José de Costa Rica conversé con el Dr. Pedro Joaquín Chamorro, don Carlos Pasos y don Hernán Robleto. Los tres me informaron sin darme detalles porque yo regresaría a Nicaragua, que estaban gestionando la organización de un movimiento revolucionario". Y continúa en otro párrafo de su declaración: "Después de esos tres o cuatro días de permanecer en San José, regresé a Nicaragua y me puse en contacto con algunos compañeros que más tarde si irían para la ciudad de San José de Costa Rica con fines revolucionarios. Los compañeros que recuerdo son Mario Cajina Vega, Róger Mendieta Alfaro, Alvaro Córdoba

Rívas y José Medina Cuadra. En las conversaciones que tuve con ellos, quedamos que iríamos seleccionando por contactos personales a quienes ingresarían en el movimiento".

Recordando aquellos días, me parece que la misión de contactar y conseguir voluntarios para lo que después sería "Olama y Mollejones", no resultó del todo difícil ni peligrosa. Juventud Conservadora de Nicaragua había logrado catalizar una actividad política tan importante y tan confiable, que en menos de tres meses de labor integrativa del grupo de voluntarios, contactamos alrededor de unos seiscientos jóvenes que de una u otra manera estuvieron dispuestos a apoyar las acciones del movimiento. A mi me tocó desplazarme por el sector de Masaya y Carazo, con la ayuda de Pompilio Mercado y su hermano Marco Aurelio, quienes se responsabilizaron de contactar a los jóvenes de Masatepe, Nandasmo y San Juan de la Concepción. Mario Cajina hizo lo mismo con la gente propiamente de la ciudad de Masaya y otros municipios. Tomás Aguilar, Nicolás Portocarrero, Fernando Fernández, César Castrillo Román, Vicente Rappaccioli y Uriel Mendieta Gutiérrez, lo hicieron en la mayoría de los pueblos de Carazo. Prácticamente, no fue necesario recurrir al resto de los departamentos del país. Con la ayuda de Enrique Arana Arceyut, quien administraba una Agencia de Viajes, y algunos compañeros de Rívas, comenzaron a salir por vía aérea o terrestre --en forma legal o no--, quienes se sumarían a la acción revolucionaria.

En los pocos días que Reinaldo estuvo en Costa Rica había sido introducido a don José Figueres Ferrer, el viejo y controversial ex-Presidente de Costa Rica, vencedor de la "Revolución del 48" --fundador de la que llamaron la Segunda República y quien dio al traste con el intento de gobierno de corte marxistóide de don Teodoro Picado--. Con Figueres, a lo menos se consiguió cierto apoyo moral y un breve apoyo logístico en el inicio de la aventura. A través de viejos amigos y subalternos de don Pepe, muchos de ellos empresarios y políticos conectados con empresas aéreas y algunos vendedores, conseguimos ciertos implementos de guerra destinados a equipar a nuestra gente. El mismo Figueres con algunos de estos hombres, habían estado participando del trasiego de armas, el entrenamiento de voluntarios de la Patria de Martí, exiliados en México y otros países de Centro América, que desembarcaron en las playas cubanas, para internarse en la famosa Sierra Maestra, en donde Fidel Castro fustigaba a su maestro, el dictador Fulgencio Batista, con una guerrilla que gozaba de la atención y la simpatía del mundo entero, y en especial de la prensa, el Partido Socialista Norteamericano, y naturalmente, de los grupos de izquierda hispanoamericanos. Y mientras Pedro Joaquín urgía contactos con los exiliados nicaragüenses Dr. Enrique Lacayo Farfán, Dr. Ricardo Orúe Reyes, Dr. Emilio Borge, Dr. Rudy Abaunza Salinas, periodista Adán Selva, señor Carlos y Alejandro Urcuyo, capitán Napoleón Ubilla Baca (G.N), capitán Victor Manuel Rivas Gómez (G.N), y gentes de otros países como el diputado tico coronel hondureño Marcial Aguiluz, el

dominicano mayor Fredy Fernández Barreiro, los costarricenses mayor Jorge Salazar, mayor Rodolfo Espinoza Vindas, teniente Sonny Bony, teniente Jorge Segura, el ex-Presidente don Francisco Orlich, señor Francisco Quiroz y señor Elías Vicente; en Managua Reinaldo Téfel, Mario Cajina y yo, continuamos nuestra labor integrativa del grupo de voluntarios de Juventud Conservadora, y comenzamos a enviar a los primeros jóvenes que aceptaron incondicionalmente sumarse a quienes vendríamos en las filas de la Revolución, que desde Punta Llorona, sería aerotransportada a las montañas nicaragüenses.

En verdad, a esta tarea nos entregamos a tiempo completo. Fue una labor obsesiva. Nuestra capacidad de trabajo llegó a tal grado, que todos abandonamos lo que teníamos. En lo que a mí toca, apenas hacía seis meses que con Joaquín Zavala Urtecho habíamos fundado la "Publicidad de Nicaragua", a la que comenzamos a darle forma en un rincón, sobre la Avenida Roosevelt, en el mismo local en el que Rodolfo Cardenal h., hacía funcionar una Compañía de Seguros. Por una cosa ridícula vendí mis acciones a Joaquín y a nuestro tercer socio, don Rodolfo Cardenal Argüello, quien había sido propuesto por Joaquín para que permaneciera en la oficina atendiendo la parte administrativa del negocio. Reinaldo hizo lo propio con su cultivo de algodón, y Mario también abandonó los negocios de su padre, don Simeón Cajina. Mario me pasaba recogiendo en su "jeep", con el que todavía atendía las labores de la finca, para ir a endurecer los músculos y la voluntad escalando las laderas del

volcán Santiago. Creo que nunca antes ni después, mis sueños estuvieron tan llenos de ideales en algo que solamente entrañaba incomodidades y peligros. De tal manera, que cuando consideramos que un número suficiente de voluntarios habían cruzado la frontera para engrosar las filas de nuestra famosa intentona revolucionaria, nosotros mismos, uno a uno, por diferentes vías, partimos con destino a Costa Rica.

No puedo precisar exactamente el día, pero fue a mediados del mes de mayo, que llegamos a la casa de Pedro Joaquín. Sí, recuerdo, que doña Violeta nos abrió la puerta y nos hizo pasar adelante. Luis Cardenal, el Dr. Enrique Lacayo Farfán y dos o tres personas más a quienes no conocía, estaban ese día reunidos con Pedro. Hablamos de Nicaragua, de cómo a la fecha habíamos dejado las cosas, y especialmente, sobre la increíble cantidad de rumores que ardían en la Esquina de los Coyotes, las que prácticamente tenían en el suelo a Luis Somoza DeBayle, Presidente de turno, hijo de Anastasio Somoza García, un tipo que marcó la historia de Nicaragua con el asesinato de Sandino. Pedro se rio y soltó una expresión llena de humor y amenaza, acerca del futuro de la dinastía. Después de charlar un poco acerca de los propósitos del movimiento, nos dirigimos a la casa del Dr. Mario Gamboa, en donde en un cuarto que hacía de bodega, comenzamos a probarnos las botas y el uniforme verdeolivo que formaría parte de nuestro avío de campaña. Creo que la sensación generalizada desde que llegamos al Aeropuerto de La Sabana, fue de

emoción indescriptible, casi de misterio. Diríamos que nos íbamos a embarcar en un vuelo ordinario a Golfito o Palmar Sur, en el Pacífico de Costa Rica. Era lo que deberíamos contestar en caso que algún agente del gobierno se interesara en nosotros. Todo transcurrió normalmente mientras íbamos llegando al lugar exacto de la espera. Una hora después volábamos rumbo a nuestro campo de entrenamiento. En menos de cuarenta y cinco minutos experimentaríamos la primera experiencia fascinante y peligrosa de nuestra aventura: el pesado aparato con sesenta y cinco hombres y su carga, ensayaría un aterrizaje, exactamente junto al mar, en el que no existía un lugar adecuado para hacerlo. El capitán Rivas Gómez, el piloto al mando de la nave, con su increíble ojo de águila, quedó observando la playa. Confirmó la información que había monitoreado en La Sabana. La marea estaba lo suficientemente baja para deslizar el aparato. Se tiró a fondo sobre la parte más resistente de la arena húmeda, al borde casi del flujo y el reflujo de la última estela de la ola. Desde la puerta de la nave, aún con los motores encendidos y sin detenerse, comenzamos a lanzarnos hacia afuera. Muchos de los muchachos rodaron sobre la arena. Junto a nosotros, salieron también las cosas que trasladábamos a lo que sería nuestro único y breve sitio de entrenamiento. Era el segundo grupo que llegaba a Punta Llorona, y el primero, en un avión Curtis Comander. Fue una operación de cinco minutos o menos y el aparato levantó el vuelo de regreso. Creo que todos experimentamos una emoción indescriptible. Ver la playa que se te viene encima inmediatamente después de la montaña y

que te diriges contra el golpe de las olas es algo intensamente emocionante. Ese espectáculo de nervios y atrevimiento, ya era una buena prueba en la aventura.

Aquella misma mañana comenzamos nuestra nueva vida de soldados de la guerrilla nicaragüense. Desarmar y armar un Garand y disparar algunos tiros al blanco, sobre los pelícanos y los patos salvajes con las alas abiertas al sol, encima de las puntas de las rocas diseminadas como pequeños islotes dentro del verde oleaje de La Llorona. Por la noche había que caminar un poco en la oscuridad profunda de la montaña. Montar guardia en los atajos que habíamos ido conformando a nuestro paso. Arrastrarnos sobre la arena húmeda, y ensayar uno que otro asalto nocturno, cuerpo a cuerpo como en las películas de guerra casi siempre bajo una prolongada lluvia que comenzaba al atardecer y venía escampando en la madrugada.

Había trabado buena amistad con el teniente Sonny Bonny, un joven costarricense, delgado, nervioso, al que no se podía retener mucho tiempo en el mismo sitio, y a quien en las noches de tormentas al rugiente estallido de los rayos, todo remojado le preguntaba a gritos desde mi hamaca, colgada al aire libre:

--"!Sonny Bonny! ¿Cómo te sientes?".

--"!Como un Rajá! !Como un Raja!, respondía también desde su hamaca, con un tono de humor subrayado por una carcajada.

En el poco tiempo que estuvimos esperando la orden de salida a Nicaragua, los minutos fueron

mentalmente tamizados de todo. Una recomendación estratégica de como entender la montaña. El trato con los campesinos. La vida dura e intensa de la guerrilla. Fidel había sido el discípulo maravilloso de Sandino. Era el maestro, el héroe, el Tarzán de la mira telescópica, tal como lo publicitaba Times, Life y todas las revistas americanas que prepararon el ánimo de Batista para acelerar su huida de la Habana.

Había que tener fé ciega, como la tuvo San Ignacio de Loyola. Sólo con ella se puede llegar largo. Los retequé en la Guerra Civil Española representaban eso: la fe. Estaban poseídos de un espíritu de fe incuestionable. Entre el grupo hubo algunos predicadores de la guerrilla. Cada quien tenía un estilo propio. Era el reflejo de su personalidad interior. El capitán Fe Ciega era uno de estos predicadores del optimismo. Yo estaba con él. Me gustaba su debilitado estilo mesiánico. Era de palabra suave saliendo de una personalidad fuerte de vez en cuando. El otro de mis personajes era mi Comandante Tormenta. Así le llamo yo. Poseído de una furia increíble. No le quedaba pelo en la cabeza que no estuviera erizado. Entre el Capitán Fe Ciega y el Comandante Tormenta, el mayor Fredy Fernández, el famoso ángel de la guarda que nos había confiado don Pepe Figueres, lucía como un engendro de recluta. A la hora de estar poniendo en orden estos apuntes, y en la que se agudiza mi memoria remontando el pasado como en la de un esclerótico, se me vienen oleajes de pensamientos en las que el humor no se escapa. El humor y el dolor que algunas veces también nos saca sonrisas.

Desde que salimos de Nicaragua --creo que fue una sensación generalizada--, comenzamos a vivir el misterio de aquella aventura político-revolucionaria. Hubo en nosotros una mezcla de sentimientos que no podían definirse con claridad. Nos juntaba la idea de una Nicaragua libre, sin Somozas y sin ninguna otra cosa que se le pareciese. Tengo entendido que ningún movimiento de esta clase, aun en el tiempo que escribimos esta especie de memorias, recibió tan pocos estímulos materiales para seguir de frente. Desde que tuvimos conocimiento que el Curtis Commander, de Lacsá, llegaría casi al romper el alba a las playas de Punta LLorona, y que esa misma mañana saldríamos rumbo a Nicaragua, todo fue inquietud, curiosidad, tensión y entrega a la misión que estábamos determinados. Sabíamos que no deberíamos perder un minuto, porque el avión a falta de un campo de aterrizaje, se deslizaría por la playa como la primera vez que lo hicimos, lentamente con los motores encendidos a todo lo largo de un trecho más o menos duro, que quedaba al descubierto en la arena cuando bajaba la marea. En ese preciso momento deberíamos subir a la nave casi colgados de las manos de quienes estaban abordo para ayudarnos. Y así, uno por uno, con firme decisión, alegremente cantando el Himno Nacional, bajo el violento ruido de los motores y el fulgor de los vivas a Nicaragua, nos fuimos acomodando sobre el piso de aquel cascarón de aluminio. El comandante Pedro Joaquín Chamorro, Jefe Político del Movimiento, y el más importante y decidido de sus gestores, como para dar el ejemplo, fue el primero en subir a al aparato. Las columnas San Jacinto, al mando del

Comandante Reynaldo Téfel, la José Dolores Estrada, comandada por José Medina Cuadra, y la Quinta Columna, bajo la jefatura de Luis Cardenal, fueron la que apuntalaron el desembarco en Mollejones. El avión había llegado a Punta Llorona a eso de las 5:30 horas de la madrugada del 31 de mayo de 1959. Aproximadamente a las 7:00 horas del mismo día, estábamos buscando un sitio donde caer en Nicaragua. Se había hablado de Cosigüina y de una toma de pista en la Carretera al Rama. Esas eran algunas alternativas que a última hora fueron supuestamente cambiadas desde Managua. De tal manera que cuando comenzamos a descender sobre los llanos de Chontales, algunos pudimos darnos cuenta que el capitán Manuel Rivas Gómez ex-G.N., casi intentaría el aterrizaje forzoso en cualquiera de esos lugares. El avión había dado dos vueltas buscando pista, cuando desde la cabina llegó una exclamación de júbilo. Alguien descubrió en un extenso claro del llano a algunos hombres que hacían señas y colocaban unas mantas blancas sobre el pasto. De inmediato se alertó sobre el aterrizaje. En segundos, las ruedas del Curtis Commander, en el que viajábamos unos setenta muchachos, chocaron contra un promontorio de maleza, y saltó la aeronave hacia arriba cual un caballo cerril de Chontales. Luego trastabéo violentamente sobre los baches, hasta deslizarse irregularmente mientras abandonábamos la nave llevando con nosotros los elementos de guerra: viejos fusiles Mauser, Hemphill, Kracks, unos tantos Garand, metralletas M-3, Bredas, New Hausen, Raising, Berettas y Colt, más dos ametralladoras Jonhson de bípede del 1918, que charchaleaban en forma impresionante para la

mayoría de nosotros por el eco retumbante con el que hacían resonar la montaña.

Según Francisco Miranda: "Estaba haciendo labores de ordeño en la hacienda de don Alejandro Miranda Fonseca, cuando como a las 7:00 de la mañana vio aterrizar un avión que tardó como diez minutos en tierra para luego levantarse de nuevo". No puedo precisar exactamente como hicimos para abandonar tan rápidamente el aparato. Si estoy perfectamente seguro, que cuando lo vimos alejarse, nosotros mismos nos apresuramos a la búsqueda de un sitio en donde comenzar nuestra idealizada hazaña guerrillera.

Tengo el recuerdo vivo de la figura asargentada del Comandante Medina Cuadra. La tengo fiel en la memoria, porque era uno de los grandes predicadores de Punta Llorona acerca de como deberían hacerse la cosas en el terrero de la guerra. Con su casco de acero --el único que tenía la tropa--, su barba negra y su voz ronca de sargento, lucía colosal, inspiraba confianza, daba la sensación de un veterano de Guadalcanal, o de Corea --ahora pensaría que del Golfo Pérsico--, con sus botas media caña y todos los arreos de un triunfador encima. Todavía quiero y recuerdo mucho esa imagen del Comandante Medina y cada vez que le encuentro, rememoro aquel bárbaro pero fascinante escenario.

Con el grado de Teniente, junto a Domingo Mora, Mario Viquez Pollex y dos muchachos más, Nicolás Plata y Pedro Rivas de los que nos

esperaban en Mollejones estábamos asignados a la Columna de Radio. Deberíamos ser los encargados de transmitir los comunicados de guerra y las arengas militares desde nuestro enclave en la montaña. Todavía no habíamos cruzado el llano, cuando descubrimos en el horizonte el ronquido de una avioneta Cessna que comenzó a sobrevolarnos en evidente misión de reconocimiento. Lógicamente sentimos preocupación y apresuramos la marcha. En este momento, nos dimos cuenta el tipo de equipo de radio que veníamos cargando, pues el peso del transmisor sumado al del generador eléctrico que serviría para operarlo, hacían un peso de más de doscientas libras prácticamente indivisibles, de tal manera que tuvimos que amarrarla a un buey, que junto al transmisor, se quedó en el camino: despatarrado el cornudo y la planta oculta, esperando mejor ocasión para trasladarla al sitio adecuado para el propósito previsto.

El zapatero de Santo Tomás, Nicolás Plata, miembro de la Juventud Conservadora, narra lo que él percibe de nuestra llegada a Mollejones de la manera siguiente: "Cuando llegó el avión nosotros estábamos esperándolo. Desde una semana antes, Ulises Peralta, Francisco Flores, Chepe Castillo, Pedro Rivas y yo fuimos a rozar el potrero. Antes de caer el avión, Ulises Peralta, Francisco Flores y el Ing. Octavio Bravo tendieron unas mantas blancas. Eran como 69 hombres. La gente que salió del avión cogió para la montaña. Nosotros nos fuimos con ellos".

Como todas las aventuras en la vida, desde el matrimonio que no deja de tener un componente de esta naturaleza, los negocios, el viaje a un país extraño y en sumo grado, los planes para dar al traste con un gobierno corrupto y dictatorial, le llenan a uno la cabeza de muchas ilusiones que no permiten el análisis. El hecho que nuestro intento revolucionario haya sido en un transporte aéreo, es posible que haya servido como una campanada para alertar al Dictador. El enorme Curtis Commander, volando a tan baja altura sobre los llanos de Chontales, causó innumerables reacciones, y es de suponer que no hubo delación de civiles, sino que fue la acción de la Guardia Nacional y la de los jueces de Mesta, o jueces de Cañada, lo que permitió al Dictador la localización de nuestras columnas guerrilleras a unos 500 metros antes de penetrar en la montaña.

Se suponía que de acuerdo a lo planeado, inmediatamente que nosotros pusiéramos pie sobre territorio nicaragüense, darían inicio una serie de actos desestabilizadores que obligarían a las autoridades civiles y militares a una tarea de toma de decisiones que provocarían confusión en el ánimo y la estrategia del Dictador. De todo esto no teníamos la menor duda, de tal manera que deberíamos esperar noticias de Managua.

Es difícil precisar la hora, pero creo que eran aproximadamente las dos de la tarde, cuando comenzaron a llegar los primeros Mustang y sin suponerlo los pilotos, giraban por encima de los enormes árboles, casi sobre nuestras cabezas, para ir

a descargar sus bombas y su fuego de metralhas en otras direcciones de la montaña.

Ya casi entrada la noche, llegamos a la casa-finca de un señor Moreno. Pedro Joaquín, José Medina, Luis Cardenal, el P. Federico Argüello, quien servía de Capellán del Movimiento, y Reinaldo Téfel, entraron a la vivienda. Otros tomamos posiciones y nos colocamos en diferentes sitios montando guardia. Nos dábamos cuenta a través de la radio que apenas terminaba un Mustang de lanzar bombas y metralha, se iba y venía el otro. De vez en cuando, se aparecía un avión de transporte artillado que nosotros le llamábamos el "Dundón" y al que los sandinistas durante la insurrección del 79, bautizaron con el mote de Dundo Eulalio. Esa noche, a este señor Moreno le compramos una vaca que destazó Chico Coca, un forzudo muchacho de Diriamba que había sido reclutado por Vicente Rappaccioli. Fue nuestra única comida del día, más caramelos y agua que recogíamos de cualquier fuente para apagar la sed de las jornadas.

Dormimos en esa finca si se puede decir tal cosa, y seguimos adelante. A la mañana del siguiente día salimos rumbo al este, buscando Corozo Grande, hacia la hacienda de Camilo Argüello, quien según entendí, conocía de la Revolución y estaba dispuesto a ayudarnos. A media jornada del camino, nos encontramos una casa en la que dormimos, para salir muy de madrugada a una loma a pasar el día como a dos kilómetros de la casa. Allí esperamos un buen tiempo mientras se

planeaba la estrategia que debería desarrollar el Estado Mayor del movimiento.

Es posible que algunos de los muchachos campesinos que engrosaron las filas de nuestro pequeño contingente, hayan experimentado momentos de angustia cuando comenzamos a sufrir los primeros rigores de la persecución, el hambre, las enfermedades diarreicas y la intemperie en la montaña. Desde la misma Punta Llorona, un joven paisano, obrero en el ferrocarril de Costa Rica, había intentado desertar a través de aquellas inhóspitas montañas y para mala suerte suya, tuvo que regresar el tercer día, frustrado y lleno de vergüenza, pretextando que al quedarse rezagado metido en urgencias fisiológicas, alejándose de su columna, se quedó extraviado en los atajos. La verdad es que al tomar agua de los ríos --no existe río en Centro América que no esté contaminado con toda clase de parásitos y patógenos, generalmente de origen fecal--, todos nos enfermamos del estómago. Muchos de estos compañeros en sus declaraciones ante la Corte de Investigación Militar, depusieron algunas declaraciones en este sentido. Las infecciones intestinales fueron los primeros enemigos que tuvimos que enfrentar al comienzo de la aventura.

A pesar de la lluvia, pues estábamos bajo un invierno cerrado, el que diariamente entraña con furia más o menos persistente desde las tres de la tarde hasta muy entrada la madrugada, caminábamos sin cesar, orientados por algunos de los campesinos de Santo Tomás no muy conocedores del terreno,

pero con puntos de referencias en las haciendas del sector para indicar señales y direcciones que pudieran conducirnos sobre los caminos y las trochas más seguras desde donde escapar al asedio de la Guardia. La verdad es que considerábamos innecesario tener contactos con el ejército de Somoza en condiciones que no estuviesen equilibradas. Era necesario aclimatarse, aterrizar psicológicamente, poner los pies sobre el terreno de la realidad de nuestra guerrilla y conseguir cierto tipo de endurecimiento militar para pensar en acciones de pega y corre, como siempre se habían planeado y discutido en Punta Llorona. Esa debería ser la técnica y la estrategia. La misma que había empleado Sandino y con la que había combatido Fidel. Era lo que recomendaban el capitán de infantería Napoleón Ubilla ex-G.N., con el apoyo de los pilotos Manuel Rivas Gómez y Carlos Ulloa, considerados por nosotros los que más sabían de asuntos militares. Pero, claro, la llegada en el avión frustró la primera fase de nuestros planes. Toda la tarde y la noche, desde que llegamos a la casa de Moreno, tanto Pedro como el resto de la tropa estuvimos pendientes del aterrizaje del segundo contingente que debería caer en los llanos de Olama, y si encontraban dificultades y lo consideraban conveniente, deberían hacerlo en cualquier recta apropiada de la carretera al Rama.



Grupos de rebeldes, en FRUTA DE PAN, antes de la rendición.

II

El mayor (Inf.) José Gustavo Guillén G.N., encargado de las operaciones en el área del conflicto por el entonces Jefe Director de la Guardia Nacional, Gral. Anastasio Somoza Debayle, hace referencia a la invasión de la manera siguiente: "A las doce del mismo día llegué a Fruta de Pan. Aquí me informaron que los revolucionarios iban camino del lugar llamado Blandón, en la comarca de Bulún. Salí hacia ese lugar y me encontré con el mayor Ramón Tórres, el capitán Segundo Calonge y el teniente Carlos Eger G.N. El mayor Tórres me entregó su tropa y regresó a Santo Domingo. En la finca de Fidencio Díaz Pérez, un individuo a quien había mandado sobre el Río Sucio a investigar sobre los revolucionarios, me informó que habían pasado temprano de la noche por la casa de Juan Cano como 100 hombres, uniformados de verde olivo, armas automáticas y rifles M-1".

Y continúa el mayor Gustavo Guillén: "A las cinco de la mañana destacué al teniente René Zelaya con el primer pelotón de la Compañía para que se dirigiera a la casa del señor Cano. Al mismo tiempo a los tenientes Carlos Eger con el segundo pelotón, y Pedro Pavón con el tercero por la derecha. Al capitán Benjamín Buitrago lo mandé sobre la trocha de Tapalguaz para cerrar una posible salida por este

lugar. Más a la derecha del teniente Pavón, salió el capitán Segundo Calonge con otro pelotón para cerrar las posibles salidas por ese mismo lado. Siguiendo la columna del teniente Zelaya, mandé al teniente Fajardo con su pelotón de morteros al cual me uní".

Esta operación militar comenzó a desarrollarla el mayor Gustavo Guillén, el día 7 de julio, cuando parte de los planes que con tanto idealismo habíamos acariciado se nos estaban yendo de las manos. Recuerdo que después de un primer intento de aterrizaje en el sector de Olama al atardecer del mismo día en que lo hicimos nosotros en los llanos de Mollejones, el pesado avión Curtis Commander tuvo que regresar a pasar la noche al Aeropuerto de La Sabana para intentar repetir la operación el siguiente día. Esto dio lugar a que los aviones del Dictador estuvieran esperando el aviso de alerta, y los cuarteles de la Guardia Nacional con sus colaboradores los jueces de mesta del sector, se mantuvieran expectantes, oteando el cielo, para ser los primeros en dar la voz de alarma de que la invasión que desde Cuba estaba impulsando Fidel Castro al fin había entrado a Nicaragua.

¿Ayuda de Fidel Castro? Felizmente no nos la dió. En realidad, para ser congruentes con el soporte que necesitan este tipo de acciones, y después de haber sido espectadores de cómo se mueven los enormes fardos de ayuda que proporcionan los gobiernos o intereses involucrados en estas operaciones político-militares, Olama y Mollejones no tuvo ayuda de nadie. Oímos decir

II

El mayor (Inf.) José Gustavo Guillén G.N., encargado de las operaciones en el área del conflicto por el entonces Jefe Director de la Guardia Nacional, Gral. Anastasio Somoza Debayle, hace referencia a la invasión de la manera siguiente: "A las doce del mismo día llegué a Fruta de Pan. Aquí me informaron que los revolucionarios iban camino del lugar llamado Blandón, en la comarca de Bulún. Salí hacia ese lugar y me encontré con el mayor Ramón Tórres, el capitán Segundo Calonge y el teniente Carlos Eger G.N. El mayor Tórres me entregó su tropa y regresó a Santo Domingo. En la finca de Fidencio Díaz Pérez, un individuo a quien había mandado sobre el Río Sucio a investigar sobre los revolucionarios, me informó que habían pasado temprano de la noche por la casa de Juan Cano como 100 hombres, uniformados de verde olivo, armas automáticas y rifles M-1".

Y continúa el mayor Gustavo Guillén: "A las cinco de la mañana destaqué al teniente René Zelaya con el primer pelotón de la Compañía para que se dirigiera a la casa del señor Cano. Al mismo tiempo a los tenientes Carlos Eger con el segundo pelotón, y Pedro Pavón con el tercero por la derecha. Al capitán Benjamín Buitrago lo mandé sobre la trocha de Tapalguaz para cerrar una posible salida por este

lugar. Más a la derecha del teniente Pavón, salió el capitán Segundo Calonge con otro pelotón para cerrar las posibles salidas por ese mismo lado. Siguiendo la columna del teniente Zelaya, mandé al teniente Fajardo con su pelotón de morteros al cual me uní".

Esta operación militar comenzó a desarrollarla el mayor Gustavo Guillén, el día 7 de julio, cuando parte de los planes que con tanto idealismo habíamos acariciado se nos estaban yendo de las manos. Recuerdo que después de un primer intento de aterrizaje en el sector de Olama al atardecer del mismo día en que lo hicimos nosotros en los llanos de Mollejones, el pesado avión Curtis Commander tuvo que regresar a pasar la noche al Aeropuerto de La Sabana para intentar repetir la operación el siguiente día. Esto dio lugar a que los aviones del Dictador estuvieran esperando el aviso de alerta, y los cuarteles de la Guardia Nacional con sus colaboradores los jueces de mesta del sector, se mantuvieran expectantes, oteando el cielo, para ser los primeros en dar la voz de alarma de que la invasión que desde Cuba estaba impulsando Fidel Castro al fin había entrado a Nicaragua.

¿Ayuda de Fidel Castro? Felizmente no nos la dió. En realidad, para ser congruentes con el soporte que necesitan este tipo de acciones, y después de haber sido espectadores de cómo se mueven los enormes fardos de ayuda que proporcionan los gobiernos o intereses involucrados en estas operaciones político-militares, Olama y Mollejones no tuvo ayuda de nadie. Oímos decir

--nadie lo ha comprobado todavía--, que don Rómulo Betancourt, Presidente de Venezuela, había contribuido con 30.000.00 dólares para el avituallamiento de nuestra gente. Si esto fue cierto, tamaña decepción deben haber sufrido los receptores de la ayuda, cuando todos sabemos muy bien lo que costaba un desperdicio de fusil hace 33 años, antes de que los comunistas comenzaran a repartir armas como si fueran alimentos, en algunos de los países que fueron maltratados por su influencia y en los que descolla dolorosamente Nicaragua. Estábamos solos, aun cuando por nuestra falta de experiencia no podíamos detectarlo. La raquítica muleta logística que nos proporcionó don Pepe Figueres no fue suficiente. En ocasiones me he atrevido a poner en duda lo razonable de sus intenciones. A esta altura, como lo supimos en años posteriores, don Pepe servía de informador de la Central de Inteligencia Americana (CIA), y era juicioso suponer, que ésta a su vez, se encargara de tener al día al Presidente Luis Somoza, con relación a estos y otros acontecimientos. Además de que podría generarse un conflicto por este mismo asunto entre Nicaragua y Costa Rica, el señor Figueres, no era un hombre experimentado en el arte de la guerra de guerrillas, y ni siquiera un soldado tropical de montonera, como lo son y lo han sido hasta nuestros días, la mayoría de estos empíricos o académicos teatralmente engolados, que viven prefabricando conflictos para tener vigencia. El fue un líder cívico, que con el apoyo de Frank Marshall, un joven de clase media alta del espectro social costarricense, temperamental y temerario, se tomó el Cuartel de San Francisco en San José. Hasta allí mismo llegó

Don Teodoro Picado y comenzó el soporte real de la Segunda República. Como señalé antes, Figueres nos contactó con amigos suyos y facilitó lo que pudimos obtener de apoyo logístico. Tal vez no podía pasar más allá. A lo mejor esperó que otros gobiernos o movimientos de amigos democráticos solidarios con el caso de Nicaragua, reaccionaran al fin, una vez iniciadas las operaciones. La verdad es que jamás hubo posibilidades concretas y que el espíritu mesiánico de Fidel Castro estaba influenciando con su rumba ideológica las decisiones de los dirigentes más importantes. En principio nos había negado la ayuda y eso era una especie de señal que dio sus resultados en el resto de la América Latina tropical y aventurera.

De tal manera, que considerando este panorama, fue una actitud extraña y quijotesca la de los ticos Luis Sonny Bonny, Jorge Segura, Marco Tulio León, Rodrigo Vargas y un muchacho de apellido Mallet, así como la del dominicano Freddy Fernández, quien alcanzó el grado de Comandante Mayor en la Fuerza Pública de Costa Rica, y el que también había desempeñado funciones de Segundo Comandante de Puerto Limón. Toda esta gente vino evidentemente sin ganar un centavo, y a Freddy Fernández se le prometió entregar --no se si los recibiría alguna vez-- doscientos cincuenta colones mensuales para que atendiera verdaderas emergencias familiares. Esto da la medida de cual fue la actitud y la espontaneidad del elemento que participó en Olama y Mollejones. En otras palabras, su calidad humana y su increíble sentimiento de entrega. En una de tantas confidencias sobre nuestra

situación en la montaña, Pedro Joaquín me manifestó: "Ahora todo depende de nosotros".

Fue una frase que se le salió casi inmediatamente después del descalabro de Olama, cuando el mismo Curtis Commander al transportar el segundo contingente, en el que venía Napoleón Ubilla Baca como jefe, quedó atascado en el lodo. De tal manera que a la columna "4 de abril", que comandaba Ronald Abaunza Cabezas, y la "José Figueres", cuya jefatura fue asignada al mismo capitán Napoleón Ubilla Baca, le tocó experimentar un crudo recibimiento de metralla. Aproximadamente una hora después de descender del avión, fueron atacados por los Mustang del Dictador.

Es seguro que Pedro Joaquín estaba reflexionando sobre la visita que en compañía del Dr. Enrique Lacayo Farfán y Reinaldo Téffel hicieron al Che Guevara en el balneario de Tarara, en donde hasta esos días el famoso argentino era el brazo derecho de Fidel Castro. El Che convalecía en ese retiro providencial y paradisíaco de cierta recurrente crisis asmática. Refiriéndose a esta entrevista, José Francisco Cardenal Tellería, uno de los jóvenes de Olama, recuerda: "A instancias de una conversación con Manolo Cardenal, quien nos habló de que en la Habana había muchos nicaragüenses, con mi primo Ramiro Cardenal decidimos irnos hacia allá. Allí conocí a Lacayo Farfán, Paco Ibarra, Chester Lacayo, a una tal Dra. Palacios y al Dr. Simón Delgado. Estuvimos en una casa de la 5a. Avenida 28, Miramar, que había sido

expropiada a un senador batistiano, y que era pagada por el gobierno cubano. En esa misma casa se hospedaban Luis Rivas Leal, Reynaldo Silva, el poeta Alberto Ordóñez Argüello, el coronel Manuel Gómez, Mario Alfaro Alvarado y el general dominicano Miguel Angel Ramírez. Allí conocimos también al profesor Edelberto Torres y a Alejandro Martínez Sáenz, quien nos llevó a un comedor de la Marina de Guerra, dándonos a entender que tenía buenas vinculaciones con los cubanos. El Dr. Lacayo Farfán nos había asegurado que contaríamos con el apoyo de Fidel Castro, pero más tarde se dio cuenta que el apoyo se lo iban a dar a los comunistas". Lo que Reinaldo Téfel confirma después diciendo: "Nos acompañó en el viaje el diputado liberacionista Marcial Aguiluz, y nos encaminó un cubano de apellido Cubellas (Rolando). La casa del Che Guevara quedaba en una playa de veraneo en la que conocimos a Fidel Castro. El nos dijo que los asuntos de Nicaragua los había delegado en el Che Guevara. Entramos a la habitación del Che que se encontraba muy enfermo. Con él mantuvimos una larga conversación sobre tópicos generales de la política hispanoamericana y de las relaciones de estos pueblos con los Estados Unidos. Al hablar concretamente de Nicaragua, afirmó que para él ya existía un Comité que representaba la unidad del pueblo nicaragüense, y que era al único que prestaría ayuda. Se notó en él cierta aprensión por nosotros. Después de esa conversación, el Gral. Carlos Pasos salió para los Estados Unidos, don Hernán Robleto se volvió a México, y los doctores Pedro Joaquín Chamorro y Lacayo Farfán regresaron a Costa Rica. Tres días

más tarde viajando en el Sierra Maestra estaba aterrizando en San José".

Pedro confirma el fracaso de estas gestiones, diciendo: "La entrevista con Fidel Castro fue brevísima, apenas una ligera presentación y enterado de que nosotros éramos nicaragüense, nos hizo pasar a ver a Guevara. Este se refirió al Prof. Edelberto Tórres en términos encomiásticos, diciendo que era un hombre bondadosísimo que en una época le había tendido la mano cuando él pasaba apuros, y que además tenía una indudable capacidad política".

Sin embargo Pedro espera. Pues dentro de ese nosotros a que él aduce, está pensando en lo que se llamó el Frente Interno. Uno de esos hombres de quien esperábamos algo era el Ing. Roberto Lacayo Fiallos, bravo, temperamental, con talante de conductor, quien en algún momento había capturado el liderato de la Cámara de Comercio e Industrias de Nicaragua. Además, teníamos conciencia de que muchos otros líderes, que se estaban movilizandando en una u otra dirección: el caudillo conservador Gral. Emiliano Chamorro, Manuel Morales Cruz, don Abel Gallard, Ramiro y Arturo Gurdíán, don Julio Chamorro Benard, don Julio Cardenal Argüello y otros jóvenes conservadores que no habían podido salir hacia Costa Rica, o que recibieron instrucciones de no hacerlo, que de acuerdo a las expectativas nuestras, agitarían los ánimos políticos y desatarían una ola de protestas y manifestaciones que pondrían en apuros a Luis Somoza. Aún antes de salir de Costa Rica, nos llegaron informes de que José Joaquín

Cuadra Cardenal, Pablo Antonio Cuadra y el padre León Pallais Godoy S.J. Rector de la Universidad Centroamericana (UCA), habían sido comisionados por el Gral. Emiliano Chamorro, para hacernos llegar un Plan en el que el Presidente de la República, don Luis Somoza Debayle, aceptaba ciertas condiciones que se firmarían con garantes idóneos, entre los cuales aceptaban serlo don Mario Echandi, Presidente de Costa Rica, y el Dr. Ramón Villeda Morales, con el mismo mandato en Honduras. El Documento de 15 puntos que fue rechazado por la superestructura política de la Revolución en ciernes, fueron los siguientes:

- 1.- En aras de la tranquilidad pública, el periodo del ingeniero don Luis Somoza DeBayle se reducirá en dos años, y terminará el último día de abril de 1961. A este fin, se verificarán elecciones el primer domingo de febrero de 1961.
- 2.- Las elecciones serán supervigiladas por un Organismo Internacional, preferentemente la O.E.A.
- 3.- Si ese Organismo rehusara verificar la supervigilancia, se acudirá a cualquier otro, y si no hubiere quién, entonces se realizarán por delegados de las repúblicas de Honduras y Costa Rica.
- 4.- Serán garantes de toda solución patriótica, los excelentísimos presidentes de las repúblicas de Honduras y Costa Rica, a cuyo

cargo estará la realización de todos los pormenores a que se llegue, a fin de que sean estrictamente ejecutados.

- 5.- El que sea una vez Presidente de Nicaragua, nunca más podrá volver a serlo, en periodo sucesivo o alterno. Prohibición a todos los parientes.**
- 6.- Las elecciones municipales serán el primer domingo de febrero de 1960.**
- 7.- El Ejército retornará a ser un cuerpo apolítico, fundamento de su creación, estableciéndose el Servicio Militar Obligatorio.**
- 8.- Se reformará la Ley Electoral sobre la esencia del voto secreto.**
- 9.- Se establecerán principios fundamentales de una democracia política, una democracia agraria y una democracia económica.**
- 10.- Se adoptarán los principios social-cristianos para alcanzar una verdadera justicia social, y cumplir sobre este tema, todas las convenciones internacionales desde las celebradas en Ginebra en provecho del trabajador, sea de la ciudad o en el campo.**
- 11.- Se contemplarán todas las reformas posibles a la actual Constitución para adaptarla a la realidad democrática.**

- 12.- Se procederá a la ejecución de una Reforma Agraria.
- 13.- Al mismo que la elección en febrero de 1961, se realizará elecciones de representantes a una Asamblea Nacional Constituyente.
- 14.- Se decretará una amplia e incondicional amnistía para todos los delitos políticos, o comunes conexos, e indultos para reos condenados.
- 15.- Se establecerán garantías mutuas en este Convenio, desde la firmada hasta la elección de nuevas autoridades.

Este Documento fue leído y discutido por un grupo de jefes y consejeros políticos del movimiento, en la casa del doctor Fernando Cruz, médico costarricense, casado con Leonor Cuadra, hermana de Pablo Antonio y José Joaquín Cuadra Cardenal, entre quienes se encontraban Pedro Joaquín Chamorro, Carlos H. Montalván, el padre Federico Argüello, Emilio Borge, Napoleón Ubilla Baca y Pablo y José Joaquín. Pablo participó brevemente de la reunión y se despidió del grupo. Tal eran las pintas de los "idus de mayo" en la que nosotros veíamos rodar la cabeza del Dictador. El mensaje y el mensajero fueron rechazados como extemporáneos.

Es posible, que esta hubiese sido la solución al problema de crisis política en el que había caído

el pueblo nicaragüense. Estaba planteada una situación de inconformidad, de desasocio que se volvía irreversible, y cada nuevo día se manifestaba por una curva ascendente de impopularidad y de rechazo. Sin embargo, estaba de por medio la falta de credibilidad de los Somoza, tristemente incapaces de cumplir con sus compromisos políticos. Además, ¿quién podía frenar al irresponsable del Gral. Somoza DeBayle, Jefe Director de la Guardia Nacional. Algunos pensaron en que el General, "ipso facto" recurriría a la maniobra de un golpe militar contra su hermano. Y hasta cierto punto, estos temores tenían su fundamento lógico, ya que la negociación de "Los Quince Puntos", era la segura eliminación de las aspiraciones del Gral. Anastasio Somoza DeBayle (Tachito Somoza), a la candidatura presidencial. Y esto no lo podía tolerar un oficial de West Point.

El mismo Luis Somoza entre chiste y chiste, lo había comentado entre los amigos políticos de confianza dentro del Partido Liberal: "el problema con Tacho el hermano, no será la subida sino la bajada". Y así fué. Quien vive limpiando el fusil y abrigando la mira de su máquina disparadora, vive ensuciando su cerebro y embobando a la imaginación. No sería tan doloroso si no fuera sólo él la víctima de este estado de aberración. El problema se vuelve complejo, cuando la mira de este fusil está lleno de ambiciones y se producen tragedias colectivas como las que alimentó el generalito Anastasio Somoza DeBayle, lo que en algún momento de su diabólico y frustrante empecinamiento lo cegó el demonio de Sadam

Hussein, cuando pidió públicamente que el mismo Jimmy Carter, Presidente de los Estados Unidos, lo viniera a sacar del estado de locura en que tenía convertido el ejercicio de la función de Mandatario de la Nación.

Así que nosotros estábamos solos. Dentro de esta soledad de montaña, bajo una lluvia diaria y torrencial, seguíamos pendientes de la suerte de nuestros compañeros de Olama.

Julio Chamorro Coronel que abandonó la Vice-Gerencia de la Casa Pellas para unirse al grupo de Olama, había llegado a Puntarenas junto al ex-teniente César Noguera G.N., en una avioneta pilotada por el ex-teniente Alvaro Galo. Allí se les juntaron Checho Guerrero y Berman Zúniga. A las pocas horas de estar en San José, salieron en el famoso Curtis Commander del aeropuerto Las Sabanas hacia Punta Llorona. Dice Julio: "Llegamos a una playa donde el avión aterrizó. Un grupo de jóvenes que estaban esperándonos comenzaron a abordar el avión. Esta operación duró como diez minutos, dirigiéndose luego el aparato con dirección a Nicaragua. Como lugar específico, el Valle de Olama. Al aterrizar, la primera orden que recibimos fue abandonar el avión inmediatamente, porque éste se estaba hundiendo en el lodo. Ya fuera del avión algunos se quedaron cuidándolo, y el capitán Napoleón Ubilla con otros compañeros, salieron en busca de una yunta de bueyes para despegar el aparato. Esta fue la última vez que ví al capitán Ubilla. Como una hora

después de haber aterrizado comenzó el ametrallamiento de los Mustang".

Róger Cabrera Fajardo, otro de los voluntarios del vuelo de Olama que quedó atascado en los lodazales, declara: "Yo estaba situado con Ronald Abaunza, el teniente César Noguera, Jorge Balmaceda, Edgard Noguera Cuadra, Pablo Leal, el capitán Rivas Gómez y un tico llamado Mallé. Cuando la patrulla de la Guardia comenzó a disparar, yo me tiré a una zanja y el comandante Abaunza me quitó el rifle y disparó. Lo mismo hicieron Balmaceda y Rivas Gómez, quien dejó ir un magazín entero con una ametralladora Raising".

El capitán Carlos Orlando Gutiérrez, destacado en la Undécima Compañía, Cuarto Batallón G.N., en Boaco, relata parte de la acción de que nos hablan también Jacinto Vélez, Silvio Chamorro, Lázaro Parodi, Emiliano Chamorro, Danubio Silva y Alvaro Borge, de la manera siguiente: "A las ocho de la mañana del 1 de junio, recibí orden del mayor Jorge Granera G.N., para que preparara una patrulla de combate y saliera inmediatamente a los llanos de Olama. Llegué a Tierra Azul y comprobé desde lejos que la Fuerza Aérea hacía fuego contra el avión. Llegué a eso de las doce y media, después de pasar el bombardeo. Luego recibí órdenes telefónicas del mayor Granera en que me decía que recibiría el apoyo de otras patrullas que habían salido hacia el lugar. Me acompañaban doce alistados y tres civiles. Desplegué mi tropa en la forma táctica acostumbrada y avancé hacia el avión, notando que

en su contorno habían fusiles y municiones regadas con implementos médicos. Destaqué al cabo Torres con siete hombres a seguir recogiendo municiones. Salvador Amaya, un vaqueano, me dijo que en el sector norte se encontraban objetos de los ocupantes del avión. Avanzamos hacia donde estaba una cañada, más pantano que otra cosa, y para sorpresa mía encontré a un hombre boca abajo, bastante enlodado, que estaba vestido como yo, de "overall" verde, casco de fibra, zapatos de combate. Pensé que estaba muerto, porque había pasado el bombardeo y el ametrallamiento. Al comprobar que estaba vivo, le ordené que se pusiera de pie, pero otro grupo que estaba a unas veinte o treinta varas, abrió fuego de ametralladoras, matando instantáneamente al raso Flores Pedro. Me parapeté en una de las zanjas y contesté el fuego con mi ametralladora. Después de ciertas ráfagas de parte de ellos y contestadas por mí, ví que el vaqueano Salvador Amaya caía con la cabeza destrozada. Me acordé que andaba dos granadas e hice uso de una de ellas, lanzándola con tan mala suerte, que cayó en uno de los zanjones y no les hizo bajas. Volvieron a hacerme fuego ya directamente a mí. Intenté lanzarles la segunda granada, y cuando me disponía a hacerlo, una de las balas me quitó el casco".

Por supuesto, que con la falta de un frente interno y del consabido cabildeo a nivel internacional todavía Somoza seguía siendo el "perro de ciegos" del que hechó manos en su tiempo, el Congreso y el Departamento de Estado Norteamericanos con el cuento del famoso liderato

anticomunista del General, era seguro de que nuestra posición ante la Guardia de Somoza estaba determinada al fracaso, pues Fidel Castro como señala Pedro Joaquín, no tenía interés alguno de que se produjera un cambio hacia la democracia en Nicaragua. Dice Pedro: "Con él y el Che, hablamos sobre el caso de Nicaragua, y nos dijo concretamente, que Cuba no podía ayudar a los nicaragüense, porque los Estados Unidos estaban vigilantes de cualquier acción cubana en el Caribe, para caerles encima. Además tuvo algunas expresiones bastante escépticas acerca del pensamiento político de lo que en Nicaragua se conoce como conservadores o como liberales, diciendo entre otras cosas que era una forma anacrónica sin contenido revolucionario, y que por ninguno de los cuales valía la pena hacer una Revolución".

El Dictador cubano ya tenía rayado su cuadro mental. Orientado su brújula, soñado con incendiar América Latina como decían los estribillos de esos años. Había apuntalado hacia el resquebrajamiento de la economía de Venezuela sustentada en una ilusión de tío rico con los recursos petroleros, que influyeron fatalmente en el abandono y la explotación de otra clase de recursos, haciendo volar en el aire al tímido presidente demócrata Rómulo Betancourt que se vio asediado con toda clase de terrorismo, mientras el Dictador Somoza, por otro lado, montaba desde Miami, una campaña política, irresponsablemente circense, de reto a Fidel Castro, encabezando mítines de confrontación con los pobres exiliados cubanos. Una

especie "shows" llamados banquetes de solidaridad, encuentros democráticos con la pretendida y sublime carnada --muchos vienen pescando con ese anzuelo-- de liberar a Cuba. Esta actitud firulichesca llegó a tales extremos de compromiso, que se prestó el territorio nicaragüense para una especie de invasión simulada --la de Bahía de Cochinos--, de la cual aún no se conocen, y nadie entiende las razones que tuvo el ex-Presidente John F. Kennedy, para hacerla abortar el aire.

Desde el fracaso de Bahía de Cochinos, Nicaragua se convirtió con el apoyo de los movimientos marxistas-leninistas y anti-imperialistas del mundo, en el objetivo de Fidel Castro. El precio de esta estupidez del General estrellado, todavía la estamos pagando los nicaragüense. Diez Años de Ensayo Totalitario catapultaron al país hacia atrás --el desarrollo económico con una diferencia de 50 años, y una imponderable secuela de muertes, de lisiados de guerra, de atraso cultural, de trastornos en la valoración de los bienes eternos y de odio irracional--, encerrando a Nicaragua y a los nicaragüense en una morgue sometidos a un proceso de congelación a la espera de nuevas leyes, nuevas condiciones socio-culturales, nuevos hombres que con comprensión, determinación y valor, saquen a Nicaragua de esta especie de miseria escatológica. La viuda de Pedro Joaquín Chamorro, Presidenta de Nicaragua --1990-1996--, fue electa popularmente por lo que yo he dado en llamar además de la formidable herencia de nuestro Jefe de Olama y Mollejones, el "Concenso del Repudio

Antisandinista", fenómeno más o menos idéntico, que permitió al F.S. L. N., tomar el liderato de la rebelión estructural y espontánea en contra de los canibalescos desaciertos del Somocismo. Igual cosa pudo haber acontecido al Gobierno Sandinista, si no hubiera cedido a la presión del voto silencioso y popular del pueblo. Esto a pesar de los signos de su poder armamentista: los cientos de millares de soldados, las katiuskas, los helicópteros artillados, las múltiples instalaciones electrónicas de Bat Man y de Superman. Cualquiera que tiene un dedo de frente, sabe muy bien que en política, no hay tiempo ni males incurables, y que cada enfermo tiene su medicina.

Cuando hago referencia al congelamiento de Nicaragua entera, vale la pena hacer memoria, que en la década de los setenta, las estadísticas económicas de los organismos internacionales, que hablan de nuestro país, registraron exportaciones mayores que las de Costa Rica, y lógicamente, éstos datos se reflejaron de alguna manera positivamente en el "percapita" respectivo. Nicaragua aun cuando estaba gobernada por una dictadura aberrante, no hacía fila en la cola del mundo. Era buen pagador de sus obligaciones financieras ante los organismos internacionales de crédito y su moneda de curso legal había mantenido una sólida paridad con relación a las divisas con las cuales se hacen las transacciones comerciales. En ese indicador estadístico que las Naciones Unidas publican cada año para señalar el índice de cada uno de los países del mundo en materia de sufrimiento humano, todavía Nicaragua no estaba registrado como país

empobrecido en el mismo lugar que Angola, Zimbabwe, Namibia o Bangladesh, y manteníamos un crédito más sólido que el de Costa Rica y Honduras, ya no se diga haciendo comparaciones con un centenar de otras economías.

A más de tres décadas de aquellos sucesos, que me obligan al examen de aquella aventura revolucionaria y me hacen concluir con una serie de reflexiones, acude a la memoria aquellos momentos bajo la cerrada tempestad de la montaña chontaleña --todavía no tan despalada al paso de los depredadores--, las imágenes de Mundo Leal, Silvio Chamorro, Horacio García Mendieta, Alvaro Borge, Jaime Chamorro Cardenal, Julio Chamorro Coronel, Ronald Abaunza Cabezas, Manuel Ruiz Montealegre, Eduardo Barberena Deshon, Roberto Vélez Bárcenas, Luis Rivas Leal, Jerónimo Parodi, Alvaro Córdoba Rivas, José Francisco Cardenal Tellería, Guillermo Córdoba Rivas, César Augusto Noguera, Róger Cabrera, Ramiro Cardenal, León Borge, la mayoría miembros de Juventud Conservadora, quiénes de acuerdo con lo que nos llegaba a través de la poca información radial que podíamos escuchar en nuestros receptores, estaban pasándola muy mal, sometidos a un fuego brutal de los aviones Mustang y del famoso avión madrina del Dictador, en donde como en los días de la insurrección de 1959, emplazaron una ametralladora calibre 50 en su puerta, y escapaban al acosamiento de la Fuerza Aérea y de las patrullas de la Guardia diseminadas en todo el sector de Boaco y sus alrededores.

III

Dionisio Vargas Zamora, agricultor de Los Mollejones se sorprendió cuando encima de su casa, sintió rugir el motor del Curtis Commander que aterrizó en el llano. Y recuerda: "Como se me perdió de vista por un momento, corrí a una lomita que está como a doscientas varas de mi casa. Cuando llegué, el avión ya había aterrizado. Ahí mismo, el avión dio vuelta para buscar como levantarse. Busqué a mi hermano para decirle que deberían ser contrarios porque oí rumores de que por ahí andaban unos. Al mismo momento, el avión cogió rumbo sur. Entonces nosotros nos venimos a dar cuenta a Santo Tomás. Era un avión enorme color de aluminio".

Catalino Vargas Zamora, de la misma comarca de Los Mollejones, agrega: "En mi casa, como a dos mil metros del llano de Los Mollejones, ví aterrizar el avión y pude notar que de su puerta salía una multitud de gente, vestidas de color oscuro". Y José Argelino Cárdenas de la comarca de Bulún, ya en el paso de las columnas guerrilleras en el interior de la montaña, recuerda: "Un día viernes a principios de junio, los revoltosos llegaron a mi casa. Cuando amaneció me dijeron que la desocupara porque podía haber derramamiento de sangre. Me fuí para la montaña, acompañado de mi

esposa, mis siete niños y una señora que vive en mi casa. Pasamos como dos días con sus noches, esperando que se fueran los hombres. Se llevaron una bestia mular que a los días regresó sola. Con ellos andaba un conocido mío de nombre Pablo Bravo".

Este muchacho, Pablo Bravo Lazo, de Muhan, agricultor como casi toda la gente de tierra y llano que vive en la geografía chontaleña, fue uno de los campesinos más entusiastas que nos acompañó en la aventura de Olama y Mollejones. Arisco como un venado, tranquilo y dicharachero, suave en el hablar, lo recuerdo con bastante precisión porque juntos, por un buen trecho en la travesía de la montaña, nos encargaron la misión de vigilar al chan de la Guardia Nacional --conocedor del terreno--, que la patrulla de capitán Eduardo Chamorro había capturado al pie del Cerro del Hielo.

Este muchacho, conservador de cepa --afirmaba él--, junto a Carlos Masís, Nicolás Plata y Francisco Flores, en primera instancia, fueron quiénes ayudaron a orientarnos y a salir del llano en la búsqueda de la montaña. A decir verdad, la falta de un buen equipo de chanes, influyó mucho en la pérdida de tiempo y energías en los primeros momentos de nuestra lucha guerrillera. Pablo se queja, que Carlos Masís le propuso integrarse al movimiento, apenas un día antes del desembarco, y él no tuvo la menor duda en aceptar la invitación. Cuando el Fiscal de la Corte Militar de Investigación le preguntó por la divisa política a la

que pertenecía. El contestó: "Al Partido Conservador". Lo mismo hicieron los otros jóvenes que mencioné al principio de este párrafo. Y cuando le tocó relatar el aterrizaje del enorme aparato de aluminio, abriendo desmesuradamente los ojos, exclamó: "Luego colocamos las mantas que sirvieron de señales al avión que aterrizó dando brincos y se pasó llevando un palo de nancite".

Hago memoria de estos hechos, porque un grupo de nosotros estaba descansando arriba de una loma. En ese momento yo me había quedado dormido —uno se quedaba dormido en cualquier parte— en el interior de una rústica troje para guardar mazorcas de maíz, construida de varas de bambú, cuando me despertó una especie de ronroneo nocturno que hacían Bayardo Quintanilla, José Esteban McEwan, Franklin Altamirano, Roberto Arana, mi hermano Rolando Mendieta Alfaro, Francisco Coca, Santos Talavera y Carlos Leiva, a quien bautizamos con el apodo de Cafecito Negro por su inveterada afición a esta bebida, al haber tenido noticias que las patrullas de la Guardia estaban bastante cerca de nosotros, acampando en la casa de un señor González, en la que habíamos dormido la noche anterior. La información la había llevado Pablo Bravo y nos la dio con un poco de alarma. Se jactaba con los otros muchachos de conocer como trabajaba la Guardia, sobre todo cuando de los campesinos se trataba, cosa que tiene vigencia con cualquier ejército de América Latina. Por supuesto, que cuando nosotros recibimos la noticia, ésta ya le había llegado a Pedro Joaquín y al resto de los comandantes, de tal manera que

todavía de noche es difícil precisar la hora, emprendimos la marcha por el otro lado de la loma llegando a una finquita recientemente abandonada, porque encontramos algunas evidencias que lo confirmaban, y nos trasladamos a pasar el día en la montaña. Estuvimos un buen tiempo planeando, casi girando en redondo, buscando una alternativa saludable mientras dábamos lugar a la reacción que seguíamos esperando del famoso Frente Interno de Managua y de la gente de Costa Rica.

Santos Talavera (Talaverita), quien recibió un tiro de Garand que le vació los intestinos, era uno de los más entusiastas compañeros que hayamos tenido el grupo de Mollejones. Formaba parte del grupo de los que esperaron en el llano con las sábanas blancas y las señales de humo. Esto último, fue algo que supe hasta meses después cuando nos encontrábamos en la cárcel. Barbero, curandero, sobre todo en la prisión, hacía gala de sus conocimientos de botánica y animales míticos, nocturnos o no, con los cuales curaba y podía curar desde una mordida de cascabel hasta un cristiano embrujado. Además, según sus propias palabras, atendía asuntos de amor y podía preparar pociones con las que cualquier piche por muy ajado que estuviese, podría recuperar el vigor sexual con la primera cucharada. Y mencionaba nombres de los que no estaban con él en ese momento para que sirvieran de testigos de sus hazañas "curanderiológicas", que no eran cuentos inventados. Era poeta de montaña cuando estaba de buen humor, y a cada momento soltaba versos que según Talaverita eran "improvisaciones de su cosecha", o

se ponía a recitar de memoria cualquier copla picaresca. Tenía la lengua larga y una memoria de barbero para meterse en la vida de los otros y hacer chistes de los clientes. Fue él, Carlos Masís y buena parte del grupo de los muchachos de Muhan, Santo Tomás y Bulún, quiénes convencieron a Pedro Joaquín y Reinaldo que deberíamos buscar una enorme punta de montaña, llamada Quitulia, para salirnos un poco de los ojos de los jueces de mesta y del inevitable acoso de la Guardia. Y hacia ese sitio proseguimos la marcha, caminando todo el día hasta que llegamos aparentemente a la orilla de la gran mole que a cada momento se nos volvía más distante. Cambiamos de rumbo y llegamos a Río Sucio, en donde compramos una vaca y el forzado Chico Coca la tomo por los cachos, la tiró al suelo mientras otros la ataron de las patas para sacrificarla. Luego, él mismo se encargó de destazarla. Era la segunda vez que podíamos comer algo sólido en toda la semana. Entre tanto, comíamos cualquier cosa. Caramelos, dulce de rapadura del que íbamos encontrando en el camino, o pequeños mordiscos de algunas onzas del salami tico que cargábamos en la mochila.

A uno de los que recuerdo reventándose de la risa es al capitán Manuel Ruíz Montcallegre, conservador, voluntario de nuestra guerrilla y según se decía, veterano de la Guerra de Corca, quien junto a Teodoro Téfel (Teche), Federico Muñoz quien se repartió con la cuchara grande de lo mejor del lomo de costilla de la vaca, y el actual Comandante Fernando Chamorro Rappaccioli, giraban alrededor de la barbacoa que encendimos sin

medir las consecuencias de lo que hacíamos. El olor a carne azada fue exquisito, penetrante y debió ser oído fácilmente a gran distancia dentro de la montaña.

De acuerdo con mis apuntes, y las entrevistas que estuve haciendo a mis compañeros de celda en la Cárcel de La Aviación, esa noche dormimos como a ochocientas varas de la ribera del río. Al día siguiente, volvimos al mismo sitio a no sé qué asunto, y luego continuamos para pasar el día en la montaña. Al atardecer, regresamos un poco casi por la misma trocha y buscamos la finca de José Argüello hijo, en la que pasamos la noche. A la altura del séptimo día, el peso de la incesante marcha se tornaba agobiante. Nos deteníamos en la punta de una loma, casi en descampado, Luis Cardenal sacaba la brújula y hacía comentarios sobre la supuesta dirección que debería tomarse. Por la noche, buscábamos la Estrella Polar y se repetían más o menos las mismas consideraciones. Era indudable que la falta de vaqueanos complicó el rumbo de las cosas. Estábamos llenos de mucho ánimo, de muchos planes, de muchos deseos de hacer algo por Nicaragua y de dar una respuesta al pueblo que estaba iniciando una innegable marcha hacia lo que tuvo que vivir después: pobreza, falta de sensibilidad social, dolor y sangre, sin tiempo para meditar, sin espacios para pensar alrededor de la gran tragedia social del campesino nicaragüense, acosado por la tragedia de la guerra y los años de desastres marxistas-leninistas que hundieron al país en un callejón oscuro y casi sin salida, y en el

doloroso atolladero contra el cual lucha el gobierno de la Presidenta Chamorro.

Tuve la sensación de que el caso de los vaqueanos había provocado cierta crisis de irresolución entre los comandantes. José Medina Cuadra (Pepe Medina), señala: "Al amanecer noté que había una discusión entre Freddy Fernández, que era el Asesor Militar, y Luis Cardenal. Había visto que con frecuencia discutían y era cosa que me ponía de muy mal humor. Esta vez la discusión era acerca del rumbo que deberíamos seguir, pues todos opinaban --al decir todos, me refiero a los comandantes--, que nos deberíamos dirigir a la zona de Tapalguaz para tratar de alcanzar las montañas del centro".

Algunos argumentaban que buscar el interior de la montaña sin las mínimas posibilidades de abastecimiento, era un verdadero suicidio, pues un porcentaje significativo de los muchachos andaba casi descalzos, volando las suelas de los zapatos. Sin embargo, habían otros que estaban convencidos que la única solución del problema estaba en seguir adelante, enmontañarse, acostumbrarse a las condiciones y a las ejemplares durezas de la guerrilla.

Y quizás tenían razón. Quizás no. Uno nunca sabe. De lo que si estábamos seguros, era de que estábamos abandonados a nuestra suerte. Y aun cuando algunos compañeros decían --yo nunca las oí-- que la Radio Rebelde que debería funcionar bajo la dirección del doctor Adán Selva, el poeta

Selva, Director de El Gran Diario, quien según las críticas post-revolución, se vestía con su traje de general, cuando se sentaba ante el micrófono, y Mario Cajina Vega, mi compañero de Juventud Conservadora en las prácticas de escalamiento del Santiago, diariamente transmitían informaciones de como andaba las operaciones de nuestra gente en la montaña. Algunas veces, refiriéndose al exitoso aterrizaje del segundo vuelo y el consiguiente combate entre éste grupo guerrillero y las patrullas de Guardia Nacional. Si esto fue así, es probable que haya ocurrido por una motivación puramente psicológica, a fin de animar a nuestros muchachos e inocular en ellos, una sensación de esperanza, de seguridad, de triunfo. Otras noticias con las que se especulaban tenían un sabor amargo, de realidad descarnada. De tal forma, que estábamos confundidos con relación a lo que estaba sucediendo al grupo que no era el nuestro. Esta situación, en algunos despertaba una leve aunque confusa esperanza de ayuda, y en otros un torturante oleaje de pesimismo.

Antes de marcharme a Costa Rica había oído de tanta gente que se movía alrededor de la operación guerrillera en la que estábamos metidos, que en lo personal no abrigaba la menor duda, de que algo o alguien debería aparecer para prestarnos apoyo, de la misma manera que lo habían hecho Figueres y el Partido de Rómulo Betancourt. Entre estos posibles personajes estaba el Gral. Miguel Angel Ramírez, un viejo luchador dominicano, muy activo en la fenecida Legión del Caribe y el fracasado intento de Cayo Confites en contra del

anterior aterrorizador del Caribe, Generalísimo Rafael Leónidas Trujillo Molina. Además, en la misma Punta Llorona habían estado entrenando algunos de los guerrilleros de Fidel Castro, de tal manera que si mal no recuerdo --esto no aparece en la memoria de mis apuntes--, en este sitio encontramos un buzón de fusiles sarrosos, algunos de ellos incompletos, los que tuvimos que dejar como basura porque no servían para nada. La ayuda era algo que no podía ser descartada, aun cuando en los momentos de duda esta realidad se agigantaba. En lo personal, me gustaba escuchar la opinión de Pedro. Siempre estaba llena de optimismo y de mucha vergüenza política. Sin lugar a dudas, este hombre tenía mucho coraje, estaba anímicamente conformado para los grandes retos y las más agotadoras jornadas sociales y políticas, en las que uno se encuentra con un arco iris de voluntades, matizadas muchas veces, con las más tristes y miserables tonalidades. De tal manera que dentro de aquella realidad crujiente de nuestros estados de ánimos, acosados por la lluvia, el hambre, el cansancio y los consiguientes problemas gastro intestinales, resultado del contaminado medio ambiente hídrico en que se mueven los grupos de la montaña en los primeros días de acostumbramiento a la vida de la guerrilla, era claramente cierto que no estábamos sobre un lecho de rosas, y más que normal, el que un bajón del azúcar o de presión sanguínea, facilitara una alteración de la personalidad por muy centrada que ésta fuese.

Pedro, sin embargo, era exactamente la antítesis del mayor dominicano Freddy Fernández

Barreiro, supuesto jefe militar de nuestras columnas, quien era un hombrecito de unos cinco pies, delgado, blanco, de escaso y rojizo cabello, con un tic nervioso que lo hacía moverse de pies a cabeza continuamente, y jamás permanecía aun por un tiempo muy corto en el mismo sitio. Desde que salimos de Punta Llorona le ví preocupado y visiblemente alterado, porque algunos de nosotros veníamos entonando casi sin parar, el himno nacional, marchas patrióticas o rememoradores cantos a la Purísima. Para cualquier psicólogo, habría sido fácil sacar conclusiones acerca de nuestro normal estado de ánimo. Las motivaciones que nos tenían dentro de aquel aparato más o menos sin un rumbo definido, habría que sopesarlas a la hora de la verdad que era la hora de la acción la que tácitamente estaba comenzando con el vuelo. Eramos 65 hombres con 65 reacciones, temperamentos, voluntades, formas de ver la vida, total y completamente diferentes por muy coherentes y unidos que fuésemos. La espontánea manifestación anímica de los muchachos, me dio la sensación que lo alteraba, y dado su temperamento y posiblemente su edad --era el de más años del grupo--, las dificultades de la marcha y las repetidas incidencias de la aventura, sumadas a su condición de extranjero, quizás lo hayan alterado tanto, como para percatarse de que se encontraba en una posición de desventaja. Parte de sus declaraciones ante la Corte Militar de Investigación dejan entrever parte de este deterioro. Dice el mayor Fernández Barreiro: "En primer lugar debo decir que la propaganda que existe fuera de Nicaragua en contra del Gobierno es atroz, y que estoy metido en esto,

francamente engañado, porque la realidad es otra. Al revés de lo que decían, el pueblo y el ejército están a favor del Gobierno. Me puse en contacto con la Revolución a través de don José Figueres, de quien estoy seguro le han hecho ver las cosas que no son reales aquí."

Definitivamente, pienso que estas declaraciones del mayor Freddy Fernández no responden a sus verdaderos sentimientos. Como es normal, ante la evidencia del atropellante Tribunal Militar de esos que montaba el Dictador, con su gran fama de conculcador de los derechos humanos y todos los agravantes en el caso del mayor dominicano --enemigo del sempiterno Dictador de la Isla del Merengue, doctor, escritor, Gran Maestro Masón del Grado 33, Generalísimo don Rafael Leónidas Trujillo y Molina--, era seguro que su suerte pendía más que de un hilo, de cualquier desliz de boca, aun cuando tras bastidores Figueres estuviera cabildeando ante el Departamento de Estado para salvar la integridad y la vida de su pupilo.

Como este mayor, algunos de los muchachos de Olama y Mollejones, evidentemente para eludir el algo los innecesarios atropellos a la seguridad personal, y pensando en el futuro de una prolongada prisión política, externaron declaraciones que no corresponden a la realidad. Allí Sandino, por ejemplo, dijo que él no pertenecía ni al Partido Liberal ni al Partido Conservador, sino que estaba afiliado al Partido Conservador Zancudo, porque era éste quien estaba colaborando con la Dinastía. Y

cuando le preguntaron a un joven de nombre Miguel Castillo, que quedó perdido en los alrededores del Cerro del Hielo después de dos o tres horas de fuego de fusilería, explosiones de morteros y bombardeo con aviones Mustang que partían las ramas de los árboles convirtiéndolas en astillas, ¿cuál había sido su motivo personal para unirse al movimiento armado? Este respondió: "Al venir a Nicaragua, quise conseguir puesto o facilidades en el Gobierno en la ganadería, pidiendo préstamos con hipoteca al Ing. Fernando González y veía que era imposible, que sólo a los del gobierno les daba. Fue cuando me puse en contra del gobierno". Y así como él, hubo otros que se limitaron a dar excusas totalmente contrarias a la realidad por alguna causa que únicamente ellos conocían. Sin un sentimiento ideológico o de partido político lo suficientemente arraigado para exponerse a nuevos peligros y desasosiegos que podía superarse razonablemente, soy de la opinión que estos jóvenes hicieron lo que deberían, y no tenían por qué complicarse la vida más de lo que ya la tenían.

Fue así que después de salir de la finca de José Argüello hijo, decidimos buscar la zona alta de la montaña y apuntamos hacia el Cerro del Hielo. Caminamos todo el día, siempre bajo una llovizna permanente y abrevando la sed con las aguas de los ríos contaminados. Le dábamos calor y contrarrestábamos el agotamiento mordiendo pedacitos de dulce de rapadura. Algunos de los muchachos comenzaron a arrancarse pedazos de las suelas de las botas para no entorpecer el paso. Otros íbamos tan físicamente maltrechos por el poco

dormir y el cansancio, y cuando en la oscuridad de la montaña deteníamos la marcha y nos sentábamos a tomar un poco de aire para engatusar al cuerpo, más de uno se quedó dormido y fue necesario agitarlo violentamente para que despertara.

Cuando al atardecer llegamos al Cerro del Hielo, casi en sus laderas, algunos colgamos nuestras hamacas y otros construyeron pequeñas champas en donde pasar la noche. Como lo habíamos acostumbrado a lo largo de la marcha, mientras parte del grupo descansaba o dormía, otros eran colocados de postas para detectar algún sospechoso movimiento de la Guardia. Teníamos la certeza que en cualquier momento nos encontraríamos con las patrullas del General. De tal manera, que poco a poco, sin percibirlo siquiera, comenzamos a aceptar nuestra condición de combatientes en la que no se tenía otra salida, más que vivir la experiencia de la lucha a la que habíamos llegado. Creo que si hubiésemos tenido un poco más de entrenamiento militar, y el necesario aprendizaje del vivir en las condiciones adversas que requiere la montaña, otro habría sido el destino de Olama y Mollejones. Yo digo que hubo materia prima de sobra, mucho fervor patriótico y suficiente condición de lucha y sacrificio en el grueso del grupo. En esa punta montañosa pasamos la noche. Creo que cuando me tocó reclinar la cabeza y me quedé dormido, lo hice profundamente sobre las dulces ramas húmedas colocadas bajo la champita. Fué como si disfrutara del mejor de los lechos.

Antes de colocar la cabeza sobre la mochila, estuvimos pensando y elucubrando alrededor de la suerte de nuestros compañeros de Olama. No recuerdo exactamente cómo, pero supongo que por el pequeño radioreceptor que traía Pedro Joaquín o Reinaldo, nos fuimos dando cuenta del recibimiento de metralla con que los Mustang habían esperado a la Columna Cuatro de Abril, comandada por Ronald Abaunza y Napoleón Ubilla Baca.

César Augusto Noguera (Chorrillo), ex-teniente G.N., graduado en el Perú, apermisado o retirado del Ejército de Nicaragua, y quien a última hora fue reclutado por Julio Chamorro Coronel para ingresar a la Revolución que se gestaba en Costa Rica, afirma: "Al aterrizar el avión se pegó. Entonces Ubilla caminó hacia una casa a buscar una gente y unos bueyes para despegar el avión. El resto de los muchachos que venían, utilizaron un zanjón para cubrirse. Eran como las siete de la mañana. Nos fuimos como a trecientos metros de donde estaba el avión, y como a la hora aparecieron dos P-51 (Mustang), y pasaron haciendo el reconocimiento acostumbrado en este tipo de vuelos. La segunda vez se aparecieron disparando e incendiaron el avión. Levantamos los ojos y vimos otros dos más. En total eran seis los aviones de combate que volaban metralla por todas partes".

Chorrillo había llegado acompañado de Julio Chamorro Coronel en un vuelo de venida y regreso, supuestamente una vez que la gente de Ronald Abaunza y Napoleón Ubilla desembarcaran, ellos deberían regresar a La Sabana, en Costa Rica. Pero

el avión no pudo despegar y tuvieron que desembarcar sin los arreos necesarios del guerrillero que deberá internarse en la montaña. Ambos venían con zapatillas y ropa normal de diario. No habían pensado nunca que la suerte les haría semejante emboscada, aunque desde que salieron de Managua se les habían complicado las cosas. En una avioneta, conducida por el piloto Alvaro Galo, habían sorprendido a las autoridades del Aeropuerto de Managua y escapado hacia Puntarenas, Costa Rica, en donde fueron capturados por las autoridades de Seguridad Pública y conducidos a San José. Aún antes de escapar por aire, habían tenido problemas junto con Julio Jerez, Víctor Zavala, Fernando Rosales y Ruth Cuadra (la viuda de Manolo Cuadra), para cruzar la frontera nicaragüense hacia Costa Rica.

Y Chorrillo continúa en su exposición ante la Corte Militar de Investigación: "Más o menos después de dos horas de bombardeo, aparecieron dos aviones grandes de las Líneas Aéreas de Nicaragua (La Nica), que volaban bajo. Uno de ellos con rockets. Rivas Gómez dijo que "esos aviones posiblemente traían guardias nacionales, y si aterrizaban, nos iban a sacar a patadas de donde estábamos". Esas ocho horas y media de bombardeo no se las deseo ni a mi peor enemigo".

Ronald Abaunza Cabezas corroborando las afirmaciones de Chorrillo dice: "En el segundo viaje teníamos la compañía de tres personas, además de la tripulación del día anterior, que era de cuarenta y cinco. Ellos fueron, el teniente César Noguera,

Edgard Santos y Julio Chamorro Coronel. Ellos habían llegado a la base a visitarnos, o a entrenarse allí mismo, pero positivamente no venían, o no estaban supuestos a venir con nosotros. No tenían ropa apropiada y armas de ninguna clase. Después de aterrizar en Olama, debido al mal estado del terreno en que caímos, la suavidad del suelo y la brequeada que tuvo que meter Rivas Gómez para detener el avión y no chocar contra un cerco, las ruedas delanteras del aparato se hundieron en el lodo. Le dije a Rivas Gómez que lo mejor sería quemar el avión, pero él decidió buscar unos bueyes para sacarlo. Yo pensé que era imposible que una sola yunta de estos animales fuera capaz de mover un peso de 45.000 libras".

Julián Orozco Morgan, agricultor y curandero de ganado de la comarca de Olama, relata los acontecimientos de esta manera: "El día primero de junio, como a las nueve de la mañana más o menos, aterrizó un avión en Olama, en terrenos de una propiedad del general Rigoberto Reyes. De él se bajó una tropa de yo no sé cuantos. Al poco rato llegaron a mi casa y me obligaron que les diera una yunta de bueyes y cuatro tablas. En mi casa no dilataron sino que regresaron al avión. No me moví de mi casa. Pasé oyendo el ruido de los aviones que estaban bombardeando. Le dije que yo era liberal".

Francisco Suazo López, campesino de Tierra Azul, agrega: "El lunes primero, a las nueve de la mañana, aterrizó un avión en el llano de Olama. Yo me fuí a buscar al Comandante de Tierra Azul para informarle que estaba aterrizando un avión en "El

Arado" del general Reyes. El Comandante me mandó de regreso para que sirviera de vaqueano a la patrulla del teniente Gutiérrez (Carlos Orlando). Cuando llegué al mismo punto que miré aterrizar el avión, me detuve porque iban dos aviones del gobierno y se fueron encima del aparato aterrizado y lo incendiaron. Lo siguieron ametrallando. Regresé al comando de Tierra Azul y me encontré con el teniente Gutiérrez que había llegado de Boaco. Me dijo que esperaríamos que pasara el bombardeo para que le fuera a enseñar en donde estaba el avión. Que nos tendiéramos en línea de fuego y avanzáramos hasta donde estaba el avión. Cuando llegamos solamente encontramos seis sacos de tiros Mausser, y entonces preguntó el Teniente cuál era la montaña más cercana hacia dónde pudieran haber cogido. El se quedó con tres guardias en el avión y nos mandó, al cabo Torres y a mí, a inspeccionar un campamento del general Reyes. No encontramos a nadie, pero estando allí oí la balacera y le dije al cabo Torres:

--"!Oiga, le están haciendo combate al teniente Gutiérrez!".

--"Si, dijo el cabo Torres".

El teniente Gutiérrez se fue siguiendo las huellas de los individuos. Cuando oímos la balacera nos fuimos al lugar en donde lo habíamos dejado, y lo encontramos en el avión acompañado nada más de un civil. Ya había regresado del lugar de la balacera que había sido en un zanjón, lleno de agua y lodo en el que estaban ellos atrincherados. El teniente Gutiérrez había dejado muertos a un

guardia y a un civil de su patrulla. El ordenó que nos pusiéramos en línea de fuego, esperando que llegaran los refuerzos de Matagalpa".

Por supuesto, la imposibilidad de que el Curtis Commander levantara, el alertamiento de la Guardia Nacional con nuestro desembarco del día anterior, la posible información acerca de una nueva incursión de la que pudiesen haber estado informado los servicios de inteligencia del Ejército, la nutrida recepción de metralla de los Mustang del Dictador y la total falta de experiencia militar, evidentemente complicó la condición guerrillera del grupo de Olama. Esto claramente determinó el que se provocara cierta falta de coordinación unitaria y una visible confusión en el espíritu de la tropa. Y esto lo comprende bien militar o no, quien haya tenido una experiencia de este tipo en las condiciones del grupo de Olama. Queda de manifiesto por el mismo comportamiento del grupo de Olama, del que Ronald Abaunza recuerda ante la Corte Militar de Investigación: "Cuando yo abrí fuego, se ordenó que todos lo hicieran, y dispararon cuatro o cinco fusiles Garand y una que otra metralleta. Siendo éste el volumen efectivo de fuego que nosotros teníamos. Con él, mantuvimos a la patrulla de la Guardia en su lugar hasta que anocheció. No hicieron ningún intento de acercarse hasta nosotros, a no ser un oficial, acompañado de dos civiles, que llegaron por la parte oeste de la zanja en donde estaba Toño Gutiérrez, quien fue muerto, se presume por este oficial. Algunos que estaban por ese mismo lado, cuentan que otros civiles que acompañaban al oficial fueron muertos. Después de esta acción que duró

unos cuarenta y cinco minutos de fuego graneado, nos retiramos hacia la parte norte del llano al anochecer. Había bastante claridad, y después de media hora de caminar, chequeé el número de cincuenta y cinco que habíamos bajado en el llano. Sólo pude contar treinta y uno. Debido a que el capitán Ubilla había desaparecido desde la mañana cuando fue a buscar los bueyes, yo tomé el mando del grupo, quedando el teniente César Noguera y el capitán Manuel Rivas Gómez como asesores militares. Esa noche caminamos ocho horas consecutivamente para poner la mayor distancia posible entre nuestra gente y las patrullas de la Guardia que lógicamente vendrían en la búsqueda de nosotros. Dormimos en una loma montañosa al este del llano de Olama. Emprendimos la marcha de nuevo, siempre rumbo este, buscando el Departamento de Boaco. Hicimos inventario de lo que teníamos en armas y municiones y vimos claramente que no quedaba nada, ni siquiera para mantener un combate con la Guardia Nacional, de cualquier duración que éste fuera. Decidimos no presentar combate y buscar la salida hacia las montañas de Chontales o la Costa Atlántica. No comimos nada esa noche ni el siguiente día. Repartimos equitativamente entre nosotros las pocas raciones que nos quedaban de las que habíamos traído en nuestras mochilas. Duraron más o menos dos días y resultaron insuficientes para paliar el esfuerzo de nuestra marcha de catorce o dieciséis horas diarias. Al tercer día, siempre caminando hacia el este, llegamos a una casa en la que compramos cuatro gallinas y las comimos con tortilla y queso. Seguimos la marcha dejando en un

ranchito al Ing. Eduardo Barberena Deshón, quien tenía problemas con los ojos y se quejó de que no podía ver. Más adelante, se quedaron Cachiro Solórzano y Enrique Arana Arceyut, quien me dijo sentirse muy enfermo. Más tarde se desapareció otro muchacho de apellido Mora, el cual no conocía ni recuerdo físicamente. En total, quedamos veintisiete, siguiendo la marcha hacia la hacienda "La Corona", en la que supusimos podíamos encontrar ayuda de vaqueano y de comida. Digo esto, porque habíamos pasado dos períodos de dos y tres días sin comer absolutamente nada".

Cuando Ronald Abaunza habla de la falta de vaqueanos, los de Mollejones comprendimos lo duro y lo triste que significa la falta de este apoyo logístico. Para el guerrillero, este recurso es quizás más importante que una brújula, que el dinero, que el fusil. El conocedor de los atajos, de los abrevaderos, de los escondites de la montaña, prácticamente lo representa todo. Es posible que el éxito de Sandino en su lucha contra la intervención armada, la hayan decidido los vaqueanos. Este tipo de hombre es prácticamente un líder de la manigua y está conectado con todo. Es posible que su conocimiento del terreno haya servido a contrabandistas del comercio, a traficantes de armas o a prófugos de la justicia. Un vaqueano se las sabe todas --como decimos en argot nicaragüense--, y usa de los contactos más importantes para desempeñar su trabajo en forma satisfactoria. Casi todos los que se involucran en algún tipo de aventura o trabajo peligroso han requerido de vaqueanos. De tal manera, que cuando Ronald

Abaunza habla de vaqueanos, recuerdo a Fidencio Díaz Pérez, el "chan" de la Guardia, capturado por la Columna de Pepe Medina y Eduardo Chamorro en las faldas del Cerro del Hielo y quien, más que para guiarnos obligadamente a un sitio seguro en la montaña, como lo pretendimos nosotros, nos condujo hacia el terreno de operaciones en donde las patrullas de la Guardia rastreaban nuestra guerrilla.

La llegada a "La Corona" nos tomó de sorpresa --continúa Ronald Abaunza--. En el mismo momento que llegamos a la hacienda, hicieron su aparición seis "jeeps" del ejército llevando a unos cuarenta y cinco guardias nacionales. Nos tomaron tan de sorpresa, que algunos de nosotros quedamos como a tres varas de ellos y no nos vieron. Creo que porque eran como las siete de la noche y no esperaban que anduviéramos por esos lados. Preparamos a algunos de los muchachos para abrir fuego en el caso que nos descubrieran. Les dije que cuando yo disparara, ellos hicieran lo mismo. Pero pasaron sin darse cuenta que nosotros Estábamos allí. De tal manera, que no disparamos por eso, y porque el teniente César Noguera me advirtió y aconsejó que no lo hiciéramos. Los muchachos se retiraron hacia la parte sur de la hacienda calladamente aunque en una forma desordenada para no delatarnos. Después de este incidente, de los veintisiete hombres que llegamos a "La Corona", sólo logré reconcentrar a once incluyéndome a mí, de tal manera, que perdí contacto con el resto, entre los que estaban el teniente César Noguera y el capitán Víctor Manuel Rivas Gómez.

De acuerdo con el rastreo de informaciones que nosotros hicimos para poder escribir acerca de las incidencias de Olama, todos los entrevistados estuvieron de acuerdo en la fuerza de ánimo y la entereza mostrada por Ronald Abaunza para la toma de decisiones en los momentos críticos. De acuerdo a lo que conocemos, y en las que juegan un papel importante las mismas declaraciones de los implicados a quiénes les tocó vivir aquella azarosa experiencia. Eduardo Barberena Deshón, confirma: "Caminamos sólo parándonos para tomar agua de los charcos que encontrábamos. Casi como a las cuatro de la mañana, descansamos algo así como hora y media o dos horas. Cuando nos incorporamos para continuar la marcha, yo sentí ardor en los ojos, especialmente en el ojo derecho. En lo que íbamos caminando, perdí la vista de un ojo y veía nublado con el otro. Entonces decidí abandonar al grupo, expresándoles los motivos, lo cual ellos comprobaron".

El teniente César Noguera (Chorrillo), refiriéndose al encuentro inadvertido de las patrullas de la Guardia con la gente de Ronald Cabezas y Ubilla Baca, dice: "Una noche vimos que venía una patrulla de la Guardia de cinco "jeeps" y entonces el Comandante ordenó que nos tendiéramos en línea de fuego para hacer una emboscada a la Guardia. Yo pegué la carrera y le dije A Ronald Abaunza que ordenara que se retirara la gente, pues era mejor no tirarle a la Guardia. De allí nos retiramos en tres grupos: uno de cinco, otro de once y otro no, sé de cuántos".

Entre la gente de estos grupos de Olama que andaba con Ronald Abaunza, estaban los nombres de Guillermo Córdoba Rivas, Edmundo Leal Argelino, Guy Pierson Cuadra, Pablo Leal, Eduardo Zavala, Jerónimo Parodi, Luis Rivas Leal, Fernando Solórzano, Jerónimo Giusto, Ramiro Cardenal, José Francisco Cardenal, Jaime Chamorro Cardenal, Julio Chamorro Coronel, Renán Zelaya, Alvaro Córdoba Rivas, Eduardo Barberena, Roberto Vélez Bárcenas, Edgard Santos, Bayardo Pérez Obregón, Víctor Manuel Rivas Gómez y Juan José Zavala, de Managua. Carlos Alberto Rivas y Eleodoro Jiménez Potosme, de Niquinohomo. Mario Sobalvarro, de Boaco. León Borge, de León. Eduardo Noguera y Roger Cabrera Fajardo, de Masaya. Horacio García Mendieta, de San Marcos. Jorge Balmaceda, de Rivas. César Augusto Noguera, de Jinotega. Napoleón Ubilla Baca, de Chinandega. Rodrigo Vargas, de Costa Rica.

A la hora que escribo esta especie de memorias de Olama y Mollejones, he recibido la trágica noticia del asesinato del último Jefe Director Nominal del Ejército de Nicaragua, ex-coronel Fulgencio Largaespada G.N., uno de los miembros honestos de la Guardia Nacional, a quien tendré que agradecer mientras viva, aquel mensaje que le envié a mi esposa desde la famosa prisión de "La Chiquita", bajo las escaleras del Batallón Blindado en la Curva, en donde en compañía de Franco Chamorro Coronel, él "por faltarle el respeto al Gral. Somoza" --decía el informe--, y yo por reincidente, de acuerdo a las instrucciones del Coronel Carlos Silva, Secretario de la Comandancia

General del Ejército, fuimos castigados casi por dos meses a las penurias de ese miserable encierro en el que sólo cabíamos de pie, prácticamente sin agua, sin alimentos, sin sol y sin ninguna otra consideración para nuestra condición de prisioneros políticos.

Fue como en un afán de curiosidad que llegó hasta donde nosotros el teniente Fulgencio Largaespada G.N. Primero se detuvo frente a la pequeña puertecita de mi cajón celdático. Me quedó viendo con curiosidad y me preguntó:

--"¿De dónde sos vos?"

--"Nicaragüense", le dije.

--!"No jodás. Vos sos cubano!"

--"Soy nicaragüense", insistí.

--"¿De qué lugar?"

--"De San Marcos, Carazo y me llamó Roger Mendieta Alfaro.

Vivo aquí en Managua", le dije.

Después de una larga conversación en la que menudearon las preguntas del Código Militar del Movimiento, y de lo que nosotros pensábamos hacer si triunfábamos con los miembros del ejército, se alejó sin comentarios. Eran como las nueve de la mañana. A eso de las once se apareció con un esquimo, y en la tarde regresó con la mitad de un pollo. Me dijo que no se quedaba platicando conmigo para que no se dieran cuenta que me había traído algo. Le pregunté por Franco Chamorro, a quien habían sacado de la celda vecina la tarde del día anterior, y me dijo que no se había dado cuenta

de si se lo habían llevado o no. Que es posible que lo hubiesen trasladado a la bartolina del Batallón Blindado, frente a la Laguna de Tiscapa, en donde estaban los del último grupo de Mollejones. Franco Chamorro había sido uno de los del grupo de los quince que junto con Pedro Joaquín habíamos sido sorprendido descansando en una burra de monte, cerca de Banadí a pocos kilómetros de San Pedro de Lóvago.

Siempre tuve la sensación que la Guardia Nacional, aunque vivía virtualmente aterrorizada, especialmente por el lavado de cerebro y la disciplina castrense, era un cuerpo permeable, y que con gran número de sus miembros se podía cambiar impresiones alrededor del problema político nicaragüense y de los mismos Somozas. Y posiblemente, fue verdaderamente lamentable el que por falta de sensibilidad social e intuición política, esta institución posiblemente rescatable, y en los que había Largaespadas, Larios, Guerreros, Mojicas, Corderos --no debemos de olvidarnos que a fin de cuentas fueron militares, y los cuerpos castrenses sólo saben obedecer, cumplir ordenes, agachar la cabeza y vivir retroalimentados por un sentimiento de brutalidad y por una pasión destructiva-- hayan caído víctimas del conflicto y de la falta de liderato demolidos por la vorágine de su propia indecisión.

Veamos la respuesta que da el ex-teniente César Noguera, cuando preguntado por la Corte Militar de Investigación, acerca de que si había invitado alguna vez a algunos otros oficiales de la Guardia Nacional a participar del movimiento en

que se había visto involucrado: "Una vez visité al capitán Torrentes (Chicho) en su casa de habitación. No recuerdo la fecha. De una manera velada, sin darlo a conocer, le hablé de movimientos revolucionarios. Le pregunté que si se metería en algo, y me contestó que "no se metería absolutamente en nada. Qué él vive bien y no haría nada indebido". También, al pasar por mi oficina, le hablé una vez al teniente Calonge, y recibí una respuesta más o menos similar a la del capitán Torrentes. Lo mismo hice con el capitán Orlando Villalta, de la Fuerza Aérea, y con los tenientes José María Espinoza, Aurelio Somarriba y el Negro Lezama. A este último le dije que Ubilla venía con la Revolución. "No importa --contestó-. Es mi compadre, pero si se mete le vuelo penca".

Como vimos ninguno de estos oficiales corrió a delatar ante los servicios de Seguridad de Somoza que el teniente Noguera había andado buscando elementos del ejército para invitarlo a sumarse a la conspiración revolucionaria.

IV

Por supuesto, cuando había tiempo para hacerlo, sobre todo antes de caer en la montaña y en los momentos de descanso, Pedro Joaquín Chamorro, el político, solía reflexionar sobre las diferencias de lo que podía ser, o era nuestro movimiento guerrillero en comparación con lo que estaba haciendo Fidel Castro en Cuba. "En primer lugar, la Revolución Cubana es radical, que trata de establecer formas total y absolutamente nuevas, sin aceptar bajo ningún motivo lo tradicional en la formación de la República Cubana --decía Pedro-- . En segundo lugar, la Revolución Cubana tiene una tendencia internacional aislacionista respecto del bloque americano, debiendo gran parte de su vitalidad a una oposición abierta frente a la política de los Estados Unidos. En tercer lugar, la Revolución Cubana acepta el comunismo como una fuerza que merece un lugar dentro de un estado democrático occidental".

El concepto profundo y vitalista que Pedro Joaquín tenía de la práctica democrática era asunto medular, dentro de un contexto de fondo. No habían obstáculos. Sólo había una luminosa definición, que para Pedro se convirtió en una obsesión hasta el último día de su vida. Sin lugar a dudas, con todas

las virtudes y los defectos de un hombre de su clase y de su casta, era un guerrero natural.

Cuando a Pedro Joaquín le preguntan en el Consejo de Guerra, acerca de lo que sabía de un Código Militar con el que se juzgaría la conducta de los prisioneros del ejército de Somoza, si es que la Revolución triunfaba, Pedro asegura no saber nada del tal código, y sus conocimientos del mismo y su elaboración, la refiere al Dr. José Medina Cuadra, al Lic. Reinaldo Antonio Téfel y a don Ronald Abaunza Cabezas. El estaba pensando en otras materias que giraban alrededor de lo que sería la Nicaragua de Pedro --como dice su viuda, la Presidenta Chamorro.-- Decía Pedro: "Nosotros pretendíamos una Revolución que restableciera la limpieza del proceso electoral, y conservara muchas de las formas tradicionales nicaragüenses, en la parte que tienen de buena, cristiana y legítimamente democrática. También nuestra actitud respecto a los Estados Unidos, tenía que ser de realidades, sin violencia y de cooperación dentro del sistema occidental panamericano".

Y agrega con firmeza: "Por último, nosotros somos esencialmente anticomunistas y no creemos que las organizaciones de ese tipo deban tener cabida en la democracia occidental".

Posiblemente la fuerza de Pedro estaba en su firmeza de convicción y en la claridad de sus ideas con respecto a la realidad política y social que se manifiesta evidentemente en la cultura general y la epidermis de nuestros pueblos. El marxismo--

leninismo como lo pudieron experimentar los mismos adoradores de la doctrina, nunca representó la respuesta vigorosa que buscaban los pueblos que escapaban del feudalismo zarista. Desde el punto de vista de conducción de la sociedad, necesitó en pleno Siglo XX, recurrir a los más detestables medios de opresión y supresión de todas las libertades y derechos del ser humano para poder pernóctar en el famoso "Poder Popular" que fundó Lenin y que implementó Stalin sobre un océano de cadáveres.

En la búsqueda de la respuesta social, Pedro fue intuitivo. A pesar del problema personal en cuanto a su ubicación política partidista, Pedro fue un conservador también natural. Sus ligazones familiares y sociales, la herencia de Don Fruto, su comportamiento ciudadano, la conformación y material primo de sus valores morales, lo encuadraban en este contexto. El hecho de que su fuerte personalidad haya encontrado serios escollos en el modelaje de lo que Pedro consideraba que debía ser un Partido Conservador, fue parte de su propia naturaleza de idealista, de hombre que no aceptaba condiciones. Muchísimas veces los partidos no encajan con determinados perfiles que superan el entorno de la realidad política, social o cultural del universo que los conforma, y el mismo fenómeno puede darse en sentido contrario.

Por ésto es difícil definir a Pedro, y resulta sumamente aventurado afirmar categóricamente lo que era o lo que estaba pensando. Cuando estaba en la calle, casi siempre era más político que

periodista. Otras, más nicaragüense que político. Siempre un gran cristiano que hubiera querido poner todas las cosas en su sitio. En verdad, una tarea complicada en esta Nicaragua incrédula e iconoclasta, acostumbrada a derribarlo todo.

Se me ocurre todo esto, precisamente, cuando estoy revisando los apuntes para que sirvan de soporte a mi memoria en las incidencias del relato. Aun era alrededor del mediodía y acampábamos sobre las laderas del Cerro del Hielo, cuando la Columna de Pepe Medina y Eduardo Chamorro, cumplían una misión de reconocimiento en cierta área, en la que se nos había informado merodeaban las patrullas de la Guardia. Mientras estábamos a la espera de esta gente, Pablo Bravo Lazo, Nicolás Plata y otro de los muchachos de Muhan y Santo Tomás, habían conseguido un cerdo y lo estaban cocinando en un ranchito de las faldas del cerro. De pronto, escuchamos un sorpresivo tiro seco, aislado, con el sonido similar al de un 22. El mayor Fredy Fernández que estaba junto a mí, sentado en el suelo, chupeteando un cigarrillo, dijo:

--"Eso parece un cazador".

Y seguimos hablando de cualquier cosa, olvidándonos del asunto del tiro. Pero no había transcurrido un minuto, cuando sonó otro disparo que nos pareció más seco y cercano. Y después del segundo golpe de fusil, vino una ráfaga por el este y continuadas y nutridas descargas de fusilería en el lado opuesto de los primeros.

--"!Esta babosada es la Guardia!", exclamé.

Antes de terminar la frase, el mayor Fredy Fernández se había incorporado de donde estaba descansando y se acomodó tras el tronco de un árbol gigantesco. Dentro de la repentina confusión producida por la ruidosa continuidad de la metralla casi a la orilla de nosotros, no puedo precisar con exactitud quien haya sido, pero se dio la orden de parapetarse y hacer un alto estratégico para esperar a los muchachos de la patrulla de Pepe Medina y Eduardo Chamorro. Pensamos que realmente podrían tener problemas.

Y no pasó mucho tiempo. Posiblemente hayan sido minutos los que tuvimos que esperar, para que regresaran los primeros integrantes de la sorprendida columna. Sin embargo, Pepe y Eduardo todavía tuvieron que esperar un poco, para dar tiempo a Miguel Castillo Martínez y a Franklin Altamirano que se habían quedado perdidos. Alguien dio la orden de continuar la marcha hacia el pico del Cerro del Hielo. Comenzamos a escalarlo apresuradamente. De pronto, cesaron las descargas de fusilería y las ráfagas de metralla, y pudimos escuchar un sonido seco, metálico, como un golpe de martillo dado sobre un yunque. En cuestión de segundos, se produjo un brutal estampido, aparentemente un poco alejado de nosotros. El golpe desplazó una onda expansiva que hizo mecer las ramas de los árboles. Sin tener experiencia previa de lo que significaba una granada de mortero, los que iban junto a mí, y yo mismo, pegamos la cabeza al suelo y nos la cubrimos con las manos. Entre un

estallido y otro de morteros, avanzábamos corriendo, siempre tratando de cubrimos detrás de algún árbol. Vi junto a mí, al padre Federico Argüello, a Alfonso Ayón, al médico Amán Sandino Muñoz y dos muchachos de Masatepe, Julio César Mora y Manuel Rodríguez que habían sido reclutados por Pompilio Mercado. Supuse que estarían bajo la misma reacción y el mismo impulso de buscar una mejor posición a fin de evitar el continuado mortereo, que cada vez estaba más cerca de nosotros, como si ya nos hubiesen ubicado. Los demás hacían lo mismo, y se desplazaban entre los árboles como si estuviésemos viviendo una película de guerra. Unos quince minutos después de que diera comienzo el mortereo, se nos complicaron aún más las cosas, porque se aparecieron los aviones Mustang y comenzaron a lanzar cohetes, que desde el mismo momento en que eran disparados por el avión, hacían un ruido infemal, semejante al bramido apremiante y prolongado de una vaca herida, para finalizar en una explosión mucho más estrepitosa que la del mortero. Mientras nos desparramamos buscando ganar la cumbre por la parte más difícil del cerro, tuve una experiencia que me puso los cabellos de punta. Entre los pedruscos que se desprendían de las empinadas y fatigosas laderas, y la tierra gris que se desmoronaba al paso de las botas de nuestros compañeros en retirada, como a unos veinticinco metros frente a mí, vi venir a una enorme culebra que casi volaba huyendo de nosotros y supongo que también, del estrépito de los morterazos. No hallé que hacer. No había tiempo para nada en aquella posición incómoda, resbaladiza. Pensé que la serpiente se lanzaría sobre mi

humanidad, suponiendo que en su instintiva desesperación le debería parecer un blanco perfecto en su lucha por la supervivencia. Entonces, así con las dos manos la parte media del calibre de la metralleta M-3 que colgaba de mi hombro derecho, y mientras abría las piernas para darle paso al animal, con la especie de horquilla que prolonga la culata le descargué un enorme golpe que felizmente no logró alcanzar el objetivo. Le di gracias a Dios por dos cosas: en primer lugar, porque es casi seguro que no habría matado al reptil dada la flojedad del terreno y el animal no habría tenido más camino que clavarme los colmillos; y en segundo lugar, porque aún cuando el golpe había sido muy violento, el arma no se disparó aunque la mantenía bala en boca, debido a la previsión del seguro. Un disparo accidental en esas condiciones, pudo haberse alojado en cualquier parte de mi cuerpo.

En el Cerro del Hielo dejamos abandonadas las mulas con parte del parque y otras vituallas que habíamos traído con nosotros.

El comandante Medina Cuadra, al referir estos hechos lo hace de la manera siguiente: "Después de escalar la primera montaña en dirección al campamento, y una vez transpuesta la cumbre, escuchamos el primer disparo de mortero bastante cerca de donde nos encontrábamos. Inmediatamente nos protegimos detrás de una piedras muy grandes y oímos el segundo mortero, ya a una distancia muy próxima. Casi inmediatamente sonó un fuego cerrado de

ametralladoras y fusiles, lo que hizo bajar más a la gente que todavía estaba cerca de la cumbre. Los disparos parecían hechos a muy corta distancia. Entonces, ordené a todos los que estaban cerca de mí, que ninguno disparara, y resolvimos tomar no ya el camino hacia el campamento, sino a quedarnos aislados escalando la montaña más alta que había en la zona. En el camino hacia ese lugar, nos encontramos con el grueso de la gente que también iba en esa dirección. Pero antes, de reiniciar la marcha, mandé a buscar a dos individuos que no habían aparecido a la hora del fuego. Como no fueron encontrados volvimos a la marcha con el resto de la tropa. Las mulas sobre las que estaba la provisión, no pudieron ser descargadas y quedaron cerca del antiguo campamento".

Acerca de los mismos sucesos, el comandante Pedro Joaquín Chamorro recuerda: "Dos veces intentamos cruzar cerca de Santo Domingo hacia las montañas de Boaco, y dos veces quisimos encontrar un refugio en las montañas del noroeste de Chontales, conocidas una como las del Cerro del Hielo y la otra como las montañas de Quitulia. En el primero de estos sitios, capturamos un guía de la Guardia Nacional sobre el abra en que avanzaban las patrullas del Ejército, a las que no atacamos con el objeto de que la Fuerza Aérea no localizara nuestra posición antes de lograr el territorio apropiado para una operación de guerrilla que era lo que deseábamos. Los captores éramos ocho incluyendo mi persona, y habiéndonos dicho el guía que la patrulla de la Guardia era de 50 soldados, acordamos replegarnos al resto de nuestros

compañeros. Después de haberlo hecho, fue que fuimos atacados con fuego de morteros, bombas de aviación, cohetes y fuego de ametralladoras y fusiles. Nos fuimos hacia el este sin contestar el fuego y sin haber tenido bajas".

El teniente Pedro J. Pavón Tapia G.N., Comandante de Patrulla, se refiere al inicio de esta operación del Ejército: "El día 7 de junio salimos para Fruta de Pan y llegamos como a las dos de la tarde. A las tres de la tarde continuamos la marcha hacia adelante y llegamos a la casa del señor Fidencio Díaz. Allí pernoctamos. El día siguiente salimos para el Cerro de la Laguna, en donde se encontraban los revolucionarios. En ese lugar nos capturaron al chan que iba con el teniente René Zelaya. El teniente Zelaya me llamó e hicimos planes para avanzar. El teniente Zelaya iba al frente, yo al costado derecho y el teniente Carlos Eger, a la izquierda. Después de entrar a la montaña, el teniente Zelaya abrió fuego".

Declara Alfonso Ayón ante la Corte Militar de Investigación: "Nueve días después de nuestra salida de Los Mollejones, supimos que Napoleón Ubilla había atacado Boaco, o por lo menos, eso nos hicieron entender. Rápidamente se reunieron Pedro Joaquín, Luis Cardenal, José Medina y Téfel Vélez pensando en atacar Santo Domingo. Todo esto sucedió un día después del ataque con cohetes y morteros que nos hizo la Fuerza Aérea. En ese ataque no murió nadie ni hubo ningún herido, porque lo hicieron sobre el campamento que unas horas antes habíamos abandonado".

Como es lógico, por la falta de un adecuado entrenamiento y la muy individual capacidad de resistencia física, algunos de los compañeros de guerrilla habían resentido las inagotables jornadas en la montaña. Alfonso Ayón dice de ésto: "La voluntad de todos nosotros se había desplomado. El cansancio, el rendimiento, el desvelo y el hambre fueron suficientes factores para dejar esa empresa".

Pienso que estas afirmaciones, o suposiciones de Alfonso Ayón son de orden muy personal, o muy puntuales, y no deben generalizarse con relación al grupo. En su testifical ante la Corte Militar de Investigación, este agotamiento se observó principalmente en lo que nosotros llamamos la gran marcha de la Noche Triste que narraré más adelante, y en la que sí hubo de todo. Sin embargo, cuando nos dieron la información de que en Fruta de Pan estaba la Guardia Nacional acantonada, se pensó que nuestras columnas a escasos trescientos metros de distancia de la casa hacienda, no tenían otro camino que enfrentarlas. Se dio pues, la orden de colocarnos en línea de fuego. Ocupando nuestras respectivas posiciones en un ángulo de 45 grados alrededor del objetivo, se mandó una patrulla de exploración a fin de que determinara la posición de la Guardia y el número aproximado de sus efectivos. De tal manera que cuando Alfonso habla del agotamiento físico de nuestra gente, entiendo que se refiere al final de esta jornada, exactamente a este momento, el que fue considerado por la gente de Mollejones, como el más difícil, el más agotador. Personalmente, considero que hubo cansancio, preocupación y hasta una posible condición de desesperanza por la

ausencia de aquel apoyo que nunca llegó, y en el cual seguíamos confiando, mas no estaba presente todavía la falta de fe, de decisión, una categorización anímica de la derrota. Sin embargo, se pensó como cita Luis Cardenal, que "Solamente nosotros habíamos cumplido la palabra".

Ese primer bombardeo del Cerro del Hielo fue la primera lección que aprendimos de la realidad guerrillera de la que al menos yo, saqué las siguientes conclusiones: 1) Deberíamos estar claros que de la empresa en que nos habíamos metido, conocíamos el principio, pero ignorábamos casi totalmente su horizonte; 2) No estábamos física y logísticamente listos todavía, para semejante hazaña de guerra; 3) En lo que era la montaña cerrada, los tiros no deberían preocuparnos mucho; 4) El camino seguro para crecer en imagen y confianza, era el ejercicio y la larga y azarosa práctica de la guerra de guerrillas; 5) Para aprender la movilización en la montaña, la cantidad de setenta hombres suele ser un grupo numeroso y de poca movilidad.

Saqué estas conclusiones de la propia experiencia. En realidad, aunque política e ideológicamente, la mayoría del grupo integraba un pensamiento conservador: todos estábamos de acuerdo en lo que nos había llevado a enfrentar la aventura guerrillera. Existían sustanciales diferencias en cuanto a la condición física del grupo, algo evidentemente que no podía soslayarse.

De tal manera, que aquella primera experiencia de cohetazos sobre nuestras cabezas, de

fusilería que la sentíamos prácticamente en nuestros oídos, de morteros que hacían saltar los pedazos de arena y provocar un susurrante y airado estampido, fue una especie de armagedón emocional, dado que lo que nos acontecía era nuestra primera experiencia guerrillera.

Creo que como grupo, no estuvimos muy claros de cómo escapamos de la fabulosa experiencia del Cerro del Hielo. A mi memoria, afloran las escenas como al paso de una película que vimos alguna vez y ya la habíamos olvidado.

"¡Jodido! ¡Los chanchos ya estaban cocinados!", recuerda Talaverita, cuando terminamos de desgajarnos por el otro lado del cerro, sobre una pendiente cerrada de bejucos, raíces y pequeños pedruscos de todo tamaño que se nos venían encima. Era la única salida que nos quedaba libre del acoso de la Guardia. Cuando después de caminar un rato bajamos por una trocha, obligamos a Fidencio Díaz Pérez, el vaqueano que habíamos capturado a las patrullas, que nos llevara a su casa la que no estaba muy distante. Al acercarnos al rancho, nos dimos cuenta que en él estaba la Guardia. Entonces, halando el mecate con el que iba atado de la cintura, le pegamos un arrendón y aceptamos la propuesta de Pablo Bravo, quien sugirió continuar hacia Fruta de Pan, una finca de sus padres adoptivos. Pienso que serían entre las dos y tres de la tarde cuando emprendimos la marcha.

Llovía de una manera persistente. Era una lluvia diaria que comenzaba a eso de las once de la

mañana y no paraba hasta la madrugada del siguiente día. Me parece que era un buen invierno y que todavía los campesinos nicaragüenses no se habían empecinado en una tarea de despale increíblemente destructora como la que en nuestros días se practica. Los ríos estaban altos y los criques y las quebradas se volvían ruidosas en la medida que la lluvia arreciaba. No caminábamos sobre las trochas ni las abras, sino que lo hacíamos generalmente a los lados, a unas doscientos o trescientos metros de las mismas para poder tener a ojo de pájaro, como me lo expresó el abogado y político conservador Manuel Morales Cruz durante los ratos de cambios de impresiones en el Consejo de Guerra. Nos habíamos contado antes de salir del Cerro, y a excepción de Miguel Castillo y Franklin Altamirano que se habían quedado perdidos a la hora del bombardeo, el resto, incluyendo los muchachos de las sábanas blancas de Mollejones, todos veníamos completos.

Mientras todavía estaba clara la luz del día, los problemas fueron menores. Poníamos los pies sobre el resbaladizo suelo de las laderas sin mayores dificultades para el mantenimiento del equilibrio, pero cuando la montaña se fue poniendo oscura y entró la noche invernal en todo su negror, sin luna, y el firmamento era sacudido por una intermitencia de relámpagos que explotaban en el infinito, las cosas fueron cambiando de color y por supuesto de dolor.

En ocasiones, Pedro Joaquín caminaba a uno o dos hombres detrás de mí; en otras, adelante. El

siempre estaba pendiente de los otros y nos deteníamos para ver cómo andaba la gran cola que dentro de las malezas de la montaña y los accidentes del camino, a los campesinos que nos vieron pasar, siempre les pareció más larga y numerosa. En esta cola recuerdo los rostros de Rubén Castro, Samuel Genie, Francisco Quiñónez, Guillermo Gómez Brenes, Rosendo Castrillo, Catalino López, Alfonso Cerda, Oscar Silva, Róger Martínez, Napoleón Bohorquez, Oscar Espinal, Luis Coronel Kautz, Francisco Sánchez, Armando Cuarezma, Raúl Guerra, Ariel Solís, Irving Guillermo Obregón, Enrique Sánchez, Adolfo Avilés, Bolívar Gómez, Fernando Chamorro Rappaccioli, Hernaldo González, Juan Aich, Vidal Jirón, Rolando Mendieta, Roberto (Tito) Chamorro, Jack Pierson, Enrique Jimenez, Manuel Ruiz Montealegre, Livio Bendaña, Mauricio Pierson, Juan Ramón Blandón, Bayardo Quintanilla, Samuel Santos L, Luciano Cuadra, Luís Felipe Hidalgo, Eduardo Chamorro Coronel, Antonio Granera, José Esteban McEwan, y los que se sumaron en Mollejones, Carlos Masís, Nicolás Plata, Pablo Bravo, José Castillo Lacayo, Manuelito Rodríguez y Santos Talavera.

Con los violentos esfuerzos del Cerro del Hielo, Pedro había comenzado a quejarse de un dolor en la columna. Pero, claro, era una queja que sólo él compartía como en un secreto y doloroso monólogo que para muchos de nosotros siempre fue difícil de entender. Arrugaba virtualmente el entrecejo y continuaba. Evidentemente, no quería expresarlo absolutamente a nadie, y pienso que

habrá tenido suficientes razones para hacerlo. Y esto me trae a la memoria un homenaje que se le dio a Pedro en la Cuesta Country Club --no puedo precisar la fecha--, cuando en un aparte en el que estábamos un grupo de conservadores entre los que recuerdo a Cristóbal Genie, Alberto Saborío, Róger Velásquez, Carlos Largaespada y Julio Molina, Pedro Joaquín se puso a dictar una pequeña charla acerca de las características del líder y señaló la fuerza del liderazgo generada en la confianza del pueblo español en los tiempos del gran Rodrigo Díaz de Vivar (el Cid Campeador), quien según la leyenda, ya estando muerto, lanza en ristre con todos los arreos de su armadura, fue atado sobre la montura de su Babieca para ratificar la última de sus victoriosas batallas. Es posible que Pedro, haya estado pensando en las motivaciones de este terrible y heroico personaje durante la azarosa marcha que fue bautizada por nosotros como "La noche triste del grupo de Mollejones".

Ya al peso de la media noche, saltando sobre las piedras resbaladizas en los lechos de las quebradas, siempre bajo la lluvia diaria, intermitente y casi ajena a nosotros, incorporada a nuestra realidad de guerrilleros, el peso de la mochila y el fusil, el hambre y el cansancio se volvían más duros. Todos de una u otra manera habíamos venido resbalando sobre el lodo invisible de los abrevaderos, sobre los lucios bordes de las quebradas o al torpe golpe del pie sobre los troncos secos y las salientes raíces, pero Pedro caía más frecuentemente con una secuencia que dolía. Solamente pujaba y volvía a levantarse. Le pregunté

alguna vez cómo se sentía y me contestó que bien, que no pasaba nada, que así era la cosa. Como señalé: pujaba y volvía a levantarse. No sé cuántas veces lo haría. No recuerdo. Posiblemente no deseaba que alguno de nosotros compartiera su pena, su dolor, su mal de columna. Era el gran comunicador de la fe, de la fuerza de voluntad a toda prueba, de la plena confianza en sí mismo. De tal manera, que fue en esta violenta y agotadora jornada, en la que a algunos de los muchachos se les tuvo que conseguir bestias para seguir adelante, y dos o tres de los otros, víctimas del agotamiento físico, se tiraron sobre el lecho de un abra, aparentemente abandonada, negándose a continuar la marcha. Y nadie más sabía acerca de lo que pasaba con él, más que los que sentíamos el golpe de su espalda contra la tierra resbaladiza de la montaña.

Es de suponer que fueron situaciones como ésta las que incitaron a Adolfo Morales a expresar ante la Junta Militar de Investigación que el dominicano Fredy Fernández le había confiado algunos de los reproches que había espetado a Luis Cardenal de lo que él estaba convencido que era la Guardia Nacional: "Esta Guardia no es como vos me la pintabas. Esta Guardia sabe trabajar. Tampoco el pueblo nos está correspondiendo a como vos dijiste".

Deduzco de las expresiones de Fredy Fernández --un hombre sin experiencia militar valiosa a pesar de sus correrías en la gloriosamente inmaculada y virgen Legión del Caribe--, que debió

ser tomado de sorpresa tanto por la cohetería como por el rugido de los Mustang, o el traqueteo de la metralla, como decimos los nicaragüenses. Alguien de los muchachos refiriéndose a Fernández dijo, que "éste era un mayor ensamblado para tiempos de paz". Y Luis pensó en esa ocasión, que "Fredy Fernández por ser dominicano-costarricense no tenía los mismos deseos, y el mismo idealismo o patriotismo que sentíamos nosotros", y quien en su libro "Mi Rebelión", cuando aborda el tema de las enormes marchas forzadas, comenta: "Durante cinco días marchamos y contramarchamos sin rumbo fijo ni plan determinado. Fue una marcha de hambre, cansancio, lluvia que calaba hasta los huesos, frío en la noche y calor sofocante en el día. Estábamos agotados, llagados, mal comidos, pero todavía llenos de patriotismo y con la moral muy alta". Y asegura sin escatimar palabras: "A mí me dieron ganas de fusilar a Fredy Fernández, pues ya desde la noche anterior estaba totalmente disgustado con él. Cuando habíamos discutido el ataque a Santo Domingo, y él se opuso, yo le increpé públicamente enfrente de la tropa y le llamé cobarde que nunca había querido combatir".

A la altura de estos días, yo reflexionaba diciéndome que habíamos comenzado bonito, y esto, a pesar de las amenazas y los peligros que rápidamente habíamos enfrentado. Recordaba los primeros dos bautizos practicados por nuestro capellán, el P. Federico Argüello S.J., y en los que Pedro Joaquín y Luis Cardenal asumieron la responsabilidad de ser los padrinos. Se brindó con

cususa y carne asada a lo que sólo tuvieron acceso los compadres.

Pensaba en mi mujer y en mi primer hijo, todavía muy pequeño, a quienes había dejado abandonados arrastrado por aquella ilusión aún no muy clara, que de pronto la veía diluirse, remontarse sin más ni más, sin comprender exactamente la complejidad de su contenido. Nuevamente mi memoria reconstruyó una panorámica del cielo de Punta Llorona bajo el que la Cessna piloteada por el teniente Carlos Ulloa, debido a que no existían condiciones para el aterrizaje por la altura de la marea, al chocar con la arena floja dio una voltereta en el aire y quedó ruedas arriba. Y más bautizos al pie del Cerro del Hielo, en donde esta vez le tocó apadrinar a Carlos Masís, Chico Coca y al capitán Manuel Ruiz Montealegre. Ahora se me hace más fácil entender los vericuetos de estas vivencias. Los jóvenes no preguntan, no ponen condiciones, no negocian la pureza de sus ideales, más que por la razón, se dejan arrastrar por el instinto. Especulaba cuando observaba a Carlos Masís, a Francisco Flores, a Pedro Rivas, a Pablo Bravo Lazo, a Nicolás Plata, que desde el 27 de mayo habían estado durmiendo bajo la lluvia en los llanos de Mollejones, esperando que el avión apareciera en el horizonte. Es posible que algunos de estos muchachos jamás antes hubiesen visto un avión deslizándose en cualquier tipo de suelo, y pensaron que podía ser una especie de juego celestial del que no deberían perderse. Había sido un tirón largo, lleno de accidentes e incidentes, lleno de sueños y de peligros, desde Managua a La Llorona,

y de La Llorona a los llanos nicaragüenses. Tuve la sensación que muchos de nosotros, vivimos toda aquella magnífica odisea como se vive un viaje de turismo, de una manera simpática y fraternal. ¡Fue tan fácil todo! ¡Tan espontáneo! ¡De un aprendizaje tan entrañablemente heroico y positivo!



Entrando a Santo Domingo, Chontales, después de la rendición.

V

"ATENCIÓN INVASORES

La Guardia Nacional de Nicaragua desea evitar derramamiento inútil de sangre, y por consiguiente, les conmina en forma terminante para que se rindan incondicionalmente en el término de tres horas, las que se empezarán a contar desde el momento en que esta hoja sea lanzada a tierra, ya que ustedes carecen de toda posibilidad de luchar.

Sabe la Guardia Nacional que ustedes ya no tienen municiones ni esperanza de recibirlas. Que se encuentran en situación desesperada y que ninguna ayuda les podrá llegar. También sabe la Guardia Nacional que ustedes carecen hasta de lo más indispensable, como ropa, comida, zapatos, etc. y por consiguiente, la única salvación que les queda es rendirse al primer alistado que vean en forma incondicional, debiendo portar una bandera blanca.

Es imposible que ustedes puedan luchar contra la Guardia Nacional que es consciente de su deber y de sus capacidades.

La Guardia Nacional se compromete a garantizarles la vida, debiendo quedar sujetos a lo que señalen las leyes de la República.

Quienes desoigan esta orden asumirán sus consecuencias.

GUARDIA NACIONAL DE NICARAGUA"

Lo que acaba el lector de leer, es el contenido de una de las hojas sueltas, que avionetas de la Fuerza Aérea de Somoza lanzaron sobre las montañas de Matagalpa y Chontales, en los sitios en que las patrullas de la Guardia Nacional suponían que era el sector en el que las columnas guerrilleras de Olama y Mollejones habían venido moviéndose.

Por supuesto, de acuerdo a los informes que habían logrado captar los servicios de inteligencia del Ejército, las patrullas de Guillén y de Granera andaban más o menos sobre lo cierto. El grupo de Olama después del recibimiento continuo de metralla y bombas y a campo pelado, llevado a cabo por los Mustang, y del encuentro fortuito con la patrulla de infantería comandada por el teniente Carlos Orlando Gutiérrez, en el que cayó combatiendo el diriambino Antonio Gutiérrez, y luego de la acosante persecución de las restantes patrullas de la Guardia entre las que destacaban las de los oficiales César Asdrúbal Briceño, Noel Vanegas y el capitán Miguel Mena, además de los refuerzos de los jueces de mesta y las reservas civiles, que eran cuerpos represivos, politizados que desempeñaban especialmente funciones de informadores del dictador como lo confirma el mismo comandante de Boaco, Jorge Granera, Mayor Inf. G.N., cuando declara: "El 31 de mayo de 1959, como a las diez de la mañana, recibí orden

telefónica del Comandante del Cuarto Batallón, teniente coronel Joaquín Lovo, para que le enviara bajo el mando de un oficial, una patrulla de quince guardias, lo que hice inmediatamente nombrando al teniente G.N., Noel Vanegas para tal efecto. Ni supe ni pregunté a que se debía esa orden. Sospeché que se trataba de algo serio, porque de conformidad a conversación con el Jefe Director, se estaba esperando una invasión armada, y todos los comandantes estábamos alertas. Se ordenó reconcentración de oficiales y alistados en mi comando G.N. Llegaron muchos amigos del gobierno a preguntarme que sucedía. Yo hice comentarios con ellos, pero sin poderles decir nada seguro. Notifiqué al Jefe de la Reserva Civil G.N., Coronel Carmelo González, y éste cooperó brillantemente llevando muchos civiles al cuartel, y comenzando a hacerse cargo de la vigilancia de la ciudad".

Por supuesto que después del desembarco de Mollejones, no solamente estaban alertados los comandos departamentales de Boaco y Matagalpa, sino que los restantes de la república, y sobre todo aquellos sitios estratégicos en donde de acuerdo al conocimiento de la Guardia Nacional, se daban las condiciones para el aterrizaje de cualquier tipo de aviones. Sobre estas presunciones, el mismo Comandante de Boaco, mayor Granera afirma: "Como a las once o doce de la noche de ese mismo día, haciendo comentarios con los amigos reunidos en mi oficina, conversamos acerca de la posibilidad de un desembarco de esa gente en el departamento de Boaco, y me mencionaron los llanos de San

Felipe y de Olama como sitios en donde bien podían aterrizar aviones grandes, pero se me hizo ver que el de Olama era mucho más grande, siendo su extensión como de cuatro leguas de largo y como de dos y media de ancho. Comprendiendo esa situación, llamé por teléfono a Tierra Azul y le pregunté al comandante si se habían presentado civiles a cooperar con él, y me contestó, que tenía, jefeados por un señor Tapia, el Juez de Mesta, alrededor de unos cuarenta y cinco o cincuenta hombres. Le ordené que activara la vigilancia en dicho llano mandando unos diez hombres, y que unos veinte los pusiera en cadena de Olama hasta Tierra Azul, para que en cadena le dieran la información de cualquier avión que bajara en ese sitio. Me quedé toda la noche y el resto de la madrugada, alistando todo lo necesario para una patrulla de emergencia al mando del entonces teniente Carlos Orlando Gutiérrez --después de esta acción fue promovido a capitán--, a quien ya le había dado instrucciones al respecto, preparando los vehículos de la Unicef y del Departamento de Carreteras, los cuales había ordenado su reconcentración".

Y luego concluye el mayor Granera: "A eso de unos diez o veinte minutos antes de las nueve de la mañana si mal no recuerdo, me llamó el comandante de Tierra Azul, raso Sánchez, para informarme que en el llano de Olama estaba un avión grande del que habían visto bajar gente armada, y el que parecía no podía elevarse nuevamente porque estaba como atascado".

En el momento en que tiene lugar la publicación de la hoja suelta de la Guardia Nacional, en la que se conmina a "los grupos invasores a la rendición incondicional" --nadie puede invadir su propio país--, los grupos de guerrilleros de ambos frentes estaban prácticamente copados por las condiciones del tiempo, del terreno y por la estrategia y logística del desembarco, el que indefectiblemente nos colocó prácticamente en la boca de Somoza, habiendo tenido que correr la misma suerte que deparó a muchos otros movimientos patrióticos, nacidos quizás del signo de desesperación, o de la excesiva improvisación de las situaciones.

En este mismo contexto podemos enmarcar a la recientemente fracasada invasión de Bahía de Cochinos --en aquella ocasión todos nos entristecimos que abortara en el aire--, y otros intentos más de esa época y de ese momento, como fue el de Cayo Confites, en lo que estuvo involucrado casi de la misma forma y con la misma inocencia, el teniente Abelardo Cuadra, ex-G.N., uno de los 16 hombres que oficiaron la misa negra que condenó a muerte al Gral. Augusto Calderón Sandino.

A los treinta y tres años de Olama y Mollejones, me pregunto: ¿De qué otra forma, en la época radiante de la juventud cuando las condiciones lo requieren, se puede ser patriota, dar un paso al frente, manifestar quiénes somos, comunicar lo que estamos pensando, sino como lo hicimos nosotros, y como lo hicieron los que nos

precedieron en cualquier país del mundo, y lógicamente en nuestra América Latina, y como posiblemente lo habrán de hacer otros --en la edad y el tiempo de hacer cosas absurdas, que muchas veces nos resultan buenas--, y que por este mismo motor de la condición humana, de la forma providencial y romántica de ver la vida, nos montamos en corceles de aire --pegasos maravillosos de aluminio--, con los que creemos acortar el tiempo para llegar justamente cuando pensamos que estamos haciendo falta, cuando intuimos que debemos llegar primero.

Era muy poco lo que podía hacerse en aquellas adversas condiciones.

Jerónimo Parodi Basset, quien después del incidente de La Corona se apartó del grueso del grupo bajo la dirección del Capitán Napoleón Ubilla Baca, narra algunos de los momentos culminantes que se produjeron, uno o dos días antes de la rendición del grupo de Olama bajo el enfoque siguiente: "Sugerí al Comandante Ubilla, que tomáramos rumbo sur, hacia Boaco, a una hacienda Chayotepe. Esa hacienda es muy conocida por mí, por mi hermano y por los hermanos Roberto y Jacinto Vélez, y pensé que si ellos estaban vivos, buscarían ese mismo rumbo. (Jerónimo hace referencia a su hermano Juan Parodi Basset y a Jacinto (Chinto) Vélez Bárcenas, con quienes perdieron contacto en la primera acción de ataque de los Mustang y la confusión del combate con la patrulla del Teniente Carlos Orlando Gutiérrez). Pasamos por Tierra Azul, a la orilla del pueblo.

Después nos enmontañamos y nos pusimos a limpiar las armas. Con nosotros venían Roberto Vélez Bárcenas, Horacio García Mendieta, Bayardo Pérez Obregón, León Borge, Jerónimo Giusto y el copiloto del avión Curtis C-46, además del Capitán Ubilla Baca. Limpiábamos las armas y descansábamos cuando al Capitán Ubilla se le fue un tiro. Abandonamos el lugar y nos metimos a una cueva que encontramos mientras dejaban los aviones de pasar. Ubilla insistía en ir al lado de Chinandega. Roberto Vélez y yo, en la búsqueda de algunos de los muchachos. Al final, Ubilla accedió a que enrumbáramos hacia el lado de Chayotepe".

El costarricense Marco Tulio León Rodríguez, el co-piloto que acompañó al capitán Victor Manuel Rivas Gómez en el desastrado vuelo a Olama, al hablar de esta situación, agrega: "Comencé esto cuando Rivas Gómez me dijo: Ya estás aquí. Te diré para dónde vamos. Ya en las montañas de Nicaragua, un sábado por la mañana, apareció una patrulla de la Guardia Nacional que capturó a un muchacho Vélez (Roberto). Nosotros nos escapamos siguiendo la orilla de un río, en donde vive un Juez de Mesta. El Capitán Ubilla le pidió que nos diera de comer. El nos llevó a su casa y nos dio un huacal de pinol a cada uno de nosotros. Eso fue el sábado como a las cinco de la tarde. Le dije a Ubilla que ya no quería seguir en la aventura. El siguió con cuatro más y nosotros nos quedamos a dormir en el charral".

Hablando del aterrizaje en Olama, Marco Tulio León, el co-piloto tico, compañero de Rivas

Gómez en el Curtis Commander, recuerda: "Despegamos de Llorona más o menos, como a las siete y media de la mañana, llegando a Olama como a las ocho y cuarenta y cinco, o sea una hora y media de vuelo. Ascendimos a 600 u 800 pies por minuto, hasta alcanzar una altura de 9,500 pies. Chequeamos las puntas de la derecha de Puntarenas. Se tomó rumbo de 320 grados, volando en el puro centro del Lago de Nicaragua. Siempre se mantuvo ese rumbo hasta salir a tierra firme. Pasamos en el centro de las islas en medio de los volcanes. Ubilla sugirió a Rivas que aterrizaran en el lugar en que lo había hecho con el primero grupo, pero éste le contestó que tenía sospechas que estaban vigilando ese lado. No sé como se llama el lugar. Como a los veinte minutos comenzó a descender. Haciendo virajes en S, buscando un lugar donde aterrizar, me pareció ver a Rivas Gómez extraviado e inconforme. De pronto, vio un hoyo en las nubes e hizo un viraje de 360 grados, descendiendo hasta que encontró el valle de Olama".

Roberto Vélez Bárcenas, otro de los que escaparon al bombardeo de la Fuerza Aérea de Somoza en los llanos de Olama, y quien instó al Comandante Ubilla Baca a continuar la marcha rumbo a Chayotepe, al hablar de las incidencias finales, confirma: "En Chayotepe yo caminé hacia la casa y ellos se quedaron en una montaña. Permanecí allí de miércoles a viernes 5 de junio, hasta que una campesina me dijo que un campesino llamado Ambrocio González había pasado por la finca de Eugenio Castro diciendo que iba a Tierra Azul para denunciarnos a la Guardia. Busqué a Ubilla y los

demás que estaban en el cafetal frente a la casa y les relaté el asunto. Pasamos la noche juntos y a eso de las siete y media, el Comandante dijo que el que quisiera despartarse tomara por el camino que mejor quisiera. Después de comer, ellos se fueron para Chontales y yo decidí quedarme en la finca. Un sargento que venía bajando de la casa me apuntó con su ametralladora y me hizo poner los brazos en alto".

En verdad, el apoyo de los campesinos, especialmente en Olama se puede decir que fue nulo. La manifestación de fuerza de los bombardeos aéreos en las dos áreas insurreccionadas -- posiblemente nunca antes, los habitantes de esas regiones hayan contemplado una movilización militar de esa naturaleza--, y hayan considerado que ante tamaño despliegue, ellos tendrían muy poco que hacer, y a lo mejor, racionalmente nada. Creo en el fondo, que fue una decisión valiosa. De no haber sido así, pudieron haber corrido la suerte de un grupo de camoapas, el que según la Guardia Nacional habían construido un campo de aterrizaje en un sitio llamado Monte Verde. Esto de los camoapas es algo que al menos yo, jamás he podido confirmar, aunque el Teniente Carlos Orlando Gutiérrez refiere: "El lunes ocho de junio, me dirigí a Camoapa acompañado de tres oficiales más. Ellos son: el Teniente Alfonso Urbina y los Sub-Tenientes Moisés Sálomon y René Barberena junto con cuarenta y cuatro guardias nacionales. Nos encaminamos hacia las montañas de Quizaura, Monte Verde, Cigüey y Tipilma. En Monte Verde se nos unió el Teniente Briceño con su patrulla. En ese

lugar nos dimos cuenta que veinte o treinta hombres originarios de Camoapa habían salido a unirse a la Revolución. Entre los nombres que nos mencionaron estaban los de Gustavo Ortega como el jefe, y Guillermo Ríos, Agapito Sequeira, Macario Sequeira, Rosendo Marín, Elías Marín, Wilfredo Marín, Hilario Marín y otros cuyos nombres se nos escapan. En el lugar llamado Monte Verde, el bandolero Macario Sequeira, en forma suicida, con un rifle cal. 22, hizo fuego contra la patrulla del Teniente Alfonso Urbina, provocando una ligera escaramuza en la que perdió la vida el raso Buena C. Juan G.N., y el mencionado Mario Sequeira".

Considero que para los campesinos, es difícil digerir eso de que un grupo de extraños les caiga del cielo de sorpresa, sin que existiera un contacto previo que los hubiese obligado a apreciar la dimensión real del problema desde su propio punto de vista campesino, con el cual delinear las respectivas providencias y estar mínimamente alertado para enfrentar anímica y desde cualquier otro ángulo, desde cualquier quietud en el campo, una condición imprevisible extraña y traumatizante. El campesino ha sido el ciudadano más golpeado de la inveterada historia de guerras civiles nicaragüenses. Con su dolor, ha pagado todas las bajezas y las traiciones de los dictadores. Fue siempre el personaje central sobre el escenario del dolor nacional, el protagonista del gran drama nicaragüense, el increíble rumiante histórico de los errores --de buena o mala índole--, cometidos por las satrapías nacionales desde la Colonia hasta el providencial y agobiante totalitarismo sandinista.

El teniente César Asdrúbal Briceño Corleto, quien comandaba una de las patrullas que persiguieron a la gente de Olama, al ser interrogado por miembros de la Corte de Investigación Militar acerca de la ayuda que los campesinos habían facilitado a los revolucionarios, confirma esto: "Fue negativa. Ellos colaboraron siempre con la Guardia Nacional". Y al fin, ¿Qué otra cosa podían hacer? El mismo oficial al responder acerca del saldo de las bajas que produjo el enfrentamiento con la patrulla del teniente Carlos Orlando Gutiérrez, añade: "Los muertos fueron un raso G.N., un vaqueano civil y uno de los invasores llamado José Antonio Gutiérrez. Los dos primeros fueron enviados a Tierra Azul, en donde fueron sepultados, y el otro fue enterrado en el mismo lugar en que cayó".

Guillermo Córdoba Rivas, otro de los combatientes de Olama, nos da su versión del por qué se enlistó en el grupo de revolucionarios. "Políticamente, yo he juzgado el régimen imperante en Nicaragua, desde el tiempo del Gral. Anastasio Somoza García, como antidemocrático y además ineficaz en las realizaciones sociales. Por tanto estas motivaciones tienen dos orígenes: uno político y otro social. Cuando los sucesos de septiembre de 1956 (asesinato del Presidente Somoza García), yo aprobé la designación del hijo del presidente anterior, Ingeniero Luis Somoza DeBayle, para terminar el período de su padre, pues me pareció la medida más acertada en aquel momento de violentamiento de la situación política para que se normalizara la vida democrática de Nicaragua, suponiendo que don Luis Somoza convocaría al

final a unas elecciones en que ningún familiar del Presidente difunto sería candidato. No fue así y ese fue el origen de mi actitud política opositora al actual régimen".

Guillermo Córdoba Rivas fue uno de los fundadores del Partido Social Cristiano, que vio la luz política en casa del Dr. Orlando Robleto Gallo, siendo sus fundadores el Dr. Eduardo Rivas, Gasteazoro, el Dr. Rodrigo Víctor Tinoco y si mal no recuerdo, el mismo Córdoba Rivas. Nació con el nombre equivocado de Partido Social Demócrata, el que le fue cambiado el día siguiente, antes de la firma del Acta de Constitución, a fin de evitar confusiones con la corriente socialista que en ocasiones tenía sus raíces en el marxismo-leninismo. Este valiente muchacho, ex-seminarista, de gran virtuosismo cívico, y con una clara formación política, fue uno de los que se enfrentó y disparó a la hora de la debacle del avión de Olama, en contra de las patrullas de la Guardia Nacional. El dice: "Disparé medio clip de tiros. No seguí disparando porque me recomendaron economizarlos". Y cuando habla de su Partido que apenas estaba en embrión, agrega: "Inscritos éramos unos sesenta y cinco, tal vez más. Militantes que cooperaban de alguna manera, unos veinticinco. Y directivos y militantes constantes, como doce".

Horacio García Mendieta, combatiente de Olama y mi primo hermano, expresa: "Roberto Vélez siguió con el vaqueano hasta llegar a la casa-hacienda de Chayotepe. Después regresó solo, nos llevó comida y nos manifestó que el vaqueano se

había corrido, previniéndonos acerca del peligro que nos amenazaba si había de por medio una denuncia. Al momento, nos cambiamos de lugar a una montaña que quedaba en frente, mientras Roberto regresó a Chayotepe, quedando en que regresaría a las seis de la tarde o antes, para llevarnos a la hacienda. Pero, cuando fueron las seis y no llegó, pensamos que algo le había pasado. Entonces, el capitán Ubilla decidió emprender viaje hacia la hacienda, a la que llegamos después de hacer varias paradas a eso de las cinco y media de la mañana, pero todavía sin llegar a la casa-hacienda sino que a una casita como a quinientas varas de ella. Estando allí, llegaron varios trabajadores que conocían a Jerónimo Parodi. Este le preguntó por el mandador, informándonos por algún lugar en el que pudiéramos escondernos. Nos señalaron un caminito por donde se podía ir a la montaña, aclarándonos que estábamos en un sitio peligroso en donde nos podía encontrar la Guardia. Subimos a la montaña y allí estuvimos dos días. Al amanecer del tercer día, cuando Roberto Vélez bajaba a la casa-hacienda, nosotros vimos llegar a la patrulla de la Guardia, e inmediatamente recibimos orden de retirarnos. Inmediatamente caminamos toda la mañana por la montaña, hasta llegar a la casa de un Juez de Mesta. Estuvimos un rato en el lugar y continuamos la marcha, río arriba, hasta llegar a un pequeño valle en una montañita. Estuvimos escondidos hasta que nos vio un campesino, y entonces, recibimos nuevamente la orden de retirarnos. Allí se nos perdió el co-piloto tico Marco Tulio León. Estando allí, tomamos la decisión de enterrar las armas y tomar el camino a Chayotepe.

Dormimos en una despulpadora de café, y al día siguiente llegamos a la casa-hacienda, y la gente no nos recibió bien. Nos corrieron, diciéndonos que la Guardia la iba a tomar contra ellos".

Algo similar a lo de Marco Tulio sucedió a Hildebrando Argüello Pollex en la hacienda La Corona. "Allí llegamos como a las seis y media o siete de la noche, habiéndose dispersado el grupo mientras andábamos averiguando si en la hacienda había alguien. De pronto apareció un convoy de "jeeps" de la Guardia y nos retiramos al otro extremo de donde estábamos. Fue cuando perdí contacto con los del grupo y amanecí solo. Eso fue en la madrugada del domingo. Busqué como salir a la Carretera al Atlántico. Lo hice a la altura del kilómetro ochenta u ochenta y cinco. El jueves 11 de junio llegó mi esposa junto con mi suegra a buscarme y nos vinimos a Managua. En el kilómetro diecisiete me paró la Guardia y me condujeron a la Tercera Compañía".

No es necesario ser estratega militar ni político de una gran experiencia, para concluir que el sobrado esfuerzo de Olama, y la decisión y valentía de este grupo, tenía un final determinado por las condiciones en que se produjo el comienzo de esta aventura guerrillera. Parece ser que este fue el momento culminante en el que las consideraciones acerca de una rendición fueron debidamente evaluadas. Por supuesto, este mismo momento se reflejó desde el aterrizaje del avión, en el comportamiento de los campesinos. La movilización de la Guardia y sus cuerpos de ayuda

represiva como las reservas civiles, las mismas organizaciones de cooperación externa que funcionaban bajo la dirección de Salubridad Pública como el Snem. Las expresiones de Horacio García al afirmar: "Nos corrieron, diciéndonos que la Guardia la iba tomar contra ellos", una clara evidencia del estado de ánimo y del terror que ocasionó en el campo el desplazamiento de los soldados del dictador. Es fácil entender esta inobjetable expresión de la condición humana.

Según Bayardo Pérez Obregón, fue en Chayotepe, cuando el Capitán Napoleón Ubilla al ver llegar a la Guardia sentenció mientras lográbamos escapar: "Aquí la bebemos o la derramamos". Y propuso salir a la carretera, tomar un vehículo y escapar en él a costa de lo que fuera, a lo que el tico Marco Tulio León ripostó: "No estoy de acuerdo. Yo no soy militar y no vine a pelear a Nicaragua". Y pidió que lo mejor que podían hacer era buscar como sacarlo allí "dándole dinero, pues él no quería participar en ese movimiento revolucionario".

Es interesante la repuesta que da Hildebrando Argüello al ser interrogado por el Fiscal Militar, acerca de los planes de la revolución en el caso de que hubiese triunfado: "Específicamente no los conozco. Pero los comandantes hablaban de elecciones libres, elecciones municipales, ley agraria y reducción del ejército". El mayor número de soldados activos presupuestados entre soldados y oficiales que llegó a tener la Guardia Nacional fue de siete mil. Sin embargo, aún con ese número se

venía pensando en su reducción. Eramos como hoy, hombres convencidos de que los ejércitos cuando carecen de profesionalismo, no sirven más que para inventar conflictos, aumentar el gasto público y entronizar el caos en las naciones que los sufren. El vasto territorio nicaragüense, desde la Independencia hasta nuestros días, ha sido un campo de agramante, en el que se entronizó la cultura del fusil. En realidad nos hemos vivido matando en una inusual guerra inveterada que ha servido para carcomer las entrañas del desarrollo de nuestra economía y ya no digamos de lo que podría ser el avance técnico, cultural que a esta altura del tiempo, debería ser nuestra carta de presentación ante la comunidad de naciones democráticas y realmente libres. La verdad libera al hombre, y dentro de esta verdad está la práctica de una economía sana, descentralizada y eminentemente distributiva del ingreso nacional. Debemos de evitar, estar en contra de la aberrante excelencia de la vida en la que campea el "leiv motiv" de la guerra y de la muerte. La última etapa de esa barbarie provinciana y cavernaria --y ojalá que así sea--, fue la guerra absurda entre la Resistencia Nicaragüense (La Contra) y el Frente Sandinista, en la que el protagonismo armado lanzó al país al caos moral y a un todavía imponderado daño económico y social.

La situación de la gente de Olama se había desenvuelto alrededor de una condición de adversidad, la que evidentemente se vienen reflejando en el gran espejo real de la persecución incesante de la Guardia Nacional, la pérdida de parte del avituallamiento al ser destruido el avión, casi

inmediatamente después del aterrizaje. Un número significativo de los muchachos fueron atacados por las lógicas asechanzas de la montaña invernal: ríos contaminados, falta de un sitio en donde conseguir algunas cosas durante el día y en donde guarecerse en la noche. Las medicinas habían sido pasto de las llamas de la nave bombardeada. Parte de lo que pudo llevarse consigo, desapareció en los pantanos, y como lo señala Jerónimo Parodi en su comparecencia testifical ante la Corte Militar de Investigación: "Al llegar a Chayotepe, yo me encontraba enfermo, pues tenía veinticuatro horas de estar vomitando sin parar. A pesar de estar en esas condiciones, dije a Ubilla que iría personalmente a la casa-hacienda. Dejé el rifle y la camisa y caminé hacia el lugar. Cuando llegué me dijeron que todo el personal de la hacienda había sido arrestado junto con Roberto Vélez, y que habían sido trasladados al Comando de Boaco".

De acuerdo a las versiones de otros de los combatientes de Olama, la persecución de las patrullas de la Guardia Nacional detrás de los grupos dispersos, se había incrementado notablemente, y más de trescientos alistados de diferentes unidades peinaban el sector de Chayotepe.

"Napoleón Ubilla --dice Jerónimo Parodi--, nos dijo que deberíamos buscar cualquiera de las dos fronteras. Yo le respondí que lo primero que había que hacer es localizar al resto de la tropa".

Algunos de los que acompañaron al Capitán Ubilla hasta las cercanías de Boaco, coinciden en

que una de sus propuestas para salir del paso era buscar la carretera, tomar un vehículo y ver la forma de ganar la distancia hacia cualquier lugar en el que existieran mejores posibilidades de seguridad y sobrevivencia. Pienso, que considerando el punto de vista de Ubilla, es posible que haya estado en lo correcto. Casi nunca, la Guardia perdonó a los que de uno u otra forma, según su criterio militarista dictatorial, eran considerados traidores. Ubilla conocedor de este obtuso razonamiento, consideró como única solución, la búsqueda de un camino por el que pudiera dársele el chance de escapar. Y efectivamente, todos nos dimos cuenta que tenía razón, pues Rivas Gómez, el mismo Ubilla y los que intentaron escapar con ellos fueron víctimas de esta realidad inobjetable.

Dice Rónald Abaunza: "Creíamos que la rendición de los cuarenta y cinco de Fruta de Pan era un ardid de la Guardia Nacional para desmoralizar más al grupo de Olama".

Alrededor de estos acontecimientos, en los momentos de reflexión y toma de decisiones, es cuando Rónald Abaunza habla con Rivas Gómez alrededor de la suerte del grupo. Este le expresa que no podía rendirse de ninguna manera, porque para empezar le caían cinco años de cárcel de la sentencia anterior del frustrado movimiento del "Dos de Noviembre", denunciado por uno de los que formaban parte del mismo, Capitán César Napoleón Suazo. Además, señaló: "Pesa sobre mí el robo de los dos aviones y lo que posiblemente sería la pena de este nuevo intento revolucionario, por lo que

seguramente tendría que pasar el resto de mis días en la cárcel, por lo que prefiero jugármela tratando de escapar".

Recuerda Rónald Abaunza: "A Rivas Gómez le entregué el dinero que me quedaba para que pudiera llevar algo con que subsistir comprando algunas cosas. Cuando se fue llevaba solamente un rifle. Pensó que podría utilizarlo para proporcionarse algún animal de caza".

Cuando escribo estas memorias que no pretenden ser un libro, sino un reportaje periodístico y sentimental en honor de un grupo de jóvenes nicaragüenses que no pidió nada --que no puso condiciones, que se fue a una aventura más que quijotesca, armados de un gran corazón de patriota, y con la alucinante tentación centrada en la búsqueda de un cambio casi mágico y providencial,-- reflexiono y medito sobre el enorme peso emocional que llenó el espíritu de Víctor Manuel Rivas Gómez, de Napoleón Ubilla, de Rónald Abaunza, de Pedro Joaquín, de Reinaldo, de Luis Cardenal, de Eduardo Chamorro, de Pepe Medina, el único de todos nosotros que daba la impresión de estar hecho para sustituir al gran Mariscal Erwin Rommel, la Rata del Desierto, con todo su formidable atuendo de triunfador, en fin del total de los muchachos, lo que podemos concluir sacándolo de nuestra propia reacción.

Siempre tuve la certeza que la decisión de negociar una rendición tomada por el grupo de Olama, fue estratégica y minuciosamente

considerada. Rónald Abaunza contaba con la asesoría de oficiales de la Guardia Nacional como el Capitán Napoleón Ubilla Baca, el Capitán Víctor Manuel Rivas Gómez, el teniente César A Noguera, todos con vastos conocimientos de estado mayor militar, en sus respectivas especialidades, de tal manera que no es difícil inferir que el Comandante Ronald Abaunza Cabezas, quien tácitamente se tomó la jefatura del grupo, estuvo en lo correcto al delinear el espinoso asunto de la rendición.

Veamos esta declaración de Ronald Abaunza ante la Corte Militar de Investigación: "La noche que salí para Boaco a entrevistarme con el Mayor Jorge Granera para negociar la rendición, tuve información de que el Capitán Ubilla se encontraba cerca de donde nosotros estábamos y que quería hablar conmigo. Supe también que andaba con León Borge, Jerónimo Giusto y Jerónimo Parodi. Como ya no podía esperar al Capitán Ubilla por razón de mi viaje a Boaco, le confié el mando de mi columna al Teniente César Noguera, y le ordené que desconocieran absolutamente al Capitán Ubilla a fin de que no volviera a meternos en otro lío".

Pienso que es comprensible el estado de ánimo del Capitán Ubilla Baca. Cualquiera que hubiese estado en su posición y teniendo conocimiento de las raíces de la dictadura y de los métodos de sancionar a quienes habiendo pertenecido a la Guardia Nacional la habían abandonado, y además, se habían opuesto a la política y las formas de apoyo que se practicaban en favor de los hijos del dinasta que había dado vida a

este cuerpo castrense, es seguro que no le quedaba otra alternativa.

Afirma el Mayor Jorge Granera, Comandante de Boaco y Jefe de Operaciones de la Zona: "A las tres y media de la madrugada del día siguiente, regresó la comisión conduciendo a Rónald Abaunza, Ramiro Cardenal y un joven Sobalvarro, de Boaco. Conversé con ellos y Rónald me aseguró que se entregarían a la Guardia Nacional, a condición de que fuese yo el Comandante al que se iban a rendir. En principio me negué, porque tenía dos días de estar enfermo con resfrío con la consiguiente temperatura alta, pero Rónald insistió, aclarando que se había obligado a llevarme a mí, y que de lo contrario, podrían surgir complicaciones, porque su confianza estaba puesta en mi persona. Comprendiendo que valía la pena ir, a eso de las seis de la mañana salimos rumbo a La Corona. Efectivamente, llegamos a ese punto, una o dos horas después. Me conecté con el Capitán Mena y nos fuimos montaña adentro al sitio señalado para la rendición. A medida que nos íbamos aproximando, dejaba guardias escalonados con la orden de que si oían disparos se acercaran a darnos apoyo. Llegamos a una hacienda, como a dos kilómetros de donde iban a llegar los revoltosos, y despaché al Capitán Mena con su patrulla, acompañado de Rónald Abaunza. Yo me quedé con seis alistados previendo cualquier emergencia".

El Capitán Miguel Mena, al ferirse a esta misión, aclara: "Y llegamos a un lugar donde se encontraban un señor de nombre Felipe y otro de

apellido Miranda, quienes anteriormente se habían entrevistado con los revoltosos y habían mediado para su entrega.

Ellos le manifestaron al Mayor Granera, que habían sabido que un grupo de treinta y cinco o cuarenta montados al mando de Gustavo Ortega se habían unido a los revoltosos, y que ellos creían, que estos ya no se iban a rendir, porque la hora fijada era las diez de la mañana y continuábamos esperándolos hasta la una de la tarde. Con el Cabo Manzanares, miembro de mi patrulla, mandé un mensaje al Mayor Granera, diciéndole que si a las dos de la tarde no se entregaban íbamos a continuar la persecución ya que los teníamos demasiado cerca y sabíamos que estaban cansados".

Aproximadamente, seis horas más tarde de lo señalado entre el Mayor Jorge Granera y el Comandante Rónald Abaunza, en el sitio llamado "Caño Blanco" se rindió el último segmento del grupo que había desembarcado en los llanos de Olama con ocho metralletas de 9mm., catorce rifles Garand y dos Mausser con sus respectivas dotaciones de tiros. El día 15 de junio de 1959 fueron trasladados al Comando Guardia Nacional de Boaco y de allí a la residencia del Jefe Director de la Guardia Nacional, Anastasio Somoza DeBayle, en donde fueron interrogados por el aquel embrión de Dictador.

Así se cerraba el Capítulo de Olama. Algunos de sus hombres: Víctor Manuel Rivas Gómez, Napoleón Ubilla Baca, Juan Mallé, Luis

Sunny Bonny y Carlos Segura, todavía quedaban en las montañas, buscando como alcanzar las fronteras vecinas, a las que nunca pudieron llegar.



CAMPO DE MARTE: *Capitán Aquiles Aranda, lee cargos y especificaciones, formulados por la Junta Militar de Investigación.*

VI

La famosa marcha de la noche triste camino de Fruta de Pan, es el trecho doloroso al que Alfonso Ayón alude con terrible nostalgia. Fue una noche sin vaqueanos, al garete, y en la que sobre el arenoso lecho de una trocha húmeda, algunos de los que estaban más golpeados por la fatiga, se tiraron al suelo protestando contra sí mismos, llenos de pena, de cansancio, de desolación interior, y es posible que también estuviesen, anímicamente mutilados por la interminable jornada, en la que casi descalzos, enfermos, bajo una orquestada tos de perro, se tuvo que recurrir a la compra de algunas bestias caballares, para montar a quiénes habían tenido accidentes. Fue alrededor de esa dolorosa experiencia, en donde comenzó a definirse el epílogo de la aventura.

Además de estos mis apuntes y otras fuentes de información, en la medida que he venido describiendo este formidable retrato de la conflictiva vida política y social nicaragüense, se me dejan venir como en sorprendentes oleajes los pensamientos, entre los que flotan, saltan y se vuelven reverberantes y vívidos los episodios de los últimos sesenta minutos o quizás más, del inevitable alerta, del apresurado corazón palpitante y de ojos bien abiertos, bajo la todavía tenue oscuridad de la

madrugada, cuando nos llegó la información de que estábamos a unas trescientas varas de la hacienda, y que la Guardia Nacional permanecía acampando en ella.

Supuse, que al fin había llegado la hora de comenzar en serio la tarea en la que tanto habíamos confiado. En verdad, en los años de ardor revolucionario, años de juventud, años de incalculada ensoñación vitalista alrededor de todo lo que significa entrega, al joven no le interesan lo que otros aconsejan muchas veces con la hipotética sabiduría de la deducción, de la lógica. Las experiencias de la lucha es necesario vivirlas, compartirlas, enfrentar las cerebrales posiciones de los otros. Todo esto, parece formar parte del mismo marco y entorno, de la revolución con la que uno se acostó a elucubrar sobre la dorada cama del tiempo.

Ante la eventualidad del cansancio, de estar en el terreno minado del ejército del Dictador, la decisión se presentó cuando menos se esperaba. De tal manera, que Pedro Joaquín, Luis, Reinaldo, Pepe Medina, Freddy Fernández, en fin todos, estuvimos de acuerdo así como lo expresó Napoleón Ubilla Baca en el sector de Olama, que "era necesario beberla o derramarla". Comenzamos pues, a tomar posiciones y a tendernos en línea de fuego, formando un semi círculo como de noventa grados, sobre un radio de acción alrededor del objetivo. Todo mundo, firmemente convencido de la orden, descolgó el fusil y lo colocó bala en boca entre las manos. Era un día como los otros, de lluvia fría y persistente. La ropa continuaba sin tiempo para

secarse. El estómago hacía ruidos extraños que se originaban en la vaciedad del hambre. Recibimos la orden de avanzar cautelosamente, hasta colocarnos más o menos, a unas doscientas varas de la casa-hacienda. Pedro habló con Luis y con Reinaldo acerca de enviar una misión de espionaje para explorar las condiciones del terreno. Comenzamos a arrastrarnos sobre el lodo y el excremento del ganado en las orillas del corral. Esto no importaba mucho, no importaba nada. Hasta ese momento, es cierto que algunos teníamos problemas, pero prevalecía un espíritu de decisión, de lucha, de llegar hasta las últimas consecuencias. Afloraban en la imaginación los recuerdos familiares, la alegría del avión en vuelo, el reproche de posibles irresponsabilidades en la decisión de incorporarse a la ventura. Un solo tiro y comenzaría el cruel y fascinante realismo sangriento, sobre el que se desdibujaría el maravilloso paquete de ilusiones con fondo de estallido iridiscente dentro de la magmática pasión de la guerrilla. Ahora, pues, se estaba ante la realidad trágica y brutal. Había venido caminando junto a Pedro Joaquín, casi toda la jornada, especial mente en el último trecho. desde el Cerro del Hielo hasta Fruta de Pan. A pocos hombres de Pedro venía Luis, tosiendo intermitentemente, pero ya a esta hora, quizás por la emoción de estar tan cerca de la experiencia guerrillera, había dejado de hacerlo. Pegado al suelo, con mi mejilla derecha unas veces sobre el estiércol y otras sobre la culata del fusil, ensayando mentalmente cómo debería hacer el primer disparo del triunfo esperado como la primera carta de amor, tentando como el primer furtivo beso, o como la

ratificación del primer acto sexual en donde te toca al fin palpar tu interioridad primaria y espontánea, escuchaba o me parecía escuchar, el cuchicheo de los comandantes, la elaboración de una sabia estrategia de lucha en la que devendría el empuje del primer golpe de nuestro grupo guerrillero, la cristalización del propósito idealista que nos había mantenido juntos hasta este solemne momento. Para mí, no había nada por qué preguntar, nada de qué dudar, todo ello era una especie de rito que era necesario ejecutar para obtener la sensatez de una respuesta muy personal.

Ya no me importaba que Cuba como decía el mayor Freddy Fernández, sólo hubiese mostrado interés en ayudar al grupo de nicaragüenses filocomunistas, y para nosotros únicamente, estuviesen disponibles los remanentes de fusiles que no fueron trasladados desde el Tortuguero hasta las montañas de Sierra Maestra. Pensé que los demás compañeros estaban sobre los mismos pensamientos que golpeaban la imaginación, mi inusitada Caja de Pandora mental de la que aparentemente las circunstancias lo habían vaciado todo a excepción de la esperanza. Como decimos los nicaragüenses, esto es lo último que se pierde, y mientras uno está consciente de sí mismo, es lógico y natural que la respire, que la acaricie, a fin de cuentas, que no la pierda nunca. El mismo Dios nos había regalado esperanza desde el mismo momento de nuestra selección de los posibles sitios de aterrizaje en la montaña: una recta de la carretera entre Santo Tomás y Juigalpa, un lugar en Toro Bayo, otro en el Recreo, uno más en Paiwas o la Campana, o el de

Mollejones --como realmente fue-- y quizás la alternativa de Cosigüina, como el capitán Napoleón Ubilla Baca pensaba que debería ser. Cualquiera de tales posibilidades de desembarco, para un Curtis Commander de dos motores, con una carga de setenta hombres y su correspondiente equipo de guerra, ya en sí, era un desafío a la suerte, una engañifa o un reto a la esperanza.

De tal manera que para mí, entre lo claroscuro de la madrugada en la que se distinguía brevemente el techo de la casa-hacienda, y sus paredes grises, aparentemente sumidas en un abandono de montaña, ya no había más que una preocupación, un objetivo, y pensé o musité mis recuerdos abonados con algunas providenciales oraciones que eran como un soporte de fe, o quizás algo así, como una despedida interior.

Sinceramente, las solas vivencias de este momento del hipotético enfrentamiento con las patrullas de la Guardia de Somoza, me hicieron perder la perspectiva de lo que estaba sucediendo a mi lado. Es seguro que tenía temor, pero tuve la sensación y la seguridad de estar montado sobre él, arrendándolo, tal vez no a mi gusto y antojo, pero arrendándolo. En los años que me ha tocado vivir, he sentido miedo muchas veces, pero siempre lo he controlado y esto es bien importante. Es necesario tener miedo para tener conciencia de ser hombre. Esto es lo que hace la diferencia entre el valor del dominio y el terror capaz de la alteración irracional de los sentimientos a proporciones incontrolables dentro de la experiencia circundante.

Pienso que mi misma condición la estaban viviendo muchos de los compañeros de guerrilla, casi de la misma manera, con la misma intensidad y las mismas tonalidades que yo la estaba experimentando.

Pablo Bravo Lazo y Carlos Masis recibieron la orden de escurrirse hasta la casa-hacienda y obtener la información necesaria para el asalto que debería realizar nuestra gente. ¿Qué cantidad de soldados de la Guardia Nacional estaba ocupando la casa? ¿Cómo estaban apostados? ¿Cuál debería ser el lugar estratégico que daría mejores resultados en una operación de asalto? Como lo cita el P. Federico Argüello en su testimonio ante la Corte Militar de Investigación, aclarando: "Nosotros llegamos a la finca a una distancia como de un kilómetro de la casa, y allí hicieron que nos paráramos. Esperamos más de media hora".

Esta media hora, muchos la empleamos en adelantar, como dije anteriormente, arrastrándonos sobre las excreciones del ganado y el fango pegajoso de los potreros. Lo hicimos sin detenernos. En la oscuridad de la madrugada que todavía se mantenía reticente, vi las cabezas de los muchachos pegados al lodo, avanzando irregularmente hacia el objetivo. Creo que hasta ese momento, ninguno de ellos había acariciado el más leve sentimiento de rendición. Estoy totalmente seguro de ello. Con los que tuve la oportunidad de cambiar impresiones, estaban convencidos de que era el momento crucial, que sólo se quedaba la alternativa de entrar en combate con las tropas de Somoza. Estábamos tan

cansados que no se podía seguir capeando el bulto. Teníamos que beberla o derramarla. Esto lo confirma Pablo Bravo Lazo en su testimonio ante la Corte Militar de Investigación, diciendo: "Cuando ya estuvimos cerca de la hacienda, nos mandaron a Carlos Masis y a mi, a ver como estaba, mientras ellos rodeaban la casa". Creo que además de Pablo Bravo Lazo y Carlos Masis, también Domingo (Coco) Mora Bendaña y Roberto (Tito) Chamorro, inicialmente habían acompañado a Bravo Lazo y Masís, quienes eran los expertos conocedores de ese terreno de Fruta de Pan.

Si mal no recuerdo, estos muchachos se acercaron a la casa-hacienda por la parte posterior de la misma, y no fue sino por el ladrido de los perros que los periodistas Harvey Rosenhouse y Andrew St. George, del Times, y Francisco Rivas Quijano, fotógrafo del diario La Prensa, descubrieron su presencia y saltaron asustados sobre sus camastros de madera, inquiriendo quiénes eran los que interrumpían su interrogante quietud informativa.

Recuerdo, que hasta nuestros oídos, a un poco menos de las ciento cincuenta varas del sitio del sobresalto, nos sonó en los oídos el violento ruido del tambo, seguidos de sobresaltadas voces que requerían sus descarnadas informaciones periodistas. Desde nuestra posición, sobre el rifle, nosotros pensamos que era la Guardia, pero nadie disparó un solo tiro y se produjo más bien una breve pausa seguida de un murmullo de preguntas. Agrega Pablo Bravo: "Llegamos a la casa y el

bullicio de los perros despertó a unos pasajeros que estaban allí. Uno de ellos era Martín Hernández (de los mismos lugares de Bravo y Masís), y un periodista y un corresponsal. No se si eran uno cubano y el otro norteamericano. Luego, ellos me preguntaron que quiénes eran los que andaban. Yo les dije que los revolucionarios. Cuando vi que no había peligro, les avisé que entraran al corral de la casa-hacienda. Todos se saludaron con los periodistas. Después comimos un poco y luego amaneció. Comenzaron a hablar con los jefes después de tomar muchas fotografías a la tropa".

Cuando Pablo Bravo regresó de su misión y nos comunicó lo que ya se leyó de sus propias palabras, nos incorporamos y comenzamos a caminar hacia el corral de la hacienda. Uno a uno fuimos acomodándonos sobre las piedras del corral, o en el tambo de madera que sirve como corredor en este tipo de construcciones, o en la cerca de madera del corral en donde nos descolgamos cansadamente la mayoría mientras en el interior de la casa-hacienda se montó una especie de diálogo entre los periodistas norteamericanos del Times y nuestros comandantes. Al principio creímos que se trataba de una conferencia cualquiera y que tal conferencia debería servir para comunicar al mundo, sobre todo a nuestros amigos revolucionarios de nuestra América, la razón que nos movía para alzarnos en armas, la justeza de nuestra lucha patriótica y la urgente necesidad de ayuda solidaria a través de cualquiera de los medios de que echan manos los gobiernos, los partidos o los grupos presión en nuestros países.

Francamente, yo no le di mucha importancia al hecho de que unos periodistas estuviesen en la montaña inquiriendo por noticias. En realidad, me sentía muy cansado y decidí recostar un rato mi cabeza. De tal manera, que presumo que me dormí un instante, y luego desperté, cuando cierta inquietud estaba corroyendo el ánimo y la fe de los compañeros de lucha. Pero obviamente, todo tuvo lugar en cuestión de minutos. No puedo precisar exactamente cuántos.

Y claro, rápidamente me informé de cuál era el espinoso asunto que se estaba discutiendo. Los muchachos estaban inquietos y algunos comenzaron a dar sus razones. La Guardia había tendido un cerco sobre nosotros. Estábamos prácticamente copados. Era asunto de vida o muerte. En cualquier momento caerían sobre nuestras columnas y nos haría una masacre. ¿Valía la pena exponer la vida de tanto nicaragüense por una toma de decisiones que no parecía ser una respuesta a la realidad? Estábamos entre la espada y la pared. Los periodistas Harvey Rosenhouse y Andrew St. George, del Times, comenzaron a hablar de la enorme cantidad de tropa que había desplegado el ejército de Luis Somoza en persecución de nuestra gente. Hablaron de más de mil guardias nacionales que caminaban a marcha forzada con dirección a Fruta de Pan, y que junto a la gente del mayor Gustavo Guillén, que se desplazaba desde el Cerro del Hielo tras de nosotros, alcanzarían unos dos mil. Además se habían recibido noticias de que algunos de los muchachos de Olama habían sido capturados.

En realidad, yo no escuché a los periodistas por lo que ya narré anteriormente, y porque el diálogo entre nuestros comandantes y ellos, fue un asunto de orden casi privado al que muy pocos tuvimos acceso. De tal manera que aquel descanso de la tropa y el encuentro con los corresponsales de prensa de los Estados Unidos y Francisco Rivas Quijano, el periodista de La Prensa, se volvió dramático cuando entre nuestros muchachos comenzó a correr la noticia de que un grupo de ellos había decidido rendirse. En lo personal no tengo el menor indicio de cómo comenzó a tomar cuerpo la idea. Entiendo que estos periodistas y sobre todo, el estado de agotamiento de la tropa, fueron los factores inductivos predominantes para que se produjera tal cosa.

Recuerdo que pregunté a Vidal Jirón qué era lo que pasaba, y me contestó que como que se estaba hablando de no seguir adelante, porque según los periodistas y la información que se manejaba, la Guardia Nacional nos tenía totalmente rodeados. Esto fue ratificado por el actual comandante Fernando Chamorro (el Negro), quien clavando sus ojos sobre el suelo, manifestó desilusión y tristeza. Poco a poco se fueron formando corrillos de dos, tres, cinco o más de los muchachos para comentar sobre el mismo asunto de la rendición que iba tomando cuerpo. Aun antes de terminar la famosa conferencia, alguien salió del interior de la casa-hacienda a dar una especie de adelanto informativo –como dicen los periodistas– que había metido el desasosiego y la falta de confianza en todos. Algunos comenzaron a despotricar en voz baja,

expresando su disgusto por el supuesto engaño del que habían sido víctimas. Otros callaban, llenos de desilusión, pienso que impotentes ante la posibilidad de seguir luchando con las uñas dentro del mar de abandono en el que teníamos la sensación de estar definitivamente sumergidos.

Ciertas de las incidencias ocurridas en estas horas son narradas por algunos de los muchachos de Mollejones. Carlos Masís dice: "Cuando llegamos a Fruta Pan se nos expresó el temor de que el movimiento hubiera fracasado por la falta de contactos internacionales. El Dr. Pedro Joaquín Chamorro, no obstante, dijo que había que seguir adelante en nuestro empeño, porque en cualquier momento podía llegarnos ayuda tanto en provisiones para la tropa como en refuerzo militar, pero un grupo de nosotros había decidido quedarse, y tomamos más cuerpo en tal decisión, cuando vimos que el Jefe Militar, Freddy Fernández les comunicó a ellos que no los seguiría más".

Nos dimos cuenta que la tarde del día anterior, una avioneta de la Guardia había andado volando hojas sueltas por todos lados de la montaña en la que suponían que nos movilizábamos, ofreciendo garantía de nuestras vidas y un trato justo de las autoridades en el enfoque jurídico-político de nuestro caso. Por supuesto, los que teníamos experiencia de cárcel no creíamos en tales ofrecimientos, pero para algunos de los muchachos, pareció ser una salida. El mismo Carlos Masís, agrega: "La noticia de esa papeleta que habían regado, y la afirmación de algunos campesinos que

decían haberla visto, nos animaron y nos quedamos esperando allí".

Todas estas consideraciones, aparentemente, fueron hechas un poco después, durante el tiempo o el momento crucial en que tenía lugar el diálogo con los periodistas norteamericanos. Tengo la impresión que la sola idea de la rendición, despertó una enorme sensación de inestabilidad y de inseguridad, que se volvió contagiosa, y a la postre, resultó incontrolable. Concluido el diálogo más o menos informativo con los susodichos corresponsales extranjeros, y para aquietar el oleaje del mar de fondo que había comenzado a formarse con el supuesto de que quinientos guardias nacionales estaban apostados a la derecha de la casa-hacienda de Fruta de Pan, y otros tantos a la espera, en las burras de monte de la izquierda, y que a marcha forzada se acercaban las patrullas del mayor Gustavo Guillén al mando del capitán Gonzalo Evertz, las de los tenientes Gastón Quintana y Pedro Pavón, las del subteniente Noel Vanegas Pallais, fue que Pedro Joaquín, Luis Cardenal y Reinaldo Téfel dispusieron dirigirse a la tropa, desde cualquier lugar dentro del corral de la hacienda, para hacer algunas consideraciones sobre la lucha desigual que estaban señalando los muchachos, exponer algunos puntos de vista sobre la nueva situación que se había generado con la presencia de los periodistas acerca de una rendición negociada, y darle vuelta un poco a los argumentos de algunos de los integrantes de las columnas a la idea de las enormes responsabilidades que se enfrentarían ante la posibilidad de una masacre sin

sentido racional, y sobre las reflexiones necesarias que deberían ser parámetros para la toma de una decisión rápida y concluyente.

En el libro "Mi Rebelión", Luis Cardenal al hacer alusión al asunto de los periodistas, narra: "Para nuestra sorpresa, la casa de Fruta de Pan estaba ocupada. Habían llegado temprano esa noche dos o tres periodistas extranjeros, acompañados de un guía facilitado por el gobierno. Los periodistas iban en busca de la revolución para entrevistarnos y repetir algo así, como lo que había hecho en Cuba el norteamericano Hubert Mathews, al entrevistar a Fidel Castro en Sierra Maestra. Al principio, en la oscuridad, sólo los jefes principales hablamos con ellos. Pero luego, al darse cuenta los muchachos de quiénes estaban allí, comenzaron a rodearlos y hacerles preguntas, darles sus nombres, hacerles recomendaciones para cuando regresaran a Managua, y recados para sus familias. Así amaneció, comiendo cuajada, queso y lo que encontramos en la casita, que no era gran cosa, y hablando con los periodistas. Hasta este momento, ningún miembro de la tropa pensaba rendirse. En su conversación, desgraciadamente, y sin ninguna mala intención, les dijeron a los muchachos que el Frente Interno no había respondido, que Managua y el resto del país no se habían movilizado, que la huelga general había fracasado lastimosamente, que los líderes de todos los partidos políticos estaban escondidos, presos o asilados; que la Guardia Nacional nos tenía totalmente rodeados, que todos los poblados cercanos estaban bien vigilados y fuertemente reforzados, y en fin, que ellos veían

nuestra lucha perdida y sin remedio. Que el gobierno había lanzado hojas volantes, ofreciendo respetar nuestras vidas y juzgarnos conforme las leyes del país. Del otro frente de Olama, nos dieron peores noticias. Que el avión había sido incendiado al aterrizar, y que posiblemente, todos los muchachos habían muerto. Que no se sabía nada de ellos y que eso estaba liquidado. Además, que todas las noticias transmitidas desde Costa Rica por Adán Selva y Carlos Urcuyo, eran totalmente falsas. Que no era cierto que hubiera habido combates en otros frentes, que no habían otros frentes, y que Managua estaba tranquila, el gobierno unido y la Guardia Nacional permanecía leal, con los Somoza, llenos de optimismo, respecto al triunfo final".

Después de leer todo lo que narra Luis Cardenal, no se hasta que punto, los citados Harvey Rosenhouse y Andrew St. George, del Times, estaban diciendo todas esas cosas "sin ninguna mala intención".

No puedo precisar con exactitud quien de los comandantes fue el primero en tomar la palabra. Yo estaba pendiente de Pedro Joaquín. Aunque Reinaldo estaba ligado políticamente más directamente conmigo por nuestro trabajo dentro de Juventud Conservadora, Pedro era una especie de "alter ego" político nuestro. Esto, aun cuando no pertenecía a nuestro movimiento conservador. Sabíamos que él simpatizaba con nosotros y que en el fondo, o en la superficie, muy a pesar de su forma de decir las cosas, no podía dejar de pensar como conservador, y aunque lo negase por alguna

razón que sólo él sabía, en su naturaleza política, lo seguía siendo, era descarnadamente conservador y los amigos políticos en quiénes confió plenamente, fueron conservadores. Si nos ponemos a escribir sus nombres, la lista sería inmensamente larga. Para Pedro, hablando desde el punto de vista político, eran como sus torres, sus alfiles, sus caballos, dentro del ajedrez a que nos estamos refiriendo.

Sólo recuerdo, con exactitud, cuando Pedro se dirigió a la tropa y comenzó a hablar del asunto que nos agobiaba circunstancialmente. Fue un discurso crudo, realista, sincero. Creo que en ese momento no era capaz de decir otro tipo de mensaje. Estábamos prácticamente en carne viva y no había tiempo para mixtificaciones de ninguna clase. Hablaba Pedro, exponía con buena fe. En sus labios secos por la deshidratación con que culminaban las enormes jornadas en la montaña, prevalecía la sinceridad de sus experiencias anteriores bajo la brutal Policía de Seguridad de Somoza. El no estaba en capacidad de aceptar la lógica de la propuesta, porque había corrido mucha agua bajo el puente de la cárcel. Algunas de las estructuras somocistas estaban entrenadas para pasar la cuenta en grande, y Pedro había sido uno de esos deudores a quiénes la insensatez y la arrogancia no habían siquiera intentado la ventilación de un juicio justo en sus años de actuación política, de soñador, de conspirador, de equivocado como suelen llamar a estas acciones los detentadores de la siempre tardía y degradante justicia militar, que no tiene moral ni tiempo, que siempre es y ha sido, una

garganta profunda del desprecio a la vida humana y al orden institucional.

Pedro habló como las circunstancias obligaban que lo hiciera. El no se rendiría jamás, porque era mejor enfrentar las vicisitudes de la montaña: la persecución de la guardia, la lluvia torrencial, el hambre y una misión que no ofrecía muchas posibilidades de acierto, que caer en manos del aprendiz de dictador que tenía su cueva en la Loma de Tiscapa. La experiencia del Cuatro de Abril: la muerte de Adolfo y Luis Báez Bone, José María Tercero, Luis Gabuardi, Rafael H. Praslín, y otras experiencias como la del magnicidio del viejo Anastasio Somoza García, que enfureció al hijo menor del Dictador y provocó las más dolorosas injusticias en detrimento de un notable grupo de nicaragüense encabezados por el Gral. Emiliano Chamorro, el mismo Pedro Joaquín, Enrique Lacayo Farfán, Enoc Aguado, Francisco Frixione, Noel Jirón Balladares, Emilio Borge González, Benjamín Robelo, Domingo Aguilar, José María Avilés a quien el capitán Luis Ocón, en presencia de su acompañante, un capitán de apellido Borge, al encontrarlo caminando dentro de los pasillos de la cárcel de La Aviación, sintió rabia contra él, y lo comenzó a moler a palos hasta dejarlo convertido en una masa sanguinolenta. En estado de inconciencia, fue trasladado al Hospital de la Guardia Nacional que funcionaba junto a la actual Planta Eléctrica Nicaragua, en donde tuvo que ser alimentado a través de sueros los primeros días, y más tarde, con pajilla, tal era el estado lamentable en que lo había dejado el apaleador, etc., tramo de la vida

nicaragüense de esa década, cuando la violencia contra los derechos fundamentales del pueblo llegaron a su parte más baja, con la aplicación de la famosa Ley Fuga a Cornelio Silva Argüello, Ausberto Narváez Argüello y Edwin Castro Rodríguez. Y otros tantos sucesos más, por los que muchos de nosotros sufrimos cárcel y torturas de todo género, y en los que Pedro Joaquín, hubiese tenido o no participación, siempre fue una especie de chivo espiatorio, en donde las fuerzas de la represión descargaban su injusticia y la ira de su látigo.

Repite Carlos Masis, refiriéndose al discurso de Pedro Joaquín ante la Corte Militar de Investigación: "También, Pedro Joaquín Chamorro, Luis Cardenal y Reinaldo Téfel, nos dijeron públicamente a todos, que para estar en las cárceles de Nicaragua, era preferible huir y sufrir las intemperies de la montaña, por lo cual quince de ellos, siguieron adelante".

Afirma Reinaldo Téfel, ratificando lo de Luis Cardenal con relación a lo imprevisto de la rendición en Fruta de Pan: "La decisión de rendirse, fue una cosa tan rápida, que me dejó totalmente anonadado. Diez minutos antes, la moral de todos era alta, a pesar de que habíamos hecho una jornada de veintitres horas en forma continua, de las cuales, nueve fueron caminando de noche. En ese momento, me pareció injusto que por el mero hecho de estar cansados, agotados, casi es verdad, rendirnos solamente, porque llegaron tres periodistas extranjeros, totalmente desconocidos, y nos

indicaban que el gobierno había distribuido hojas sueltas pidiendo nuestra rendición. Francamente, en esos momentos, no hubo tiempo de pensar. Yo no me rendí, en esos momentos, simplemente porque mi reflejo fue de no rendirme. Creo que ninguno deliberadamente, pensó en hacerlo, sino que el cansancio físico reaccionó en las únicas dos formas que podía reaccionar un ser humano cansado. Hasta después de unas horas de descanso y frente a la realidad de un hecho ya consumado, y de la imposibilidad física de seguir luchando, el hecho incontrolable de la superioridad numérica de armas y de posiciones, fue que vino el verdadero planteamiento en mi mente de la decisión que debería tomar".

Como afirma y lo experimentó Reinaldo, fue todo muy rápido. No estábamos preparados para enfrentar ese momento. Un cúmulo de preguntas y respuestas bombardeaba nuestra mente confusa y somnolienta. ¿Qué podíamos hacer? Como dice Reinaldo, fue una reacción refleja la que posiblemente fue la respuesta de la mayoría de nosotros. Sabíamos que teníamos problemas serios. ¡Cómo que no, si andábamos metidos en una aventura de rifles y balas frente al ejército de una dinastía de treinta años que ya lo había atropellado todo! En el fondo, al ver el desmadejamiento de los compañeros de alguna manera me sentí culpable de haber reclutado a muchos de ellos. Como ya había tomado la decisión de seguir adelante acompañando a Pedro Joaquín, caminé hacia donde estaba mi hermano Rolando, quien me manifestó su deseo de continuar con los que seguiríamos, y yo le recomendé que se quedará

en Fruta de Pan. Francamente, pensé que quienes seguiríamos adelante íbamos a ser tratados con dureza por las patrullas de la Guardia y que teníamos muy poco chance de salir con vida de la aventura. Le dije a mi hermano que se quedará, pensando más bien en el dolor que podría causarle a mi madre, la tragedia de una doble pérdida. "Así como está la cosa, esto no tiene futuro", le dije. El me quedó observando asustado y nos dimos un abrazo de despedida. Ya Pedro había terminado su discurso, señalando que quiénes quisieran seguirle, cruzaran al otro lado del portón del corral de la casa hacienda. Los muchachos todavía llevaban sus fusiles colgados al hombro. Estaban intensamente sorprendidos, inquietos, experimentando una extraña actitud de irresolución.

Antes de cruzar el portón, dispusimos llevarnos con nosotros algunas armas de más. Pensamos que más adelante, a lo mejor, encontrábamos algunos voluntarios que quisieran acompañarnos en la aventura. Escogimos lo que pensamos que podíamos necesitar. Yo me decidí por una ametralladora Jhonson 3006, de bípede, hasta el momento, sólo una vez había tenido la oportunidad de dispararla, allá, en las prácticas de Punta Llorona. Pesaba unas treinta libras sin el magazin de aproximadamente treinta o treinta y cinco tiros. No puedo calcular cuánto sería el peso de los tres magazines que logré llevarme. Además, escogí dos rifles Garand (M-1), hasta ese momento era el fusil más confiable de los que teníamos nosotros, por su potencia y la distancia que era capaz de alcanzar. También cargué con una M-3, y me coloqué encima

unas tantas bandoleras de tiros. En verdad, creo que estaba confundido y no tenía certeza por qué tipo de armas decidirme. Cuando levantaba la pierna para cruzar las trancas corredizas del portón de madera, Luciano Cuadra (el Cabo), me detuvo, hurgó en su mochila y sacó la punta de un pedazo de salchicha que había venido mordiendo a hilachas, y me la ofreció. Me dijo: "Llévatela. Vos la vas a necesitar. A mi ya no me sirve". Creo que me ofreció ese pedazo de salchicha llorando, ante la imposibilidad de seguir adelante.

Este dolor del Luciano (el Cabo) Cuadra, es manifiesto en una nota dirigida a Roberto Argüello Hurtado, quien estudiaba en la Universidad de La Sorbona, París, un post-grado sobre derecho internacional, y en la que el Cabo lo expresa de esta manera: "Mi querido Roberto: Ya era sabido que yo lloré en Fruta de Pan. Las únicas lágrimas derramadas allí, fueron las mías. Pero lloré de rabia y de vergüenza. Y no he dejado de llorar. Todavía catorce meses después de aquel día de ignominia, me desperté llorando una madrugada. ¡La maldita pesadilla de Fruta de Pan! Mi esposa que me oyó gimotear como un niño, me despertó, y al enterarse de la causa, me besó y me abrazó diciéndome, que por eso porque así expresaba yo mi vergüenza y mi orgullo herido, y la tragedia de la ilusión frustrada, me amaba más. Me emocioné mucho y me sentí reivindicado en parte. Y seguiré llorando esa ignominia y luchando por una patria mejor, para que al fin me redimian mis lagrimas o mi sangre".

Me despedí de Luciano y me uní al grupo de quince, los que prácticamente comenzamos a arrastrarnos interiormente, con la carga de la desilusión y la del excedente de fusiles que en muy corto trecho vino resultando un martirio. En realidad que casi todos habíamos perdido alrededor del veinte por ciento de nuestro peso. Yo traje cuarenta libras menos cuando llegué a las cárceles de las Oficinas de Seguridad en la Casa Presidencial. De tal manera, que no habíamos marchado ni dos kilómetros, cuando nos dimos cuenta que la dificultad de la carga, haría difícil nuestros movimientos y entonces decidimos abrir un hueco en algún lugar del camino y resguardarlas embuzonadas. Pero, claro, no teníamos los elementos necesarios para escarbar el terreno y apenas pudimos dejarlas más o menos camufladas. Después del entierro, yo me quedé con un Garand, pensando que la acción iba a ser de largo. En la medida que subíamos la prolongada pendiente de nuestra despedida, volvíamos a ver atrás. Al menos a mi me tocó hacerlo varias veces, sintiendo que a mis espaldas dejaba algo que debería llevar conmigo. En el techo brumoso gris de Fruta de Pan, parecía descolgarse una alta brisa que apenas unos minutos después, comenzó a golpearlos en el rostro. Estaba la mañana húmeda y bien fría. Era un frío que llegaba hasta los huesos. Una media hora después, a alguien se le ocurrió contar cuántos y quiénes éramos. Juan Ramón Blandón, al que le decíamos Pico de Chinche, miembro de Juventud Conservadora y trabajador de Cardenal Lacayo Fiallos como vendedor y cobrador de facturas a domicilio, sacó una libretita y comenzó a escribir

los nombres: Pedro Joaquín Chamorro Cardenal, Luis Cardenal Argüello, Reinaldo Téfel Vélez, Teodoro Téfel Vélez, William Téfel Vélez, Róger Mendieta Alfaro, Francisco Quiñonez Reyes, Samuel Santos Fernández, Antonio Granera Miranda, Eduardo Chamorro Coronel, Franco Chamorro Coronel, Manuel Ruiz Montealegre, Bayardo Quintanilla, Mauricio Pierson y el mismo Juan Ramón Blandón Salas. "¿Para qué querés esa babosada?", le pregunté. "No sé --me contestó--, talvéz para nada", y soltó una sonrisita leve y maliciosa que se le desvaneció por las arrugas de su rostro prematuramente envejecido.

Discutimos algunas alternativas de lo que podía hacerse en el camino para retomar la confianza con la que habíamos desembarcado en el llano de los Mollejones. No teníamos ningún guía que nos orientara hacia algún lado estratégico, y a lo menos, aparentemente confiable. Luis Cardenal llevaba una pequeña brújula con la que nos entreteníamos escuchando sus conferencias acerca de la posición de las estrellas y el como orientarse en la noche. Como era el hombre quien supuestamente más experiencia tenía en el conocimiento del territorio nicaragüense, se había convertido en la autoridad geo-estratégica del grupo. El lo confirma en su relato, diciendo: "Propuse tres cosas: 1.- Tratar de operar en otra zona, al sur de la Carretera del Atlántico, departamento de Chontales, al otro lado de Villa Somoza, en donde yo recordaba haber visto desde el avión, un macizo montañoso con abundantes selvas. 2.- Llegar a ese lugar tomando la ruta al sur, en línea recta con la brújula, subiendo

y bajando las montañas, y pasando los ríos donde los cortara esa línea recta. 3.- Evitar las casas y los guías desconocidos. Caminar de día, a pesar de los aviones, y un poco de noche también, descansando lo mínimo. Opinaba que le llevábamos por lo menos, dos días de ventaja a las patrullas de la Guardia que nos perseguían, y que deberíamos mantener y aumentar esa ventaja".

Creo que sin hacer muchas consideraciones, todos nos pusimos de acuerdo con lo que recomendaba Luis, y comenzamos a caminar con dirección sur, apoyados en la famosa brújula. En realidad, ya no nos cuidábamos mucho. Caminando a campo traviesa, prácticamente sin importarnos nada nos sentábamos a buscar las famosa posición del aparatito magnético y alimentábamos pequeños diálogos que adquirirían cierto humor y profundidad cuando la cosa se volvía una "plática de presos" en la que interveníamos todos, especialmente Pedro y Reinaldo, que eran como una especie de contra parte de Luis Cardenal, en materia de brújulas.

VII

Acerca de los comentarios sobre la rendición en Fruta de Pan, Roberto (Tito) Chamorro Zink, uno de los más antiguos militantes de la Juventud Conservadora de Granada, y gestor influyente del frustrado "Golpe del 4 de Abril de 1954", declara: "El miércoles 10 de junio, después de una jornada de más de veintidós horas, llegamos a una finca llamada Fruta de Pan. Allí encontramos a un periodista norteamericano junto con un cubano. Estos tuvieron una larga conversación con Pedro Joaquín Chamorro, Luis Cardenal y Reinaldo Téfel, quienes después de conversar en un aparte, reunieron toda la tropa, y nos comunicaron lo que los periodistas les habían informado. Nos manifestaron que quedábamos en libertad de rendirnos o seguir con ellos. Muchos de los muchachos se encontraban en un estado de agotamiento tal, que yo creo que ni siquiera comprendieron, o no pusieron atención a lo que se nos estaba diciendo".

El dominicano, mayor Freddy Fernández, veterano figuerista de la "Revolución del 48", recuerda a los periodistas: "En ese momento se presentó la discusión del grupo sobre si quedarse o rendirse. Yo contesté que en las circunstancias en que estaba la tropa, sin comida, sin parque y

totalmente desmoralizada, era lo más acertado. Pero entonces, Pedro Joaquín Chamorro, Reinaldo Téfel y Luis Cardenal, dijeron que ellos no se entregaban porque estaban seguros que la Guardia Nacional no cumpliría con el ofrecimiento de la papeleta. Arengaron a la tropa y les dijeron que ellos se iban para la montaña, que los que quisieran seguirlos lo hicieran. Un grupo de quince muchachos se fueron con ellos".

Volviendo al libro "Mi Rebelión", de Luis Cardenal Argüello, se puede detectar parte de lo que a esas horas estaba ocurriendo en la montaña, a causa de la increíble improvisación y de la táctica novatada de la cual estábamos siendo víctimas. En la página 226 escribe: "El sitio donde habíamos resuelto aterrizar en Nicaragua, era llamado, en nuestra clave, Toro Bayo, y sólo era conocido por el Gral Emiliano Chamorro, en Nicaragua, y por la persona que había dejado yo encargada de la pista de aterrizaje. Esta pista era cosa relativamente fácil, pues se haría en un llano como de doce manzanas de extensión, con pasto natural, pocos árboles y buen drenaje natural, ya que quedaba en altura con dos ríos, uno a cada lado que se juntaban al sur. Al este, tenía una altura con bosques, que dominaba el llano, y al norte y oeste potreros y montañas no muy espesas. Quedaba ya en zona de altura, a medio camino, entre un río grande, navegable, que tenía salida al Atlántico, y el Gran Lago de Nicaragua y a sólo quince minutos de vuelo de la frontera de Costa Rica. En este lugar existía bastante ganado, abundante caza y pesca, montañas vírgenes y alturas. Su población era netamente conservadora, y

en un "survey" que se hizo en más de treinta kilómetros a la redonda, no habían liberales somocistas conocidos, y más de trescientas personas, según mi informante, estaban dispuestas a empuñar el rifle cuando llegáramos. Esta zona, sin caminos, con salida al mar y a la frontera, se prestaba mucho para las operaciones de guerrillas que pensábamos efectuar, y además, ofrecía la posibilidades de mantener la pista secreta sin que la descubriera el Gobierno, y si la descubrían, su posición se prestaba para poderla defender. Además, en caso de fracaso por algún motivo, teníamos salida. No estábamos "embotellados". Habían algunos poblados que podían ser atacados, y estaba la posibilidad también, de dominar una extensa franja de la frontera con Costa Rica".

En este mismo relato, Luis Cardenal, agrega: "Regresé a San José, el miércoles 27 de mayo. Al día siguiente, jueves 28, llegó de Managua nuestro mensajero. Traía el nuevo lugar del desembarco, pues como dije antes, Toro Bayo estaba descartado, y se llamaba Mollejones, en la zona de Chontales. Nos dijo que trescientos hombres nos esperarían allí, que todo estaba listo, que la manta blanca estaría en el lugar durante cinco días, para que llegáramos cualquiera de ellos a partir del día siguiente, viernes. Nos informó que la huelga comenzaría desde el sábado, que el paro sería total, y que el éxito estaba asegurado. Nos informó que tenían listas ya las bombas para oscurecer la ciudad y cortar el agua, que las células volarían puentes ferroviarios, de carreteras y las líneas de comunicaciones en todo el país. Se nos dijo que habrían manifestaciones y

huelgas en Managua y otras ciudades, que francotiradores se apostarían en las calles, y que los del Frente Interno lucharían en ellas. Nosotros sólo entraríamos para desconcertar al enemigo, hacer creer al Gobierno que la invasión era de cuatrocientos hombres y después... sólo sería un paseo militar... y entrar a Managua. Nada de esto me creí. Busqué el mapa y vi el lugar llamado Mollejones. Lo conocía desde el aire, así como toda esa zona. En mi opinión no era apropiada. Así lo expresé y propuse dos o tres lugares más, pero la decisión se sometió a votación y estuvo la mayoría en contra. Experimenté una desesperación indescriptible y me sentí morir de frustración, de tristeza, de angustia, ante un sacrificio inútil y un posible suicidio. Pero tuve que aceptar. "La mayoría manda". Ese era el compromiso nuestro. Había que aceptar la voluntad mayoritaria. ¿No es ese acaso el sistema democrático? ¿No estaba luchando por impulsar ese sistema en mi país? ¡Qué amargura! Continué insistiendo, pero todo fue inútil. Pensé decirles que si no hacía lo que yo decía, yo no iría. Desgraciadamente, no lo hice así. Más tarde, Pedro Joaquín me confesó que si yo me hubiera opuesto en esa forma, él hubiera reaccionado".

Es posible que esta pobre toma de decisiones en cuanto a la selección de la zona de operaciones de nuestra guerrilla, haya sido el factor determinante, como dice Luis Cardenal, para condenarla al fracaso. Sin lugar a dudas, un lugar más propicio para darle chance al músculo y al instinto de guerrillero, nos habría permitido ponernos gradualmente en contacto con el rechazo

de la montaña, y crear nuestros naturales mecanismos de defensa para acostumbrarnos a ella.

El mismo Freddy Fernández manifiesta algo que desconocíamos la mayoría de la tropa, cuando al ser preguntado por la Corte de Investigación Militar, acerca del plan de operaciones que se pensaba poner en práctica una vez desembarcados en territorio nicaragüense, contesta: "Las operaciones no eran de combate, sino de infiltración en la montaña para crear un estado anómalo en el país. La prueba está, en que no se pensó en ningún momento, atacar al ejército". Y al preguntársele, si el entrenamiento que se le había dado a los muchachos había sido considerado suficiente para la lucha contra un ejército organizado como la Guardia Nacional, el mayor Freddy Fernández contestó: "Para luchar abiertamente no. Para el plan que se traía de mantenerse en la montaña, si". Nosotros consideramos, con Luis Cardenal, que todo esto se había caído por su propio peso, desde el mismo momento en que se cambiaron los sitios del desembarco y fue necesario confrontar el acoso de la Guardia Nacional, sin el tiempo justo para el conocimiento del terreno y el acomodamiento normal de la tropa.

El 95% de nosotros, jamás habíamos jugado un papel de soldados, y a duras penas, uno que otro, había tenido entre sus manos un rifle guatucero o alguna escopeta de cacería. Los mismos días del entrenamiento en Punta Llorona, habían sido cortos e irregulares, de tal manera que cuando nos asomamos al eterno agujero de la historia treinta y

tres años más tarde, teniendo como muestrario viviente, la enorme guerra civil entre increíbles rebeldes de la Resistencia y super entrenados soldados del Ejército Sandinista, descubrimos que nuestros muchachos de Olama y Mollejones, de lo único que realmente estaban investidos, era de un valor temerario y una entrega patriótica sin condiciones.

Es posible, que como cita el mismo Cardenal, la imposición de Lacayo Farfán para Jefe General del Movimiento, que fue rechazada por el grupo de conservadores que estaba en Costa Rica, encabezados por Ernesto Solórzano, Nicolás Morales y Pedro Pablo Rivas, haya debilitado el apoyo a la acción guerrillera, y alterado los planes en los que se veía disminuido el soporte logístico dentro del mismo territorio nicaragüense. Dice Luis: "Esto indiscutiblemente, debilitó en parte el movimiento y atrasó la llegada del aporte económico del Partido Conservador para la revolución".

En política, la historia suele ser la mejor consejera para la toma de decisiones. Ella no trata sobre asuntos sentimentales o circunstanciales situaciones miméticas en donde el compromiso o el interés determinado, camufla o diluye el verdadero color de las cosas. La historia es una narración de verdades, hechos consumados en la que los hombres han sido los protagonistas centrales de sus hechos, y con estas experiencias, han trazado caminos que responden a un sentimiento, a una realidad vivencial interior que no puede ser mixtificada, y a una cruda forma de ser que tiene su asiento en la médula

cerebral del hombre y en su valor interpretativo y tangencial de las cosas.

Desde este punto de vista, Olama y Mollejones es una lección que vale la pena recordarla, no sólo para conservadores que tan excesivamente generosos hemos sido en las negociaciones, en los compromisos, en casi la mayoría de los grandes eventos y decisiones políticas que han afectado al país y al Partido. Y no hay duda, que la experiencia que nos indica Luis Cardenal, debemos recordarla, no meterla en saco roto y tomarla como una lección magistral. Como consecuencia de la gran cantidad de intereses encontrados que se conjugaron en la conformación del movimiento, se produjeron hechos disociantes que dieron al traste con la unidad y la confianza de algunos de los que manejaron los mandos superiores. Esto fue algo que a los cuadros intermedios nos tocó husmear después, en las conversaciones de la cárcel, en el examen y revisión de lo acontecido en el teatro de los hechos, en las confidencias extemporáneas, y en las narraciones de lo que ya aconteció como lo hizo Luis Cardenal, desde su propio punto de vista, con su libro "Mi Rebelión".

Cuando a Freddy Fernández, los miembros de la Corte Militar de Investigación le preguntan acerca de los Mollejones y Olama, responde: "El desembarco en este último lugar fue accidental. Según tengo entendido, se iba a hacer el desembarco de toda la fuerza en un sitio que se llama Toro Bayo. Me informaron que allí se estaba

construyendo un campo de aviación, que toda la gente saldría junta para ese lugar en dos aviones. Después supimos que el campo ese no se había podido hacer y fue entonces cuando me dijeron que habían hecho un campo en ese lugar de los Mollejones. La operación era un desembarco en la mañana y otro en la tarde, pero según he oído por los radios, parece que el de la tarde no pudieron efectuarlo debido al mal tiempo. Es decir, considero que el desembarco de Olama fue accidental".

Hay algo de este libro que refleja una enorme desilusión y que le pone al valor del valor de la honestidad y de la espontaneidad, el corolario de entrega que señalé en la razón de la Dedicatoria: "Tomé la decisión de ir al sacrificio inútil. Lo sabía perfectamente, pero quizás el complejo de que creyeran que me estaba "rajando" a última hora me obligó a ello. Además, los otros se mostraban tan optimistas acerca de ese lugar (Mollejones), que quizás era yo el equivocado. Después de todo, ellos eran mayoría y todos estaban de acuerdo. No me quedaba más remedio. Mi otra alternativa era no ir, e impedir que la tropa fuera. Pero no podía hacer semejante cosa. Por otro lado, si yo no iba y permitía que los muchachos se embarcaran, ¿qué dirían éstos? Yo había enrolado a muchos de ellos, a todos los había recibido, inscritos y alentados a ir. ¿Qué podía hacer? Me pareció que no me quedaba más remedio que hacer el sacrificio de una muerte casi segura, y todo quizás, por complejos humanos. Estaba francamente aturdido".

Imaginémonos cómo se sentirían en Fruta de Pan, quienes se estaban enfrentando al resultado de esta verdad que Luis Cardenal había casi racionalmente intuitido. Entre los que iba recordando con un poco de dolor, casi con remordimiento, estaban Enrique Jiménez Potosme, Manuel Rodríguez Sánchez, Catalino López, Enrique Sánchez, Julio Mora y Rubén Castro, un magnífico activista de La Concepción, todos miembros de Juventud Conservadora, entre los que se encontraban agricultores, ebanistas y comerciantes, que habían sido reclutados por mí a través de Pompilio Mercado, de Masatepe, y al que apenas le había hecho llegar un mil córdobas que había recibido con anterioridad de Reinaldo, con el encargo de que sirvieran para arreglar sus cosas más ingentes y se trasladaran a San José de Costa Rica.

Nosotros, caminando bajo la orientación que la brújula de Luis nos estaba indicando. Le continuábamos un poco bastante ausentes de nosotros mismos, anonadados por el cansancio y el golpe psicológico de la rendición. No sé por qué y estos son los oleajes de recuerdos que de pronto acuden a mi memoria cuando intento teclear la increíble computadora del cerebro, en estos precisos segundos, estoy retrayendo del pasado, aquella especie de coplas de Mario Cajina Vega, que si mal no recuerdo, Pepe Medina o Luciano Cuadra, leyó en las faldas del Cerro del Hielo, unas horas antes de que comenzara el bombardeo de los Mustang, y alguien hizo el comentario con ese humor de los Cuadra Vega alrededor del cognomento de "Comandante de la Poesía Revolucionaria", que era

el título que el compañero de escaladas del Santiago, se había ceñido a sí mismo. A mi querido y multifacético Mario, siempre le encantaron estas cosas, y para ser sincero, gocé con la ocurrencia de Mario, minutos antes de lanzarme al suelo y buscar un buen tronco de los que todavía habían muchos en las montañas de Chontales, a la hora que comenzaron los bombazos.

Acerca del asunto de la rendición, el teniente Gastón Quintana, refiere: "El día miércoles 10 de junio del corriente año, estando en el campamento "El Llanto", que era el Cuartel General, como a las once y treinta de la mañana, observamos los oficiales que nos encontrábamos en ese campamento, que el capitán médico, doctor Miranda, quien había salido en misión de llevar unos heridos a Managua, venía de regreso, y al acercarse a nosotros, e interrogarlo de la razón del por qué se regresaba, el capitán expresó su deseo de hablar con el Comandante, diciéndonos a continuación que había tenido informes por medio de un chan o guía, que el enemigo se encontraba adelante, en medio del camino que él llevaba hacia Managua, y que dicho chan, le había expresado también, que había observado que como que el enemigo se quería rendir. Esto dio lugar, para que el teniente Miguel Blessing que se encontraba con nosotros, y el capitán Gonzalo Evertz, trataran de comunicarse por radio teléfono con el Comandante de las Operaciones, mayor José Gustavo Guillén, y dieran ese informe. Según supe, el mayor Gustavo Guillén ordenó que se enviaran a unos guardias a capturar a ese chan que le había dado esa

información al Capitán Médico, y al mismo tiempo supimos, que el mayor Guillén llegaría al Cuartel General de inmediato para hablar con el médico y con dicho chan. En efecto así sucedió. Al poco rato, hacía su llegada al campamento, el Comandante Guillén, y se hacía la espera del chan, el cual llegó poco tiempo después, y comenzó a ser interrogado por el Comandante Guillén. El chan se llamaba Fidencio Díaz Pérez. El Comandante Guillén nos expresó ciertas dudas de que el informe fuera veraz, sin embargo, me dijo: "Hombre, Quintana, si hubiera aquí tropa suficiente, te enviaría con el capitán Evertz, para que constataras si esa gente se encuentra allí y es cierto que se quieren rendir. Nos encontrábamos hablando de esto, rodeados de todos los oficiales, cuando hizo su entrada al campamento, el Sub-Tnte. Vanegas, el cual nos había causado preocupación, porque según teníamos entendido, este oficial llegaría con unas provisiones desde Santo Domingo, y pensamos que a lo mejor se iba a encontrar con el enemigo, ya que la ruta acostumbrada era pasar siempre por Fruta de Pan. Al hacer él, su entrada al campamento, le preguntamos que si se había visto con el enemigo, y entonces nos informó de que el guía que le habían dado había perdido la ruta, y lo cual era la razón para que él regresara por la parte trasera del campamento".

Adán Cantón Wasmer, Doctor en Farmacia, y uno de los expedicionarios de Mollejones, en un escrito enviado al Director de la Revista Conservadora, don Joaquín Zavala Urtecho, da su propia versión de algunas de las incidencias de la

rendición: "Con los reporteros estaba también Francisco Rivas (Rivitas), del ya difunto diario "La Noticia" (tengo entendido que Rivitas nunca trabajo para La Noticia). Nos mostraron unas papeletas que la Fuerza Aérea había dejado caer en grandes cantidades sobre las montañas, supuestamente, para que pudiéramos verlas en la que la Guardia nos insinuaba la rendición bajo promesa que nuestras vidas serían respetadas y garantizadas, y que una vez rendidos, quedaríamos bajo las leyes de la República para ser juzgados. Nos comunicaron los reporteros que ellos llevaban esa misión, y estaban dispuestos a mediar para llevar a efecto la rendición. Días antes, el Gral. Anastasio Somoza DeBayle, el Jefe Director G.N., los había autorizado después de una plática con ellos".

Sobre este mismo asunto, el capitán Gonzalo Evertz, declara: "Para dar cumplimiento con las órdenes recibidas, primero pasé inspección por armas y municiones de los alistados puestos bajo mi jefatura. De dicha inspección se sacó en conclusión de que muchos de ellos necesitaban más munición de la que tenían, por lo que se procedió a darles más cartuchos. Las armas las tenían limpias y lubricadas. Una vez hecho lo anterior, procedí a darle forma a la patrulla, ordenándole al teniente Gastón Quintana que se hiciera cargo de la vanguardia, y así mismo formase la seguridad. Luego, ordené al teniente Vanegas que se hiciera cargo de la retaguardia. Al teniente Quintana le di orden que llevase como guía o chan, a un hombre de nombre Fidencio, cuyo apellido no recuerdo. Una vez dadas estas órdenes, di instrucciones al comandante de la

vanguardia que deberíamos de proceder a marcha forzada, pues en mi mente se había formado la idea de que si era cierto que estaban esos individuos con ánimos de rendirse, tal vez si perdíamos tiempo se arrepintieran, y procedieran nuevamente a internarse en la montaña. Como al salir de El Llanto, lo primero que nos encontramos fue una cuesta bastante empinada, y de bastante longitud, al llegar a la cumbre nos encontramos con una casa en la que vivía el chan que nosotros llevábamos. Pasé inspección por la casa y no noté nada anormal. Entonces, llamé a los oficiales y les hablé que a partir de ese momento, o de ese lugar, debían extremarse las precauciones, pues nos encontrábamos en una zona verdaderamente peligrosa".

De acuerdo con las versiones de algunos de los compañeros que habían decidido quedarse en Fruta de Pan, y que más tarde bajo la duda de la amenaza con relación al comportamiento de la Guardia Nacional que había señalado Pedro Joaquín, y rememorando nuestras experiencias de cárcel, teníamos muy poca confianza en los ofrecimientos de las famosas hojas sueltas, se deduce que el mismo dominicano Freddy Fernández, al examinar la decisión nuestra de no rendirnos por las consideraciones ya señaladas, buscó como seguir el camino de la montaña chontaleña con rumbo a la frontera, y con Alfonso Ayón, Carlos Masís, Santos Talavera --el cómico curandero, adivino, barbero, ex-payaso de circo y combatiente revolucionario, y días después, muy querido y más recordado amigo y compañero nuestro--, lo hicieron con tan mala

suerte, que mientras Talavera incursionaba un sitio cerca de Acoyapa para comprar alguna comida para paliar el hambre, fue sorprendido por agentes del gobierno y al tratar de escapar de las reservas civiles, uno de estos espías de la montaña, lo persiguió y disparándole, le acertó un tiro de Garand en el estómago. Esto lo relata Alfonso de la manera siguiente: "Quince de los muchachos se retiraron a la montaña con el mismo espíritu de rebelión. Después de haber dejado los tiros y el fusil M-1 que yo portaba, con un hambre tremenda, me decidí a buscar comida en las proximidades. Tuve que caminar mucho en compañía de tres compañeros más: uno de apellido Talavera (Santos), otro Masís y Freddy Fernández. El, que había sido Jefe Militar tenía las intenciones de cruzar la frontera, y así me lo hizo saber. Yo lo secundé, lo mismo que los demás compañeros. Caminamos todo el día y toda la noche y llegamos al lugar llamado Acoyapa, en donde completamente desfallecidos decidimos descansar en un río. Allí el mayor Fernández me dijo que no aguantaba los pies y que para él, y todos los demás, era imposible seguir adelante. En Acoyapa, ya decidido todo, me salí de la montaña para aproximarme al pueblo y comprar algo que comer. Entré a una pulpería a comprar algunas cosas y a beberme una cerveza helada. No tardó mucho tiempo en notarse la presencia de un sujeto que me miraba con mucha atención, me preguntó de dónde venía, y le contesté que de Santo Domingo. A tanto insistir me vi obligado a decirle que había andado en las filas de los revolucionarios".

Sin lugar a dudas, la inseguridad, la duda, la falta de una clara definición en la misma decisión de rendirse, provocó una condición desesperante entre los que se quedaban en Fruta de Pan, que algunos como Freddy Fernández y los que le acompañaron en su intento de ganar la frontera, que no tuvieron la cruda paciencia de soportar la espera de la Guardia Nacional. Y aquellas palabras de Pedro Joaquín, el fondo de su discurso inquietante, los hizo volver en sí y buscar una forma de escapar de la presión de una situación que podía tomarse peligrosa. Posiblemente, esta misma sorpresiva condición de espera, de extremo desasosiego, debió motivar al capellán del movimiento, padre Federico Argüello, hombre valiente, racional y profundamente cristiano para buscar una salida adecuada, con mínimos riesgos, dada su condición de hombre de paz, dado el espíritu de sacrificio que lo había llevado hasta la montaña nicaragüense a cumplir misión de pastor, especialmente por la naturaleza del grupo, por su familiaridad con el mismo, y por la responsabilidad que había asumido al acompañarlo. Nadie más que él, estaba en condiciones de darse cuenta de lo que anímicamente estaba afectándole y lo que definitivamente estaba reflejando esa condición física, de tal manera que así como en el corazón de la montaña y bajo el peligro de la guerra, había logrado practicar el sacramento del bautismo en un gran número de criaturas campesinas, era comprensible que pretendiera hacer algo a los que lo obligaban su ministerio y las circunstancias para no tener que lamentar más tarde un innecesario y doloroso desenlace. Aclara: "Un grupo de 45 decidió acogerse al ofrecimiento del

gobierno, y me comisionaron a mí, para que yo, como persona de paz, fuera a hablar con el Comandante de Santo Domingo. El Comandante de Santo Domingo transmitió al General Somoza las peticiones de ese grupo, y siguiendo las instrucciones de ese Comandante, se envió a esos jóvenes las condiciones de cómo deberían rendirse. Esa noche me trajeron aquí, a Managua, adonde llegué en la madrugada".

Comenta Adán Cantón Wasmer en sus apuntes para Joaquín Zavala: "Causó sensación el padre Federico Argüello al entrar al pueblo con su traje de civil muy sucio, sus botas llenas de lodo y la barba con muchos días sin afeitarse". Y agrega, refiriéndose a Pedro Joaquín: "Algunos de nosotros le hicimos ver que desde todo punto de vista, era imposible escapar, y peor aún, debido al estado de debilidad física en que se hallaban. Naturalmente, que él conocía esta situación mejor que nosotros, pero aun así no desistió en su empeño de continuar, dándole a la Guardia la oportunidad de aniquilarlo con justificación, cosa que insistimos en hacérselo saber. Habían otros dispuestos a seguirle y formaron un grupo como de quince".

Fidencio Díaz Pérez, vaquero de la Guardia Nacional, quien fue tomado prisionero por la patrulla de exploración que comandaba Eduardo Chamorro en las cercanías del Cerro del Hielo, y quien días después, el mismo Jefe de Operaciones de la Zona, comandante Gustavo Guillén, utilizara como una especie de localizador de los que habían dispuesto rendirse en la hacienda Fruta de Pan, nos

informa lo siguiente: "En la casa de la hacienda encontraron a dos periodistas, y éstos parece que les hablaron y les dijeron que era el tiempo que podían rendirse, pues esa gente iba inútil, sin comer y agotados. Entonces, decidieron hacerlo. Colocaron los rifles y los cinturones apartes. Después vi que Pedro Joaquín y Luis Cardenal se fueron con un grupo más de individuos, buscando rumbo a "El Quiroz". Entonces me fui para mi casa a avisarle a la Guardia. Allí encontré al doctor y capitán Miranda, y le di cuenta de todo, y éste salió para donde el mayor Guillén. El mayor me mandó a llevar para que le aclarara la verdad de lo que le habían informado. Después que le repetí todo, el mayor envió las patrullas al lugar en donde estaban los revolucionarios, de manera que hasta que se efectuaron las capturas, se recibió el armamento y todo quedó arreglado, yo me vine a mi casa".

Declara Roberto (Tito) Chamorro, con relación a esta misma situación: "Desde las cinco de la mañana, dispusimos deponer las armas y mandar aviso a las patrullas de la Guardia Nacional, indicándoles la finca en que nos encontrábamos. Estuvimos esperando casi doce horas, y no fue sino como a las cinco de la tarde, que llegó una patrulla al mando del capitán Gonzalo Evertz, a quien le entregamos las armas. Desde ese momento, quedamos bajo su custodia".

Capitán Luis López García, piloto aviador, quien en determinado momento se hizo cargo del Comando de Santo Tomás, refiriéndose a estos sucesos declara ante la Corte Militar de

Investigación: "El día que tomé el Comando de Santo Tomás, llegaron varios campesinos a informarme que como diez personas opositoras estaban en los alrededores, y que estaban escondidas por temor a alguna represalia que pudiera tomar la Guardia Nacional, o el Gobierno contra ellos."

Hay un momento de desesperación, de confusión, de vacío, como da a entender Adán Cantón Wasmer en el relato a que nos hemos hecho referencia, cuando señala: "A nosotros no nos quedaba más que esperar en la casa de madera de Fruta de Pan. Formábamos un grupo de cuarenta y cinco. Después de colocar ordenadamente todo el armamento y municiones que llevábamos sobre una especie de corredorcito, nos dedicamos a descansar y planear las declaraciones que tendríamos que hacer ante el Consejo de Guerra. En el corral, sobre una rama habíamos izado una sábana blanca amarrada a un poste en el corral para mayor identificación. Eran más o menos las cuatro de la tarde, cuando a través de las rendijas o agujeros de las tablas, observábamos cómo éramos rodeados por numerosos efectivos de la Guardia Nacional. Ellos lo hacían ocultándose detrás de los árboles y rocas, apuntando sus armas hacia la casa de la finca que nos servía de refugio. Minutos después, como a cien metros de distancia, distinguimos a un hombre vestido de civil, caminando en dirección nuestra con una cámara fotográfica colgada al hombro, y agitando un pañuelo blanco en la mano derecha. Era Francisco Cano (Chaleco), un reportero del diario "Novedades" de Managua, que la Guardia estaba ocupando como emisario. Nos explicó que para

evitar problemas, teníamos que salir de tres en tres con las manos en alto, en dirección a un tronco recortado a una vara del suelo que estaba como a cien varas de distancia del corral. En el tronco, fuimos recibido por el capitán Gonzalo Evertz, acompañados de un Sargento y un raso. En una libreta grande se anotaban los nombres y demás datos personales de los rendidos, quiénes después los formaban a un lado. A una señal del Sargento fuimos saliendo de tres en tres, hasta que salió el último de la casa. El comandante Gonzalo Evertz que comandaba las tres patrullas ante las que nos rendimos, envió a un oficial con varios alistados a la casa ya vacía, con el objeto de hacer un inventario de las armas y las municiones que habíamos dejado nosotros. Efectuado el inventario y capturadas las armas, fuimos nuevamente conducidos al interior de la casa, custodiados por más o menos setenta efectivos de la Guardia. Era casi de noche y allí nos quedamos hasta el siguiente día, cuando en Fruta de Pan comenzaron a concentrarse los diferentes oficiales del Ejército al mando de dos patrullas que nos andaban persiguiendo con todo el equipo militar correspondiente".

A la mañana siguiente, la larga fila de prisioneros marchaba rumbo a Santo Domingo entre varias patrullas del Ejército. En "El Llanto" fueron recogidos algunos soldados heridos, según se tuvo conocimiento más tarde, por fallas en la información de inteligencia durante los bombardeos aéreos efectuados sobre el Cerro del Hielo. Unos días antes, el mismo comandante médico, Dr. Joaquín

Lovo, había sido víctima de un accidente de arma de fuego cuando a uno de los soldados de una de las patrullas se le fue un disparo en forma accidental.

"De "El LLanto", el Cuartel General del Comandante Guillén, hasta Santo Domingo, los más fuertes, tuvimos que cargar algunos heridos, entre ellos un radio-operador y un raso. Estos hombres que formaban parte de una patrulla de reconocimiento, se acercaron tanto a nosotros en el "Cerro del Hielo", que fueron alcanzados por los fragmentos de los rockets disparados por los aviones Mustang. Otros dos soldados sufrieron traumatismos de consideración, cuando una de las cajas de provisiones lanzadas por los aviones de aprovisionamientos de la Fuerza Aérea por medio de paracaídas, y por imprevisión o por descuido, ocasionaron el accidente que señalamos. "Era tal nuestro agotamiento y falta de fortaleza --señala Adán Cantón--, que teníamos que turnarnos cada quince minutos, para poder soportar el peso de las camillas, en una marcha forzada y difícil, llena de obstáculos y de lluvia, en nuestra caminata por la montaña. Cuando llegamos a Santo Domingo, todas las puertas estaban cerradas, se sentía una atmósfera de temor y parecía un pueblo abandonado. De vez en cuando, uno que otro ciudadano, tímidamente asomaba el rostro a través de la ventana. El silencio era interrumpido únicamente por nuestras botas al marcar el paso sobre las callejuelas empedradas. Finalmente, fuimos conducidos al interior de una Escuela Pública. Cuando la gente se dio cuenta que estábamos allí, comenzó a llegar, y después de manifestar cierta timidez pidiendo permiso a los

oficiales, entraban llevando alimentos que nos obsequiaban llenos de satisfacción. Esta manifestación de generosidad y buena voluntad llegó a tal grado, que en dos ocasiones llegó un señor que no supimos su nombre, manejando un "jeep" Willys cargado de comida y pinolillo con hielo".

Nos cuentan los muchachos que de allí para adelante, hubo que hacer varios altos en el trayecto hasta Managua. Cuando llegaron a "La Curva", la famosa Cueva de la Dinastía, un numeroso grupo de generales, de coroneles, de mayores y de políticos estaban esperando a los frustrados combatientes. En la primera fila, la Nicolasa Sevilla y Eugenio Solórzano, jefes de las turbas somocistas de la dinastía, aplaudían las palabras sarcásticas y ofensivas del Jefe Director del Ejército y futuro suicida de su propia ambición sin límites.

VIII

Mientras algunos manipuladores de la publicidad, daban rienda suelta a sus mentiras, ignorando lo que en verdad estaba ocurriendo, nosotros continuábamos nuestra marcha a punta de brújula y de esperanza. Pero, ¿esperanza en qué? Para ser sinceros, una esperanza casi irracional, acariciando hipotéticos y futuros aconteceres, ilusoriamente milagrosos.

¿Qué alguien se le ocurriese enviarnos ayuda para continuar la lucha que de pronto había decaído en expectativas? ¿Por qué y para qué? Aparentemente los únicos movimientos que estaban interesados en levantar una ola revolucionaria e incendiar Hispanoamérica eran los que encabezaban los partidos marxistas-leninistas, como los que en el trayecto de las últimas décadas antes de desmoronarse "per se" la inconsistente utopía socialista, experimentaron sus efectos en maestría de terrorismo y destrucción, países como Venezuela, Bolivia, Colombia y Chile.

A la vanguardia de esta ayuda, en un ilusorio principio de inocencia, habían sido colocados los cubanos, y como más tarde pudimos comprobar, la gente de Fidel Castro no tenía ningún interés en alimentar movimientos de corte liberal, burgués o

pequeño burgués como ellos les llaman a estas organizaciones políticas. No sé cómo los tendrán que llamar ahora que andan buscando sombrillas donde guarecerse. Fue éste el argumento de fondo, expresado por Ernesto (el Che) Guevara, a Pedro Joaquín, Luis Cardenal, Reinaldo Téfel y al mismo Enrique Lacayo Farfán --quien en la fase inicial de la conspiración, apareció como el Jefe Máximo del Movimiento-- para que esta ayuda no se concretara.

En la Revista "Bohemia", edición No. 24 del 14 de junio de 1959, el periodista Rogelio Caparros, en un famoso reportaje que firma como "Exclusivo", habla del desembarco de Olama y Mollejones en forma distorsionante, cosa que desde el punto de vista informativo pienso que no tuvo sentido, debido a que el amarillismo, aunque algunas veces viaje a la misma velocidad que la verdad, dentro de esa misma secuencia velozmente se torna cuestionable. Dice Caparros, refiriéndose al desembarco de Olama: "Al frente del segundo contingente, iba el Primer Comandante Militar, Napoleón Ubilla Baca, y quedó de segundo suyo el aviador comandante Víctor M Rivas Gómez, ya que no pudo regresar a la base X, puesto que el aparato se averió. Los revolucionarios llevaban preparadas para el caso de un accidente como el que ocurrió, varias bombas de dinamita, para destruir totalmente el aparato".

Todos estábamos seguros de que Curtis Commander había sido destruido por el fuego de los aviones Mustang del Dictador. En otros párrafos del increíble despliegue de mentiras, titulado "ESTALLA LA REVOLUCIÓN CONTRA

SOMOZA EN NICARAGUA", se pretende hacer creer, sobre todo a los lectores de nuestro Continente, de un Segundo y Tercer Frente, además de una huelga general que había trastornado la paz social y el ritmo económico de la vida nicaragüense. Hablando de este Tercer Frente, desinforma Bohemia: "Simultáneamente, en la lejana provincia de León, al Norte de Managua, cerca de Jinotega, el terrateniente Hernán Argüello Argüello, se "enmontañó" con quinientos partidarios suyos, abriendo así, un nuevo frente de combate contra las fuerzas somocistas". Y continúa el reportaje: "Los soldados de Hernán Argüello van armados con toda clase de armas, desde antiguas escopetas de perdigones, hasta modernos rifles, pero en su mayoría solo tienen un arma corta a la cintura, y "cutachas", especie de machetes, y los llamados "cola de gallo", otros machetes Collins, muy populares en el campo nicaragüense".

Dentro del cuerpo de este mismo reportaje, en papel membretado del MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO NICARAGÜENSE, aparece una especie de mensaje autográfico en el que el Dr. Enrique Lacayo Farfán escribe: "A través de la prestigiosa Revista "Bohemia", un saludo fraternal para el Pueblo Cubano y para todos los Pueblos Libres de América, cuya decidida cooperación moral y material, espera la Revolución Nicaragüense, encaminada a destruir una de las más oprobiosas tiranías del continente y encauzar a Nicaragua dentro del proceso de efectiva democratización de nuestro continente. ENRIQUE LACAYO FARFAN". Es de suponer que la influencia de Fidel

Castro entre los partidos y gobiernos de esos años, fue determinante para que esa mentirosa y pretendida ayuda de que habló la revista Bohemia, no sólo no llegara, sino que jamás fuera ofrecida formalmente.

Mientras tanto, los que acompañábamos a Pedro Joaquín, íbamos un poco a la deriva, esta vez sin ninguna clase de vaqueanos ni siquiera alguno de los que se habían juntado a nosotros al desembarcar en Mollejones. Estábamos pues, más solos todavía, bajo la renovada persecución de la Guardia, clavando las miradas un poco nostálgicas, interrogadoras, sobre las azules montañas chontaleñas que se tornaban brumosas y opacas al primer aguacero de la tarde.

"El mismo Somoza --refiere el teniente Gastón Quintana--, había dado la orden al Comandante Guillén alertando a las patrullas que venían tras de nosotros. Dice Gastón Quintana: "Estando yo en la contada de los rifles y cinturones de los que se habían rendido, como a las 13:00 horas del día sábado trece, oí al Mayor Guillén que hablaba por el aerotrón con el señor Jefe Director, y éste le ordenó que enviara una fuerte patrulla para Santo Tomás y los llanos de Mollejones, porque se tenían informes que por esos lados merodeaban los invasores. Cuando terminó de hablar, el Comandante Guillén se dirigió hacia mí, diciéndome: "Quintana, alístese, tome treinta hombres del pelotón del teniente Pavón, y con el sub-teniente Espinosa bajo sus órdenes, proceda a darle cumplimiento a la misión siguiente: Diríjase de aquí a Santo Domingo

a pie. En Santo Domingo tomará transporte para que lo lleve a Santo Tomás, en donde se presentará al mayor Torres para que le dé más información y colabore con él, para localizar, perseguir, hacer que se rindan o entrar en combate si el enemigo los fuerza a ello".

Por supuesto que la jornada del día anterior, de marcha forzada nocturna y sin fin --como uno la siente cuando se va sin el chan y sin el objetivo definido-- aproximadamente de veinticuatro horas, más la que ahora emprendíamos desde Fruta de Pan, luego de que los cuarenta y cinco tomaron la decisión de negociar su rendición, a la postre resultó un verdadero infierno, que sólo fue mitigado por dos o tres ranchos campesinos, especialmente uno de ellos, en donde María Efigenia, una maravillosa mujer, aparentemente de unos cuarenta años --montaña adentro las mujeres aparentan más edad que la que realmente tienen--, muy hermosa, llena de vitalidad y de frescura, con las trenzas que se le desparramaban por la espalda, cocinó para nosotros, una sopa de frijoles con huevos y unas enormes tortillas acabadas de sacar del comal como bastimento, tan rica que en ningún lado he podido volver a probar una sopa de frijoles de ese calibre.

En la casa de esa mujer dormimos la primera noche, después de seguir adelante. La encontramos sola con tres niños. Pensamos que el marido andaba huyendo o estaba escondido, como una lógica reacción a la investigación y los problemas que el temor a la Guardia había desatado en la montaña. Muy en la madrugada, dejamos la casa amiga, le entregamos algunos córdobas a María Efigenia y

seguimos nuestro camino, de la misma manera que habíamos llegado a su casa, a punta de brújula y señalando el horizonte.

No estoy seguro, pero creo que fue en la casa de esta mujer, en donde nos facilitaron una botella de kerosine, y para paliar los efectos de la montaña, me tocó frotar las espaldas de Pedro Joaquín, Luis y Reinaldo, que como señalé antes, por lo menos dos de ellos venían con una tos de perro.

Recuerda Pedro Joaquín, en "El Diario de un Preso", edición No. 11 de la Revista Conservadora de agosto de 1961: "La zona en que nos tocó operar era mala. No había lugares de montaña alta al comienzo que prestaran seguridad para una guerrilla".

Esto a que hace referencia Pedro Joaquín ya lo había previsto Luis al cambiarse los planes del sitio del desembarco en suelo nicaragüense.

La patrulla comandada por el teniente René Zelaya Paz, también fue instruida por el Jefe de Operaciones de la Guardia, para redoblar la persecución de quienes no se habían rendido. "El Mayor Guillén me ordenó que saliera en persecución de una parte de la gente que no había querido entregarse, y que iba al mando de Pedro Joaquín Chamorro --informa el Tnte. Zelaya Paz--. Procedí a ello, y como a una media legua de la hacienda Fruta de Pan, descubrí una picada hecha recientemente. Penetré a ella, como a unas cincuenta

varas de la trocha real, encontré un montón de armas consistentes en tres ametralladoras M-3, una ametralladora Johnson y cuatro rifles Garand con abundante parque". Estas fueron las armas que todavía ilusoriamente veníamos cargando, por aquello de que en el camino pudiésemos encontrarnos algunos voluntarios. En realidad, ya no era tiempo de voluntarios sino de temor, y de campesinas generosas como la que nos había sentado a su mesa cuando todo mundo huía de nosotros.

A esta altura del relato, me resulta bastante difícil recordar lo que pudieron ser las últimas dos o tres jornadas que en busca del cruce de la Carretera al Atlántico para el lado de la frontera Sur, fuimos a dar con Banadí.

Y continúa el teniente Gastón Quintana: "Una vez llegado a Santo Tomás, me presenté al mayor Torres, quien me dijo no tener información precisa de donde se encontraba el enemigo, pero que mi llegada estaba muy bien porque lo reforzaba. Para esa noche, tuve la misión de poner emboscadas, junto con el teniente Espinosa en los caminos que tienen salida hacia la carretera que va a Managua. Pero, como a las diez de la mañana del día siguiente, oí sonar el teléfono y habló el mayor Torres. Cuando terminó, se fue donde mí diciéndome: "Mirá Quintana, te había dicho que descansarás con tu tropa hoy en el día, pero ¿estás listo?" "Si, señor", le contesté. Entonces, me dijo: "Allí tenés un camión al frente. Andate con tus hombres y el teniente Espinosa a San Pedro de

Lóvago. Allí está el capitán Buitrago con un prisionero de los invasores, y ya como dicho señor no ha dado información precisa por donde pueden estar, trata de hablar con él, y luego procede a seguir al enemigo para capturarlos y a darles combate".

El último rancho en donde estuvimos, nos encontramos a un muchacho que nos serviría de guía para cruzar la carretera y buscar la salida a la frontera con Costa Rica. Después de caminar toda la noche, desde la tarde hasta la madrugada, llegamos a una montañita, más o menos en el centro de una zona medio bosque, medio llano, a lo que los campesinos llaman "burra de monte", decidimos detener la marcha, examinar un poco la situación y descansar para atemperar el ánimo y refrescar nuestro estado físico.

Para sorpresa nuestra nos despertó el mugido de las vacas y el ruido de algunas carretas que pasaron muy cerca de nosotros, sin percatarse de nuestra presencia. Estábamos hambrientos y confundidos. Alguien propuso salir de dos en dos o de tres en tres buscando como burlar la permanente búsqueda de las patrullas y la vigilancia de las avionetas. Pero luego de hacer algunas consideraciones sobre el sitio en el que habíamos dormido unas horas, se decidió mandar a Antonio Granera Miranda, tenido como un muchacho listo y valiente, a echar un vistazo por el poblado que teníamos cerca para ver como andaban las cosas, mientras se reflexionaba sobre alguna salida más o

menos razonable. A este mismo joven se le encargó traer algunas provisiones y cigarrillos.

Grancrita no regresó, porque fue capturado por la Guardia al mando del capitán Benjamín "Punche Relleno" Buitrago, quien había sido transferido a San Pedro de Lóvago para colaborar en la atención de esta emergencia.

Recuerda el teniente Gastón Quintana: "Me presenté al capitán Buitrago y le dije: Mi Capitán, vengo con instrucciones del mayor Torres, para tratar de informarme, por dónde más o menos, anda el enemigo, así es que si usted tuviera alguna información o me permite hablar con el prisionero para dar cumplimiento a la misión encomendada, a lo que dicho oficial me dijo: "Espérese, teniente". Al rato de esperar y de observar que pasaba el tiempo y no se me daba la información, le dije al capitán, que si no me la daba, me tendría que ir a buscar al enemigo solamente con el indicio que se tenía, cuando el prisionero refirió que los había dejado en las serranías de la hacienda Banadí".

Hasta que nos capturaron nos dimos cuenta que prácticamente nos encontrábamos en el sector de Banadí, a la orilla de San Pedro de Lóvago.

Creo que cuando se aparecieron las patrullas de los oficiales Quintana y Espinoza, ya habíamos decidido lo que teníamos que hacer. Nos dividiríamos en grupos de dos o tres, a la mejor conveniencia de quienes los integrarían. Sería una escogencia mutua. Sin embargo, no habíamos

llegado todavía a la formación de estos grupos, cuando en la pendiente de un cerro, escuchamos desde diferentes puntos, los nutridos y amenazantes gritos de la Guardia. Todavía no aparecían, pero sabíamos que estaban allí, muy cerca de nosotros, porque los escuchábamos con claridad meridiana.

Sobre el operativo montado por la Guardia para lograr nuestra captura, el teniente Gastón Quintana recuerda: "Di órdenes al chan que buscara la manera más rápida de juntar mi columna con la del teniente Espinosa, cosa que logré cuando ya estábamos frente a los cerros de Banadí. Allí nos informó un campesino que iba de paso, que él había tenido noticias de que los invasores se encontraban en una burra de monte, detrás de un cerro chato que teníamos en frente. Entonces le dije al teniente Carlos Espinosa: "Usted tome estos quince hombres y váyase por el flanco izquierdo del cerro, ponga a su gente en línea y si hay disparos continúe disparando hacia el frente en línea, pero si no hay disparos, entonces usted flanquea la burra de monte. Cogí a dos cabos y les di a diez hombres, pero con mayor volumen de fuego puesto que les doté de una ametralladora Browning y les dije: Hagan lo mismo que he ordenado al teniente Espinosa, yéndose por el flanco derecho y obsérvenme a mí. Yo voy a ir con los otros quince hombres a partir el cerro en dos, y al llegar a la cresta militar, me colocaré en línea para caerle a la burra de monte".

En el aparente silencio de nuestro escondite, nosotros estábamos esperando a Granerita que no regresaba, y comenzamos a pensar que a lo mejor

había sido capturado. Permanecíamos hablando en voz muy baja, esperando la noche para continuar a rumbo de brújula en una dirección indefinida. Estábamos preocupados, pero aparentemente confiados acostados sobre las manchas de zacate gris y verdoso. Algunos limpiábamos nuestros fusiles. Los teníamos con nosotros y creo que los quedábamos viendo y nos hacíamos sobre ellos una serie de preguntas. Ni acerca de las mías propias puedo precisar exactamente cuáles fueron. Creo que alguna vez pensé que para algo debería servir el tal fusil en el cruce hacia la frontera. Más o menos en esta situación nos encontrábamos, cuando se escuchó el tropel de ganado y luego vimos a unas tantas reses que huían espantadas de algo. Casi inmediatamente después, alguien lanzó un fuerte grito de alerta: "¡Ahí viene la Guardia! Tomamos nuestros armas y todos nos tiramos al suelo desordenadamente. Nadie dio la orden de nada. Teníamos la seguridad que si disparaban tendríamos que contestar el fuego. De esto no cabía duda.

Y continúa el teniente Quintana: "Cuando oí el grito de "Ahí viene la Guardia", de inmediato hice la señal indicada para que la tropa del teniente Espinosa, la de los dos cabos y la mía, quedaran tendidas y en posición para hacer fuego. Escuché movimiento entre la burra de monte y voces. Les grité de la siguiente manera: "Oíd los invasores. Les habla el teniente Quintana, comandante de la patrulla, ríndanse en nombre de la Guardia Nacional". Y mientras yo gritaba, oí ruido de armas. Comprendiendo que la única forma de dar cumplimiento a las instrucciones dadas por la

superioridad para efectuar la captura, y que estos señores habían expresado su deseo de no rendirse, y no había ninguna señal colocada que indicara que lo iban a hacer, me adelanté hasta quedar como a unos treinta metros de ellos, y nuevamente volví a gritarles: "Ríndanse, salgan con las manos en alto, suelten las armas".

A este segundo llamado, nos quedamos viendo unos a otros. En verdad, estábamos rodeados a tiro de fusil, y en condiciones deprimentes, no sólo físicamente sino que en armas y en inferioridad numérica. Sencillamente no había nada que hacer. Ni siquiera teníamos la certeza que le pudiéramos hacer una sola baja a las patrullas de Quintana, tal era la posición en la que estábamos colocados dentro de la burra de monte. Ante la evidencia de la verdad, decidimos soltar las armas y salir con los brazos en altos, como lo gritaban las voces de todos los guardias en los diferentes ángulos frente a la burra de monte.

Apenas salimos al claro del llano, recibimos una serie de amenazas y ofensas de parte de los alistados y el oficial Espinosa. "¿Y para qué vamos a llevar a estos pendejos? ¡Démosles agua aquí nomás!", decían y otras frases como éstas. Sin embargo, no eran todos. El teniente Quintana llamó al orden a Espinosa, a fin de que él y su patrulla, dejarán de seguimos amenazando.

Sin embargo, pensé que todo esto era puro teatro y que en el trayecto de Banadí a San Pedro de Lóvago, algo podía ocurrirnos. Cuando salí de la

burra de monte, como fue hecho con todos, un guardia me palpó de pies a cabeza, pensando que pudiéramos esconder algo. Luego me empujó con la punta del rifle. Debo confesar, que durante los primeros quinientos metros que caminamos en fila india y en medio del camino, flanqueados por las patrullas del teniente Gastón Quintana, sentía los pies como amarrados a un fardo de plomo y una indescriptible y extraña sensación, hormigueaba en mi espina dorsal.

Para mí, ese fue el epílogo de Olama y Mollejones. Todo lo que siguió después: Junta Militar de Investigación, cárcel en la Presidencial y en la Aviación, y otros deprimentes hechos ligados a estos sucesos, son narrados por Pedro Joaquín en muchos de sus escritos.

De este fracaso, otros nicaragüenses y quizás nosotros mismos, hayamos aprendido lecciones muy duras. De algo sí pueden sentirse satisfechos quienes se enrolaron en la gesta de Olama y Mollejones, porque como dijo Pedro Joaquín Chamorro: "Fuimos los únicos que cumplimos.

Managua domingo 17 de mayo de 1992.

PERRA SUERTE

LA DEL REY

**UN CUENTO SOBRE EL
MISMO TEMA**

Cuando abrió los ojos al mundo, el providencial vástago del loteriero y Rey de la Suerte, Jeremías de los Angeles Polanco, su mujer, María Providencia, que ya no esperaba milagros de vientre, pensó que este era un mensaje del más allá que no podía pasar desapercibido. Este episodio marcó el destino de la familia, que caviló meses enteros sin entender el controvertido alboroto genético que se manifestó con el nacimiento del muchacho, que no fue otra cosa que una pelota de gelatina con ojos, achatada en la cabeza, y cuatro hilachas de carne por miembros que hicieron sentir a María Providencia la mujer más desdichada de la tierra.

--No te preocupes, mujer --dijo su amigo el pastor--. Yo conocí a una hermana en la fe, más vieja que tú y mucho más que tu marido, que a la hora de parir el hijo le salió un lagarto y con el tiempo y el amor maternal se fue componiendo, aunque todo el vecindario quería mearse en el niño por suponer que podía ser hijo del diablo.

El increíble afecto que en Jeremías y María Providencia despertara la extemporánea cigüeña, y convencidos que deberían cargar con la cruz que les había labrado el destino, cambiaron de pueblo y

llevaron al bautisterio el futuro nebuloso de la familia que comenzaba a arrastrarse por toda la casa, entre gallinas y cerdos, más los perros flacos regalados por un perrero del mercado para cuidar al niño de los chavalos del vecindario.

Presentación le llamaron, y aunque zonzo como una tortuga desovando y tembloroso como pelícano tierno, con los años se fue incorporando. En este período de observación paternal y de alentadoras mutaciones para las expectativas de vida de Presentación, las hilachas de los miembros superiores se transformaron en deditos prensiles y juguetones, los huesos de la mollera se volvieron duros y menos sensibles al peligro, de tal forma que cuando llegó el día en que el niño dijo: "¡Mama puta! ¡Papa cochón!", usuales expresiones de amor con las que vivía jugando el padre, mientras lanzaba al niño sobre los hombros con intenciones de sacarle un grito, para convencerse que Presentación no sería mudo, en menos de lo que un gallo canta decidieron cambiar de pueblo, montaron un burro que servía unas veces de Rocinante y otras de aguadora, y bajo la percepción de que estaban abrazados al futuro que habían venido soñando, arrendaron la bestia y buscaron rumbo a Jinotepe.

--¡Ahora sí, jodido! ¡Ya tengo por quien vivir!, alardeaba el Rey de la Suerte pensando en Presentación.

Esta actitud ante el futuro le hizo cambiar de vida. Si antes había sido un alcohólico insaciable, ahora su corazón y su mente eran como un remanso

de dicha para pensar positivamente. En algún libro había leído: "Si el hombre quiere cambiar, el hombre cambia", y "Todas la cosas vienen de adentro". Se confortaba con la extraña sensación del nuevo afán de vida que estaba saturado su espíritu con la presencia de Presentación. Ahora sí se sentía el Rey de la Suerte y no como antes, allá en Puerto Sandino, en donde se lo decían de burla, después que en la Feria del Pueblo le descerrajaron un tiro en la cara, el día en que un avisado pescador le descubrió el truco de las bolitas.

A instancias del padre Felipe del Calvario Vigil y Bobadilla, padrino del muchacho, y de los mordiscos de Presentación en los muslos del cura cada vez que se hablaba delante del niño del tercer ojo que a papacito le habían abierto en la frente, fue que decidió dar un paso adelante en el camino de la decencia: vendió el toro rabón, rompió las barajas de su mujer, despedazó la rueda de la fortuna en la que aparecían el diablo, la muerte quirina, el presidente ladrón, el catrín sin un peso en el bolsillo, el juez sinvergüenza y los dados cargados que saltaban a la mesa cuando las apuestas eran importantes y los apostadores estaban borrachos. Buscó a Don Silviano, consiguió el puesto de lotería y comenzó a vender la suerte, a seducir con su pregón de buhonero y promotor de juegos de azar. Y era casi de ley, que jamás faltaba alrededor del puesto, algún grupo de vagos dispuestos a chismear un poco y escuchar los mullidos cuentos que con frecuencia y disimulo hacían escapar vientos al gordo y rubicundo preceptor del Instituto Nacional de Varones cuando se reventaba de la risa.

Alardeaba el Rey de la Suerte que la nueva vida y la articulación de los primeros vocablos de Presentación, eran signos de buena ventura, porque había comenzado con cuarenta mugres billetes de lotería, y ahí mismo, al tercer sorteo, vendió el Premio Gordo con el que cogió la fama que había pasado a la historia. Fue tanto su desequilibrado entusiasmo de Rey y tan negativas las consecuencias del apodo, que traicionado por el subconsciente, volvió a los tiempos de taur y de brujo, y además de la lotería, vendió libros de magia negra y blanca, oraciones del puro, del gato negro, filtros de amor y toda suerte de santerías con lo que los clientes bobos sentían que estaban resolviendo los problemas. Un día de tantos, el Rey de la Suerte escuchó que a las Fiestas del Patrón del pueblo llegaría el general Satanasio Samocha, héroe del Combate del Guachapeado, efeméride memorable de la recién historia patria, y a la famosa esquina de la suerte llevó a Presentación, lo sentó en un banco de tres patas con el rollo de billetes en la mano y esperó la afortunada hora en que el nuevo General de División, a quienes los paisanos habían preparado recibimiento de procónsul romano, embanderillando la estación del ferrocarril, simulando arcos triunfales hechos de palmas de coco, pintarrajeando preciosas adolescentes y lanzando rosas y flores de sacuanjoche en las calles en donde se luciría la arrogancia del Pacificador de las Segovias, acompañado del numeroso acompañamiento del Alcalde.

Fue un día inolvidable para la computadora pavloviana de Presentación, que desde aquel

venturoso día no acarició otro sueño que no fuera el de llegar algún día a pertenecer al grupo de los hombres del Hombre: a la banda militar con los chinchines relucientes, los vistosos uniformes colorados y azules, las botas blancas mediacañas que habían sustituido los caites que aún usaban los chicheros de antaño en los actos patrióticos, a los cadetes de la primera escuela militar fundada por el adelantado de la filosofía del "hombre nuevo" que ya comenzaba a perfilarse, con los fusiles bien aceitados, los kepís blancos y los uniformes del mismo color, las charreteras azules, el cinturón de seda roja con ribetes negros de terciopelo en los puños de las chaquetas y los lados de los pantalones, o quizás más aún, al grupo de privilegiados que tenía el laborioso cuidado del caballo del Presidente Samocha, al que limpiaban el sudor, daban de comer confites y colocaban en la nariz partículas de pimienta en polvo para que resoplara, se encabritara, ofreciera la estampa de un Pegaso árabe de pura estirpe, golpeando el suelo con los cascos, sacudiendo la cola, escurriendo la baba, a fin de que el Héroe de la Mojarra luciera más general, más jinete, más salvador del pueblo, más mesiánico y casi como llegado de otros mundos.

Los vivos, la música de toros, el espectáculo maravilloso de su llegada en tren y de su breve paso junto al toldo mágico del Rey de la Suerte, fue definitivamente lo que cambió el destino de Presentación.

--!Viva el general Satanasio Samocha!
--gritó Jeremías Polanco al paso del héroe.

Lo había hecho casi impulsado por el habitual y programado pregón de loteriero.

El Héroe del Guachapeado tiró del freno de la bestia, y clavándole las espuelas la hizo emitir un relincho que se convirtió en prelude de un bailoteo que obligó a vítores y aplausos del pueblo y a la estudiada y genuflexiva aprobación del jinete. Quedó viendo con ojos penetrantes al loteriero convertido en un tonel de felicidad. De pronto, vio como éste tomó a Presentación por los sobacos y lo suspendió en el aire.

--!Es suyo, jefe! !Se lo doy para que lo haga hombre! !Con Satanasio Samocha no hay quien se pierda, jodido!--. Y volviendo a berrear con todas las fuerzas del entusiasmo, agregó: --!Viva el general Satanasio Samocha, hijos de puta!.

Pasaron los meses y Presentación quedó escuchando el chinchin de la fanfarria, el acompasado presenten armas del cuerpo de cadetes, que en el fondo del alma, le habían parecido como soldados de conmemoración del Nacimiento de Jesús que para Navidad exhibía el cura en la iglesia. Fue tan determinante aquel golpe psicológico del recibimiento sumado al estruendoso ofrecimiento de don Jeremías, que desde aquella manifestación de fe política e inesperada entrega populachera del futuro, Presentación Polanco se sintió compulsado por un deseo militarista, por el envolvente delirio de fusiles y de paradas, de uniformes kakis y bandas de guerra, que comenzó a soñar a todas horas con llegar a ser algún día, algo así como el émulo de Samocha. Y al fin llegó la oportunidad:

--!Andate, hijo de puta! !Andate ya que la ocasión es calva y sólo llega una vez!

Se lo susurró al oído. Lo musitó con dulzura, acariciándole los hombros, alisándole el entorchado cabello que le venía de un pariente negro, pero que doña María Providencia lo endilgaba a los mejunges y vitaminas con los que hubo atiborrado a Presentación.

--!Ve, hijito lindo. Leé bien este telegrama. Es tu futuro. Es tu triunfo. Es tu vida. El orgullo de tu padre y la dicha de tu mamá que soy yo. Veme bien a los ojos mi muchachito --señaló María Providencia, tensa, jadeante y atorozonada por un inexpécífico lloriqueo que se deshacía en la panza de don Jeremías--. !Prométeme, jodido, que te vas a enganchar con el general Samocha aunque sólo para darle agua a su caballo!.

Y Presentación se fue a la capital en el mismo tren en que había llegado su protector. Comenzó de mandadero en las diferentes compañías de la Comandancia General. Cuando no se le veía en el Regimiento de Infantería haciéndole demostraciones de yoga al coronel Chapón parándose de cabeza, desabrochándose el cinturón con la hebilla en la espalda, mientras metía la cabeza entre los muslos y estiraba la lengua al otro lado como si fuera culebra, o haciendo algo que llamaba el nahúlico: un batido de vientre que en ocasiones lo hacía vomitar el almuerzo--. Se le podía localizar en la cuadra del general Justiniano Meneses, gran amigo del Embajador Escaut, a quien

los guerrilleros castristas antes de la toma del gobierno le habían colgado un cadáver en el jardín de la embajada con el ánimo de asustarlo, y con quien el general intercambiaba literatura pornográfica traída de Holanda y de París.

--Esta que vez aquí junto a este marica es la sexapilosa. Me acosté con ella un par de veces y es más brincona que la yegua que parió el caballo del Jefe. Imagínate tú, ella y yo juntos, solitos, en una buhardilla junto al Sena cuando me escapaba de la Ecole Saint-Cyr. ¿Sabías, tú?

--¿Sí?

--La Ecole Saint-Cyr fue de donde estudió mi querido general Zelaya, El Constructor, el cojonudo que estrenó las famosas ametralladoras de disco en Namasigüe.

"¿Y ves esta puta? Esta si que tenía tetas -- agregaba sacando la otra fotografía--. A la bárbara esa le decían la Holstein" recordaba a Meneses, mientras mordía la punta del puro, escupía por encima del hombro descolgado en la hamaca de campaña, y se burlaba de él, viéndole salir a todo prisa, urgido por sus impulsos eróticos a escurrirse por debajo de la muralla en donde los guardias habían hecho un hueco de escape hacia el burdel de la Jelepata y otros del vecindario. Casi analfabeto, pues cuando lo metieron a la escuela ya tenía el cerebro hecho piedra, y como loro viejo no aprende, por puro instinto fue desarrollando sus habilidades dentro de la disciplina castrense, aprendiendo los siete juegos del garrote, y modelando su alma y sus

intenciones hasta estar listo para dar el salto adelante.

La oportunidad de nuevo le había venido al pelo. En las montañas del norte de Nicaragua, el general César Calderón Sardiñas, al mando de un grupo de hombres dio un golpe en las instalaciones de la Eagle Tender Corporation, se llevó el oro de la mina y lanzó un comunicado en el que exponía las intenciones de su agrupación guerrillera en contra de la intervención americana.

La insurrección jefcada por Sardiñas llegó a tal grado, que fue necesario recurrir a la fuerza militar que encabezaba Samocha para imponer la ley y retomar al orden en la atribulada República. Montado como siempre, sobre el caballo blanco del desfile, se apareció el General a pasar revista en las instalaciones militares bajo su mando. Enfilado en el Cuerpo de Artillería y Blindados, más tieso que firme, con el cabello chirizo lleno de la grasa de los camiones, dentro del "over-all" de los mecánicos y con el rostro rígido, de pájaro, inexpresivamente maduro por el oficio militar, el cabo Polanco Presentación G.N., lucía como un verdadero prospecto de bruto que llamó la atención del General.

--¿Cómo se llama ese hombre, teniente Torres?--preguntó a su ayudante--.

--Cabo Polanco Presentación G.N., es recomendado suyo, señor.

--Transfiéralo como mi chofer a la Secretaría de la Comandancia y lo hace subir mañana a mi despacho.

Durante los meses siguientes, la estrella ascendente del sargento Polanco Presentación G.N., le situó en posición y con atribuciones completamente distintas a las que había desempeñado en el cuerpo de mecánicos del Regimiento de Blindados. Se le veía atareado y sonriente en las oficinas y los salones de la Casa Presidencial, estrenando uniforme, majito y de botas relucientes, yendo y viniendo con cartas, paquetes, encomiendas, recomendaciones, sugerencias, chismes, hombres de negocio y toda clase de asuntoso en las calles de Managua, conduciendo la limosina del Presidente, bajando y subiendo la Loma de Tiscapa, al estilo del poder político a toda velocidad, con la flamante pitoreta aullante pidiendo vía libre, obligando a tirarse a un lado a los viejos coches de caballos que formaban el noventa por ciento del transporte urbano, y en lo que los soldados de ocupación con sus novias nicaragüenses o sus princesas de burdel, se divertían poderosos, felices, despreocupados en el seno de una Nicaragua estructuralmente tranquila y provinciana.

Todo mundo conocía y apreciaba al estimado y elegante chofer del Presidente, teniente Presentación Polanco, que con el tiempo y las delicadas funciones de hombre de confianza, de valeroso, de huevón, de Tarzán, de Hombre-Araña, de confidente, de donde pone el ojo pone la bala, de Don Juan, de odiado por muchos esposos y perseguido por gran número de mujeres de todas las condiciones, se vio convertido en el puente de casi todas las aventuras femeninas del Jefe, o en la puerta de entrada de más de una dama de copete.

Una mañana de tantas, el Presidente Samocha se llevó mayúscula sorpresa. Entre los mensajes confidenciales que sobre asuntos de faldas había recibido presentación, le había llegado un anónimo en inglés: "Usted no es Presidente ni es ni mierda. La próxima vez que se acueste con mi mujer, le voy a pegar un tiro y le voy a cortar los huevos. El Coronel".

Con carácter de urgencia llamó al capitán Polanco Presentación G.N., a su despacho y le increpó severamente.

--¿Capitán?

--Sí, señor Presidente.

--Desde ahora en adelante todo papelito o papelote que le sea entregado personalmente, aunque venga escrito en inglés, le ordeno leerlo.

--!Señor!

--!Haga el favor de leerlo!

--!Quiero decirle, general!...

--No me diga nada. Simplemente léalo, y mientras lo hace, pase a la zorra que se lo haya dado a la Oficina de Ordenanzas.

¿Sabe usted lo que le han hecho?

--!No, señor Presidente!

--!Una de esas putas le coló este mensaje y usted me lo trajo a mí! !Léalo!

--Señor, no se leer inglés. !Con el trabajo de los blindados se me olvidó todo el que sabía.

--Se lo leeré yo, y mientras recuerda lo que aprendió en la escuela de burros, si es como le dijo a mi asistente aprobó el curso de machería, búsquese a cualquier mortal que machaque el idioma y le haga recordar lo que olvidó, para que

pueda volver al puesto. Eso sí, con cuidadito para que no le metan otra bola mala --aclaró el Presidente que era aficionado al juego de pelota. Aquella amarga y embarazosa experiencia volvió cauteloso y desconfiado a Presentación, obligándole a desarrollar un instintivo olfato de perro policía, que años más tarde le convirtió en el hombre más útil y más estratégico para Samocha, pues cuando el famoso guerrillero César Calderón Sardiñas se convirtió en el hombre más temido y más buscado de las patrullas del Cuerpo de Marina Americana, y fue necesario estructurar el plan para acabar al bandido, el mayor Polanco Presentación G. N., fue la pieza vital para el éxito de la conjura.

A veinticinco años de aquel maldito suceso, el infortunado instrumento del crimen, Teniente Coronel Polanco Presentación G. N., apenas podía recordar con dolor las frases bíblicas de su amo, porque para su fidelidad de perro viejo, el difunto ex-presidente Satanasio Samocha era la verdad, era la Biblia: "Acordate, Presentación, que los generales no mueren en sus camas". Y a cada minuto se le asomaba en un turbulento oleaje de conciencia el instante del crimen, que era como una película de terror que le mantenía anegado bajo el influjo de las drogas y el aguardiente.

Bajo el peso del delirio de persecución y el complejo de culpa, había desarrollado un reumatismo articular de origen psíquico, y cuando le llegó la noticia de que al inmortal presidente Satanasio Samocha --padre suyo, protector suyo, su constructor, su ángel--, le habían hecho saltar de un

bombazo en el sillón de una peluquería, se lleno de terror y anegado en llanto exclamó: "¡Tenía razón el hombre. Los generales no mueren en sus camas!" Y se le incrementó el pavoroso terror que le estaba horadando el alma.

Su dudosa concepción frente a la realidad de la muerte, le hacían retrotraer otras experiencias de políticos y militares de las cuales tenía conocimiento que experimentaron problemas de conciencia.

"¿Cuándo ha oído decir usted que los perros mueren de cancer? ¡Los perros mueren de rabia!", solía sentenciar el capellán del Primer Regimiento de Caballería, hombre hablantín, satírico, especialista en caballería militar, quien con cierta solapada aprobación de Samocha, se burlaba de los viejos coroneles y generales, y a los que el dictador amenazaba con sustituirlos con caballos árabes o importados de Andalucía.

Desde la tarde del bombazo en la peluquería, los recuerdos, las vivencias, el chirriar de los frenos frente a la prisión de "El Hormiguero", volvieron a revolverse con precisión demoníaca dentro de su espacio mental de golpe, atropellándose unas experiencias con las otras. Fue algo como si de repente se le ocurriese poner en orden todos los datos en el archivo de la memoria. Deambulaba por los rincones de la ruinosa casona adquirida después del terremoto y en la que concientemente se había aislado para tener una muerte tranquila. Arrastraba los pies y cuando pensaba en sus días de soldado imperial, hacía un esfuerzo para no putearse a sí

mismo, babeándose y escupiendo por todos lados abrazado al determinante derrame que lo había dejado baldado. Suponía que no había sido del todo malo ni del todo bueno para nadie, incluyendo en la lista al malagradecido de su compadre Satanasio Samocha. "Por ese diablo hijo de puta a quien le había entregado el alma, estaba reducido a escombros sin que le hubiese hecho millonario como ocurrió con Feliciano Sánchez, Ministro de Fomento y Obras Públicas, de quien decían había dicho --refiriéndose a Samocha--, que bien valía la pena deslizarle una buena dosis de estricnina". "Y claro. Hizo millonarios a muchos más que ni lo merecían", lo secundaba su mujer.

Entre las fechorías que podía recordar con ansiedad, había una que le producía risa y que había sido para el Teniente Coronel Presentación Polanco G.N., Director de la Penitenciaría de la Aviación, algo así como una venganza de clase, o como el primitivo sentimiento con el que deberían ser tratados los enemigos de Samocha. La idea de la pretendida fuga de prisioneros políticos la concibió Presentación en una casa de putas, cuando dispuso hacer la vida imposible a los insurgentes de Olama y Mollejones que había jefcado el periodista Pedro Joaquín Chamorro.

La ejecución del plan comenzó un día antes de la Gritería de la Purísima, fiesta religiosa-folklórica que es tradición nicaragüense. De tal manera que a las dos de la madrugada se escucharon los primeros gritos amenazantes y sonaron los consecuentes golpes de culata en el galerón de los

comunistas. El Gorila Ramón, como le llamaban de sobre nombre al sargento gordo con cara de chanco, soltó dos ráfagas de metralla sobre el techo de las celdas de los peligrosos en donde estaba Chamorro y su gente: los jefes de la Quinta Columna, de la José Dolores Estrada, en donde soñaba su presidentitis aguda el Comandante Pie de Amigo --al que montaron sobre un burro para que no se le destrozaran los pies de señorito con los que pretendía cubrir la marcha del triunfo--, e impulsados por el mecanismo del berrido de los que no piensan, comenzaron a vociferar los otros de la patrulla, a llenar de mierda la barriga de los prisioneros, a ponerles cuernos a sus pobres padres, y corriendo por todos lados, haciendo sonar sus fusiles, sus clavos, sus botas al filo de la madrugada, insistían: "¡A ver jodido! ¿Quiénes son los cabrones que quieren fugarse? ¿Dónde están? ¡Qué saquen la cara!"

--"¡Cámbienlos de celda, jodido! ¡Pero ya!
--ordenó el sargento Cara de Chanco desde la entrada de la galera-- ¡Vamos, rápido! ¡Hagan correr a estos mierdas!"

--"¡Y denles cuatro patadas en el culo!", recordaba el ruinoso Polanco la orden dada por el omnipotente Presentación.

Y comenzaron las carreras a lo largo del corredor de la galera de los comunistas --así calificaba Samocha a los enemigos de su gobierno,-- y los de la celda uno entraban a la cinco, y los de la cinco a la tres, y los de la tres a la dos, y así sucesivamente entre un huracán de protestas,

temores, risitas nerviosas, pedos sonados con la boca y carcajadas que se confundían con la pretendida ira de los militares y la ruidosa avalancha de cachivaches: botellas, porras, cocinillas, máquinas de afeitar, platos, cucharas, escobas y toda suerte de utensilios por los que el sargento Cara de Chanco había cobrado un peaje.

--"!Vamos, hijos de puta! !Qué clase de guerrilleros son éstos que querían tirar del poder a mi general Samocha! !Ah, pendejos". Y tenía presente que aquel burumbumbum de gritos y amenazas no paraba hasta que la borrachera se iba diluyendo, le sobrevenía el riguroso cansancio y se retiraba a roncar la mona en la Sala de Guardia, bajo el ojo vigilante y fatal del sargento Cara de Chanco y de un pastor alemán que se echaba al pie del catre a la orilla de la cabecera.

Antes de la primera incursión para castigar y advertir sobre cualquier intento de fuga masiva, el Teniente Coronel Polanco Presentación G.N., con actitud paternal, sin tragos y bajo la reconfortante esperanza de una mirada amistosa, se acercó a las celdas y comenzó su prédica de hombre de bien, de pundonoroso militar de mil batallas, de soldado al que la historia tendría que reconocerle y relatar sus hechos. Enrollándose el pantalón dejaba al descubierto una depresión en la rodilla derecha. "Esta fue la bala de un sardiñista --afirmaba--. Me la hicieron cuando los combatí en las montañas de Wiwilí. !Esa sí fue guerra! !Para luchar se necesitaban cojones! !En ese tiempo esas montañas sí que eran montañas! Estaban llenas de tobobas, de

terciopelos, de arañas que parecían tortugas y de cascabeles que sonaban como orquestas cuando agitaban los chischiles. Hubo que andar descalzo y a lomo de mula. ¡Los guarditas de hoy cogen los mangos bajos, no se joden, parecen aprendices de maricones! Recuerdo cierta vez en un patrullaje persiguiendo al yanki desde Jinotega a Wiwili, no dormimos una semana y teníamos tanta hambre que comimos culebras".

Y pasaba horas enteras contando historietas inventadas que ahora podía confrontar con su realidad.

--"No soy general ni soy ni mierda", se quejaba en el ostracismo de su retiro mortuario. "Nunca peleé contra nadie más que contra las putas y el guaro". Y reía. Hasta hubiera querido volver a sentir el placer de las borracheras y la visita a la galera de los comunistas en la que estaba Chamorro. No era que hubiese sido malo ni bueno. Tal vez no había sido nada, más que un pobre diablo que había salido de la miseria y se había contaminado con el recibimiento de un general a caballo, de un fante de mierda --como decía Chamorro--, que le había llenado la cabeza de humo, el corazón de esperanzas y el cuerpo con un uniforme verde-olivo, con el que le podía mentar la madre a cualquiera.

Aquellas fascinantes visitas al filo de la madrugada, las carreras de pobres reos políticos, los ruidos de porras, catres, zapatos viejos arrastrándose de una a la otra celda entre gritos y sobresaltos, llenaba aún de indescriptible gozo su espíritu sádico

y primitivo. Los otros recuerdos sólo le producían tristeza.

--!Quitasueño! --se gritó a sí mismo. Era el sobrenombre que le habían puesto los presidiarios-. Fue lo más lindo que me pudo haber ocurrido en esos días en que el asesinato de Sardiñas no me dejaba dormir tranquilo.

Y siguió girando en el recuerdo alrededor de sus días de gloria, acomodándose para estirar las piernas sobre una roca del pequeño huerto de su mujer, en donde los limoneros y los naranjos esperaban tristes y reseco las primeras gotas del invierno.

--!Manuelita! --gritó, viéndose la depresión de la rodilla más hõnda, pegada al hueso por falta de grasa y por la flacidez de la bailoteante piel de sus piernas. La quedó observando con curiosidad, con lástima y se rió de sí mismo mientras recordaba su discurso sobre el valor. "¡Qué bala de metralla ni que mierda!". Pensó en la historieta con que había intentado deslumbrar a la gente de Chamorro.

--¿Si, Presentación?

--Ahora mismo vamos a ir al mercado de Diriamba.

--Ve para el cielo. Viene lluvia y si te mojás te morís. Con tu asma, con tu tos de perro y con esa maldita artritis que tenés encima, es seguro que te morís.

--!Prepara la limosina que vamos ir al mercado!

Y con gran esfuerzo tosió, desgarró con ahogante dificultad y se dirigió al dormitorio en donde cambió la bermuda casera por los pantalones de pana kaki de lo que todavía quedaba en el cofre, se alisó el cabello negro de indio y se enfundó en la chaqueta de azulón listo para el mercado.

Escuchando el ronroneo de la cacharpa iba viéndose los pies, jugando con los dedos casi insensibles dentro de las pantuflas de lona, hurgando su pasado. Se le humedecieron los ojos cuando pensó en el viejo Lolo Potosme, el abuelo del grupo de Chamorro, que se integró con lo que llegaron de Niquinohomo. Lo habían trasladado de la Presidencial, desde la Chiquita en la que un hombre sólo podía estar de pie, hasta La Aviación. Lo hizo correr a marcha forzada hasta que se fue de bruces, y todo su cuerpo fue sacudido por repetidos y convulsos espasmos musculares. Sobre su lecho de madera, Lolo era un espectáculo de lástima, de impotencia. A veinte años de aquel acto bárbaro, escuchaba los estertores en el pecho de Lolo, y los gritos de furiosa protesta de los compañeros: "¡Hijos de puta, traigan un médico que se está muriendo un hombre!". No sabía por qué este recuerdo lo maltrataba. Y se cuestionaba: "Si Lolo hubiese tenido dinero no habría ocurrido tal cosa".

--¿Sabes, Manuelita? ¡Tienes razón. Ese huevazo de agua nadie lo para! ¡Devolvámonos!

Y comenzó a llover con tanta fuerza que el limpiabrisas era incapaz para permitir que la lluvia dejara ver las señales de la carretera.

El día anterior a su muerte, entre lastimeros ataques de asma y el reververante olor de candelas a San Sebastián, hizo señas para que le bajaran las ordenanzas en las que estaba escrita su historia de militar.

--!Quiero verlas por última vez! --le mintió a su mujer, y haciendo un gran esfuerzo ordenó--: !Sácalas del vidrio!".

--¿Para qué?

--!Sácalas del vidrio!

Comenzó a despedazarlas una por una y dejó caer los papeles muertos en la bacinilla llena de orines y creolina. Luego gritó:

--!Manuelita!

--¿Si, Presentación?

--¿Sabes una cosa? !Los generales nunca mueren en sus camas! Cuando yo me muera si es que muero para siempre, no me hagas ningún mausoleo ni nada parecido, y si me lo haces, no me pongas ningún titulo de militar. Ponme simplemente: !Aquí está enterrado Presentación Polanco, y punto. Y detrás de una tosida y un estentóreo quejido de despedida, dobló la cabeza... solito.

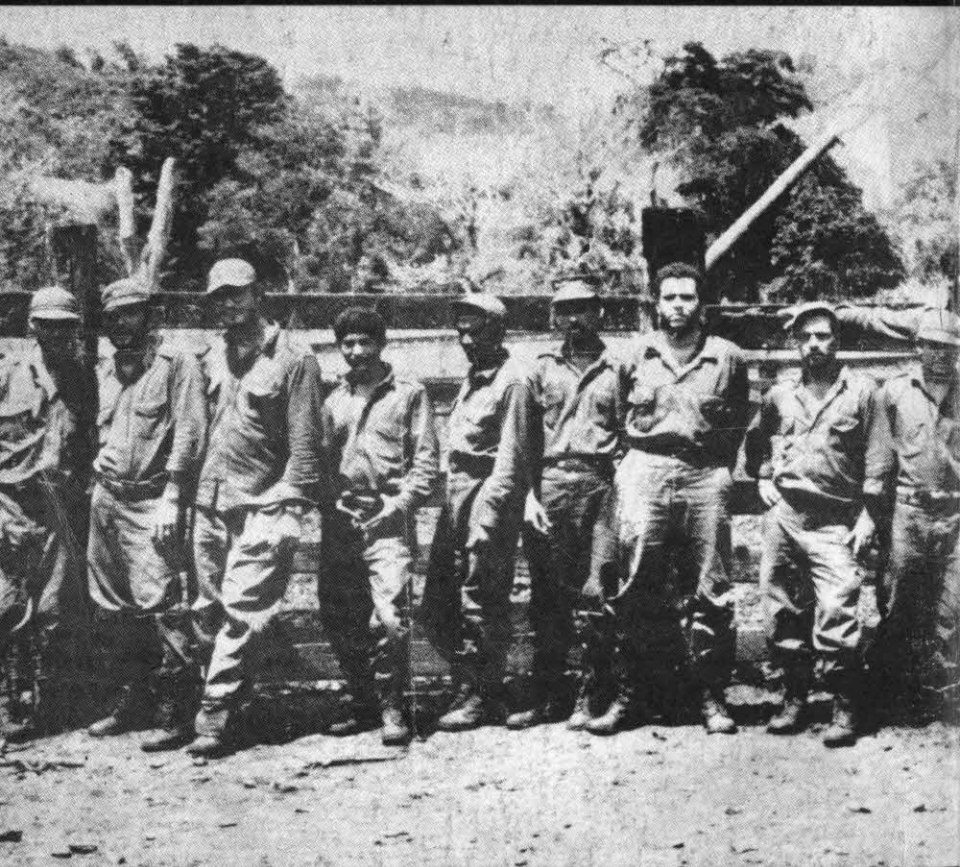
Managua 1991.

Impresiones CARQUI.
Telef.: 22413 Fax Nº: 26676

OLAMA Y MOLLEJONES de Róger Mendieta Alfaro, se terminó de imprimir el 28 de Mayo de 1992, en Impresiones CARQUI. El autor, de este relato histórico quiere testimoniar su agradecimiento a Hugo Quiñónez V. y Juanita Castellón C., técnicos en Computación y levantado de texto respectivamente, y Ernesto Torres Alvarez, técnico en OFF-SET, quienes participaron en la impresión de la obra. El tiraje fue de 1500 ejemplares. Managua, Nicaragua.

Apartado 1242.

OLAMA Y MOLLEJONES



ROGER MENDIETA ALFARO